

PUCK

Y SU DOBLE

Liberty's Pattern



PUCK Y SU DOBLE

Por LISBETH WERNER

EDICIONES TORAY.S.A.

BARCELONA-MADRID-BUENOS-AIRES

Título original danés: PUK GAAR LIGE PAA - PUK PAA EN PRIK

Traducción: Josefina Dalmau

Cubierta: González Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

® Carlo Andersen - Kund Meister, Copenhagen - Dinamarca

© Ediciones Toray, S. A., 1988 Duero, 6. 08031 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain



Para los vecinos de Oesterby había sido un duro golpe el que su hotel, o la posada como lo llamaban entre ellos, hubiera ardido.

Desde entonces, las bodas, bautizos y primeras comuniones habían tenido que celebrarse fuera de la localidad.

El posadero conocía esta circunstancia y, tan pronto el solar estuvo limpio de escombros, se apresuró a emprender la construcción de un nuevo albergue que iba a impresionar a la

pequeña ciudad. Las excavadoras y los hombres trabajaban ya con rapidez para levantar el edificio en el mínimo tiempo.

Había una persona especialmente interesada en la construcción. Y esa persona era Puck; porque su padre, el ingeniero Joergen Winther, era el encargado de los trabajos. Por cuenta de su empresa, la mundiahnente famosa «Danaplan», había dirigido la construcción de un enorme puerto en Valparaíso. Pero, durante unas vacaciones en Dinamarca, «Danaplan» le había ofrecido un nuevo trabajo de más responsabilidad en Nueva Delhi, en la India.

Al principio, Joergen Winther no demostró gran entusiasmo por el encargo. Quería regresar a Dinamarca en cuanto terminara su trabajo en Chile; pero al final había aceptado.

La dirección de «Danaplan» comprendió que Winther echaba de menos a su hija y, por eso, como una especie de premio de consolación, le habían dado el puesto de ingeniero jefe en la construcción del hotel de Oesterby. Así, no sólo su estancia en Dinamarca iba a prolongarse un par de meses más, sino que tendría ocasión de ver a su hija Bente varias veces cada semana.

Mientras duraban las obras, Joergen Winther y su esposa vivían en casa de su buen amigo el veterinario Moeller, en Sundkoebing, donde Puck, naturalmente, iba a pasar todos los fines de semana.

* * *

En la casa del veterinario Moeller se celebraba una gran fiesta de despedida.

La señora Winther, Ellen, como llamaba Puck a su madrastra, iba a marcharse a Valparaíso para organizar el traslado de la casa a Nueva Delhi.

El grupo de amigos que se reunía en casa del veterinario no era muy grande, pero sí escogido. Además de los anfitriones y su hija adoptiva Sonja, sólo participaban el ingeniero Winter, su mujer, Puck y Navio, sin excluir a «Plet», el pequeño cocker español de Puck que, durante la estancia de su dueña en el pensionado, había sido acogido en casa del veterinario.

El señor Moeller llamó la atención de sus invitados con unos golpecitos en el vaso, se levantó y dijo:

—Bueno, queridos amigos, permitidme que tome la palabra. Ya que nos vas a abandonar por algún tiempo, Ellen, quiero que sepas que te vamos a echar mucho de menos; no sólo Joergen y Puck, sino

también nosotros. Te deseo una estancia en la India por lo menos tan agradable como la de Valparaíso...

Carraspeo un poco y continuó:

—Siempre es triste tener que decir adiós. Ahora te marchas tú, y dentro de un par de meses Joergen te seguirá; pero, a pesar de ello, espero veros pronto a los dos otra vez aquí. Naturalmente, será difícil para Puck despedirse de vosotros, pero todo tiene un fin. Incluso las largas estancias de un ingeniero en el extranjero, y Puck al menos sabe que aquí en nuestra casa, tiene un hogar siempre abierto para ella.

—Gracias, tío Anders —dijo Puck con un nudo en la garganta.

El veterinario Moeller levantó su copa y concluyó alegre:

—Vamos a brindar por el futuro. Te deseamos un buen viaje, Ellen, y a ti, Joergen, quiero darte las gracias porque te quedas por lo menos un par de meses a jugar a las cartas conmigo aquí, en Sundkoebing...

—Eres incorregible —suspiró la señora Moeller.

Todos rieron. No era ningún secreto la afición que tenía Anders Moeller por los juegos de cartas.

Ellen Winther saludó sonriendo al veterinario.

—Gracias por tus bellas palabras, Anders. Yo también estoy triste al pensar que tengo que dejaros..., y dentro de un par de meses le ocurrirá lo mismo a Joergen. A nuestra pequeña Puck quiero decirle que el tiempo de nuestra estancia en Nueva Delhi pasará mucho más deprisa de lo que pensamos. Y prometo que lo vamos a pasar muy bien juntos, cuando regresemos a Dinamarca.



—Estoy segura —exclamó Puck con ojos radiantes—. Entonces viviremos los tres juntos, ¿verdad?

—Ya lo creo —sonrió Ellen, acariciándole la mejilla.

El ingeniero Winther se limitó a sonreír, pero se veía feliz. Tenía por costumbre pensar más que hablar.

Poco después llegaron el farmacéutico y el médico. Esto, naturalmente, había sido planeado por el veterinario, ya que entre los cuatro hombres podían jugar una partida de cartas. Y nadie se lo tomó a mal, ni siquiera Ellen Winther, la homenajead. Cuando los hombres se hubieron sentado alrededor de la mesa de juego, llamó aparte a Puck y dijo sonriendo:

— Hay algo que quiero decirte...

— ¿Qué pasa? —preguntó sorprendida.

Ellen miró a su alrededor y continuó en voz baja y tono serio:

— Me he enterado por casualidad de que un profesor llamado Hermansen va a dar clases de gimnasia y de alguna otra asignatura en el pensionado de Egeborg. ¿Es verdad eso?

— Sí; creo que el profesor Strandvold ha tomado un par de meses de permiso.

Ellen Winther cabeceó con pesar.

— Me lo temía. Entonces, escúchame Puck. Conozco al profesor Hermansen. Hicimos la carrera juntos y, durante algunos meses, dimos clases en el mismo colegio. He de admitir que, dicho con palabras suaves, es una persona bastante difícil.

— ¿Qué quieres decir, Ellen?

— Es un profesor muy competente; al mismo tiempo es un misántropo.

— ¿Misántropo? —preguntó Puck sin comprender.

— Sí; misántropo significa que odia a la gente, y eso no es bueno cuando se tiene que enseñar a niños. Pero como es muy competente, y durante años han faltado buenos profesores, no se lo toman en cuenta. Quizá sea demasiado decir que Hermansen odia a la gente. Lo más correcto sería decir que evita a las personas y no tiene amistad con nadie, ni siquiera con sus colegas. Durante sus clases es muy severo y no admite contradicciones ni tomaduras de pelo; esto último lo digo por Alboroto y Cavador... Creo poder pronosticar que pasaréis un par de meses difíciles con él.

— ¡Vaya!

— Bueno, ya estás advertida y puedes decírselo a los demás. Si evitáis las travesuras, seguramente pasaréis estos dos meses sin problemas.

— ¿Está casado?

— Preguntas como una pequeña mujer — sonrió su madrastra

—. No; no creo que exista mujer alguna que se haya atrevido a unirse a él. Además, no creo que Hermansen quiera relacionarse con nadie en absoluto.

— ¡Qué tipo más raro! —opinó Puck.

— Muy raro..., pero no sin atractivo.

Puck se calló durante un rato, mientras contemplaba a su guapa madrastra; luego preguntó asombrada:

— ¿Tú tampoco le gustabas a Hermansen?

La señora Winther sonrió:

— Por lo menos, no lo demostró. Nunca dijo nada al respecto. Decididamente, a Hermansen nunca le ha gustado nadie; seguro que ni siquiera se gusta a sí mismo.

Puck se quedó pensativa. Al parecer, no sería agradable conocer al profesor Hermansen; pero, por otro lado, no creía que llegara a ser un ogro que se comiera a los niños.

* * *

Con el director Frank al mando, el profesorado de Egeborg tenía una fama extraordinaria. No sólo eran excelentes pedagogos que poseían el difícil don de la enseñanza, sino que el director Frank había logrado crear un ambiente de confianza entre profesores y alumnos.

Pero con el profesor Hermansen fue muy distinto.

Puck había advertido a sus amigos y éstos sabían lo que les esperaba. Por esa razón el profesor Hermansen fue recibido con gran interés. Alboroto y Cavador habían decidido declararle la guerra a la menor oportunidad.

Hermansen resultó ser un hombre alto y delgado, de unos treinta años, de aspecto muy deportivo; hubiera resultado incluso muy atractivo, a no ser por su expresión sombría.

Sólo hablaba lo necesario y nunca sonreía. No hizo amistad con ninguno de sus colegas.

Después de las clases se iba directamente a su habitación, en el edificio de los profesores, o daba largos y solitarios paseos por los bosques, alrededor del lago Ege.

Según la opinión de sus alumnos, esto último era lo más extraño en él: parecía incomprensible que a un hombre con una cara tan triste y adusta pudiera gustarle la belleza de la naturaleza.

Como Hermansen daba las clases del profesor Strandvold, no

sólo enseñaba gimnasia sino también inglés y alemán. Estas últimas asignaturas no eran de las preferidas por los alumnos, y con el nuevo profesor se convirtieron en una verdadera tortura. Las malas notas llenaban su librito negro.

Pero aún fueron peor, según la opinión de los alumnos, las clases de gimnasia. Cuando el simpático profesor Strandvold quedaba contento de los ejercicios obligatorios, casi siempre permitía un cuarto de hora de juegos de pelota; pero Hermansen consideraba sin duda estos juegos como una tontería superflua y aprovechaba todo el tiempo de clase para repetir una y otra vez los ejercicios de gimnasia.

Y nunca quedaba contento. Continuamente se oía su breve y brusco:

— ¡Repitan!

Por eso no fue raro que, después de la primera clase de gimnasia, uno de los alumnos —naturalmente se trataba de Alboroto—, le hubiera bautizado con el mote de «Repitan».

Ese apodo fue recibido con alegres carcajadas por sus compañeros; pero, como es natural, a nadie se le ocurrió usarlo en presencia del propio Hermansen. Su carácter severo y ensimismado les infundía respeto.

* * *

Estaban en la explanada grande de recreo, ante el edificio principal. Los alumnos jugaban a la pelota cuando Lilian pasó. Puck y Navio se dieron cuenta de que la pequeña ex-artista estaba muy pálida y seria. Puck le gritó:

—¡Hola, Lilian! ¿Quieres jugar con nosotras?

—No, gracias. Hoy no.

—¿Qué te pasa?

Lilian meneó sus negros rizos e intentó sonreír al contestar:

—No me encuentro bien... Estoy cansada.

—¿Estás de mal humor?

—Sí; quizá también hay algo de eso.

Puck hizo una señal a Navio:

—Vamos a dar un paseo, Lilian. Charlaremos un poco.

Cuando llegaron a un banco a la orilla del lago se sentaron. Puck preguntó en voz baja:

—¿Estás triste por lo de Hermansen?

Lilian asintió e inclinó la cabeza. Sus dos amigas intercambiaron una mirada. Lilian tenía razón para estar triste. La muchacha había pertenecido con sus padres y hermanos al mundialmente famoso grupo de acróbatas de circo «Troupe Latour»; pero al crecer se había hecho demasiado grande para actuar en el número y había ingresado en el pensionado de Egeborg, donde el profesor Strandvold le dio permiso para enseñar acrobacia a un limitado grupo de niñas.

Con la llegada de Hermansen todo fue distinto. Sin ninguna explicación le había prohibido ensayar con sus alumnas. Cuando Lilian, a punto de llorar, le preguntó la razón de tal actitud, el profesor se limitó a contestar:

—No tengo por qué darte explicaciones.

Desde entonces Lilian había estado muy desanimada. Puck le dio una palmada amistosa en el hombro y dijo para consolarla:

—Te comprendemos muy bien Lilian... pero, dentro de dos meses regresará Strandvold, y entonces podréis ensayar de nuevo.

—Sí; pero las chicas perderán agilidad —murmuró Lilian. No logro comprender por qué Hermansen me hace eso.

Navio interrumpió belicosa:

—Es un estúpido. Lo hace por pura malicia. Estoy segura.

Puck movió la cabeza dubitativa:

—No podemos estar seguras de ello, Navio. Soy la primera en admitir que Hermansen no me cae simpático, pero quizá tiene alguna razón. Hay que reconocer que él mismo es un gimnasta extraordinario, y... ¡Ejem!... Como profesor formidable... Quizá piense que la acrobacia de Lilian estropea la gimnasia planeada por él...

—Eso no te lo crees ni tú misma — respondió Navio con desden —. Yo tengo una razón mejor.

—¿Tú crees?

Navio asintió con energía:

—Seguro. Es verdad que «Repitan» es buen gimnasta y, quizá por eso mismo, tiene celos de Lilian y de las otras acróbatas.

—Lo dudo...

—Claro que sí. Está muy celoso de vosotras, y yo creo que deberías quejarte al director, Lilian.

—Será inútil — opinó Lilian desesperanzada —. Conozco al

director. Aunque él me dé la razón en su interior, no creo que haga nada contra una orden dada por uno de los profesores.

Puck estuvo un rato contemplando a Lilian. Era evidente que su amiga estaba muy triste; pero, al mismo tiempo, tenía mal aspecto. Estaba muy pálida y sus ojos carecían de brillo.

—¿Te encuentras mal? —preguntó.

Lilian vaciló un poco:

—Tengo náuseas... y estoy un poco mareada. Ya se me pasará.

—Ya. Espero que pedirás permiso para no ir a clase de gimnasia, ¿verdad?

Lilian se esforzó por sonreír.

—Ni lo pienses. Una artista jamás falta a escena,

—No digas tonterías — dijo Puck con decisión —. Aquí no se trata de un grupo de artistas. Tienes mala cara y, si encima estás mareada, sería descabellado participar en la clase. Además, toca ejercicio en los aparatos, y puede ser peligroso.

—No te preocupes, Puck ya me arreglaré... Además, hay otra razón por la cual no quiero excusarme de ir: Hermansen creería que trato de vengarme por lo de la acrobacia.

Puck asintió con la cabeza:

—Quizá sí. Pero, si sigues mareada, creo que sería mejor pedir permiso.

—Ya veremos —dijo Lilian.

En aquel momento fueron llamadas a clase.

* * *

Fue una clase de gimnasia inolvidable para los alumnos del pensionado de Egeborg.

Cuando las muchachas entraron corriendo en el gimnasio desde los vestuarios, Hermansen estaba en medio de la gran sala con una cara aún más sombría que de costumbre.

—¡Ay, madre! La que nos espera — susurró Karen a Inger.

—¡A formar! —mandó Hermansen con voz severa.

Las muchachas se pusieron en filas hablando, como solían hacerlo durante las clases de gimnasia.

—¡Silencio! —gritó el profesor.

—¡Vaya!

—¿Quién fue ésa? —preguntó rabioso.

—Yo he sido. Lo siento mucho —contestó Navio dando alegre un

paso adelante.

El profesor movió la cabeza con ironía:

—No es ésta la primera vez que haces notar tu presencia de manera poco afortunada, Lise. Tendrás una mala nota. En realidad, debías quedarte media hora más al terminar la clase a causa de tu impertinencia, pero te voy a perdonar por tu sinceridad. ¡A la formación!

Navio volvió a su sitio. No estaba muy contenta con el resultado de su pequeña demostración. Hubiera sido mucho mejor si él la hubiera castigado. Al perdonarla se veía obligada a considerar con un poco de simpatía a «Repitan». A pesar de su ira, había sabido respetar su sinceridad y valentía. ¡Qué rabia!

Y empezó la clase.

Como siempre, comenzaron con ejercicios de agilidad; pero Hermansen era difícil de contentar. Continuamente sonaba su voz severa:

—¡Repitan!

Las muchachas tampoco se esforzaban demasiado, y hubieron de pagar las consecuencias, porque los ejercicios fueron repetidos tantas veces que al final quedaron rendidas.

La que peor lo pasaba fue sin duda Lilian. Se sentía mal y estaba mareada; pero, a pesar de ello, no había querido pedir permiso para retirarse. Puck la miró de reojo varias veces y se asustó. Lilian estaba muy pálida, era evidente que se encontraba cansada.

Cuando empezaron el ejercicio de correr tuvo dificultades para seguir y entonces sonó con brusquedad la voz de Hermansen:

—¡Al compás, Lilian!

La pequeña artista apretó los dientes. Puck también; pero por otra causa. Si «Repitan» no se daba cuenta del estado de la chica, debía de ser más ciego que un topo.

Pero quizá pensaba en otra cosa. Sin duda, Lilian Latour era la mejor gimnasta de todo el grupo, y seguramente «Repitan» pensaba que lo hacía para molestarle a él.

Cuando el severo profesor quedó satisfecho ordenó:

—¡Formen en las cuerdas!... Inger y Dorthé: bajadlas.

Las dos muchachas se apresuraron a obedecer y empezaron los ejercicios de trepar. Gruesos colchones habían sido colocados bajo las cuerdas.

Tales ejercicios solían ser divertidos, pero aquel día todas estaban muy cansadas; tanto, que en su interior protestaban contra la severidad del profesor.

Cuando le llegó el turno a Lilian, Puck la miró nerviosa. ¿Lo lograría?

Tuvo la respuesta casi en el acto. Lilian se acercó a Hermansen y le dijo en voz baja:

—Pido permiso para no trepar.

—¿Por qué razón? —fue la brusca respuesta.

—Estoy algo mareada.

—¡No me digas! —comentó Hermansen irónico—. No sabía que los acróbatas se mareaban. Hoy no te has esforzado mucho, Lilian; pero creo saber la razón. Es muy triste que los alumnos muestren su disconformidad de esta manera, y no te servirá de nada...

—¡Está bien! —interrumpió Lilian.

—¿Cómo? —dijo Hermansen boquiabierto—. ¿Te atreves a contestar?

La bonita y pequeña cara de Lilian expresaba decisión y replicó con voz firme:

—Me permito decir simplemente que está bien. Eso significa que voy a obedecer su imprudente orden.

Un murmullo estremeció al grupo de muchachas y la bronceada cara de Hermansen se tornó lívida por la ira. Dio una patada en el suelo:



—¡Silencio! ¿Os habéis vuelto locas todas? Esto parece una conspiración, y esta tarde me quejaré al director.

—¡Bravo! —gritó Navio.

El profesor se quedó rígido de asombro; pero por fin logró decir:

—Lise Sommer, media hora después de clase vendrás conmigo al despacho del director.

—A sus órdenes —dijo Navio desprecupada.

Puck estaba nerviosísima. Hermansen tenía razón en parte. Las chicas, y sobre todo Navio, se habían pasado de la raya; pero, por otra parte, no podía negar a una alumna enferma su permiso para no participar en un ejercicio. Eso era demasiado.

Cuando la mirada de Puck se cruzó con la de Lilian, se quedó confusa: el aspecto de su amiga no era ya tan malo. Sus mejillas habían vuelto a tomar color y su expresión era sombría y testaruda.

—¡A las cuerdas! —ordenó el profesor.

Un silencio total reinó en la gran sala mientras todos los ojos seguían a las compañeras que trepaban. Normalmente, Lilian llegaba al techo cuando sus amigas aún estaban a la mitad; pero, aunque también llegó la primera, se notaba que lo hacía con dificultad.

—Empiecen el ejercicio ya — se oyó la orden de Hermansen.

Por un momento pareció que Lilian vacilaba; pero acto seguido obedeció. El silencio era total mientras las chicas intentaban cumplir las órdenes del profesor.

—¡Dobla más la espalda, Annelise! — corrigió Hermansen.

El profesor estaba a punto de dar una nueva orden cuando un grito de angustia surgió de las espectadoras. Todas tenían los ojos clavados en Lilian. En medio del ejercicio había soltado una mano y un pie. Durante un momento quedó colgando en una posición rara: luego cayó.

El chillido de terror fue general y nadie tuvo tiempo de ver la reacción del profesor. Éste comprendió con rapidez lo que ocurría y, aunque estaba a siete u ocho metros de la cuerda de Lilian llegó a tiempo de detenerla en su caída. El golpe fue tan violento que él también cayó sobre el colchón; pero al menos había logrado aminorar el horrible golpe. Hermansen se levantó rápidamente.

Pero Lilian seguía tendida sobre el colchón con los ojos cerrados.

Muchas de las alumnas se habían tapado los ojos con las manos y sus gritos aún resonaban bajo el techo del gimnasio

Cuando Hermansen se inclinó sobre la muchacha inconsciente y la examinó. Luego ordenó, sin perder los nervios:

—Inger, corre al despacho del señor Frank y pide una ambulancia a Sundkoebing. Si ves al director, dile que venga.

—En seguida...



Inger obedeció. Intentó darse prisa, pero sus piernas aún temblaban. Las demás alumnas miraban fijamente el caído cuerpo de su compañera. Las chicas que estaban en las cuerdas cuando Lilian cayó bajaron asustadas. Empezaron a formar un círculo en torno a Lilian, y Hermansen ordenó con energía:

—Fuera todas. Else y Merethe que se queden. El resto que se vayan a cambiar.

Como ni siquiera aquella orden puso fin a la desesperación general, Hermansen continuó, con voz tranquilizadora:

—Os comprendo muy bien, chicas; pero estoy casi seguro de que no le ha pasado nada grave a Lilian.

—Pero... está inconsciente... —sonaron voces temblorosas.

Hermansen asintió con un gesto de cabeza:

—Se desmayó antes de caer.

En aquel momento su voz era más tranquila y amable de lo que los alumnos estaban acostumbrados a oír en él; pero, de pronto, recobró su tono brusco.

—¡Fuera! A los vestuarios; todas menos Else y Merethe.

Y las muchachas obedecieron.

Mientras se duchaban, el ambiente era tenso. El accidente parecía haberlas paralizado; pero, por raro que pudiera parecer, nadie, ni siquiera Navio, reprochó nada a Hermansen. Todos los pensamientos giraban en torno a Lilian. No había tiempo para pensar en las circunstancias del accidente.

—Me pregunto si Lilian... —empezó una de las chiquillas, pero no se atrevió a continuar la frase.

Puck movió la cabeza con seriedad:

—No creo que haya nada que temer. Hermansen estuvo en lo

cierto cuando dijo que Lilian se desmayó en las cuerdas, y él la detuvo en su caída antes de que chocara contra el suelo. También dijo que no parecía grave el accidente y, según mi opinión, la examinó como un experto.

Apenas habían terminado de vestirse las muchachas cuando oyeron la sirena de una ambulancia.

* * *

Una hora más tarde el director Frank estaba sentado tras la mesa de trabajo de su despacho. Su cara era muy seria y, contra su costumbre, no fumaba su pipa. Frente a él se encontraba el profesor Hermansen que acababa de dar una explicación de los hechos.

Después de una pequeña pausa, el director sentenció, tranquilo:

—Es un caso muy serio, Hermansen. No dudo de sus palabras; pero, tal como están las cosas, me veo obligado a escuchar también la versión de las chicas.

—Lo comprendo —dijo Hermansen.

El director Frank le ofreció un cigarrillo.

—¿Le apetece fumar?

—No, gracias, no fumo.

El director estuvo un momento'ífcariciando acariciando su pipa, pero renunció a hacerlo y dijo:

—Hay una cosa muy extraña: me dice que Lilian le pidió permiso para no subir y que usted le ordenó que subiese. ¿No pudo usted suponer que ella no se encontraba bien?

El profesor le miró a los ojos y contestó con orgullo:

—Se lo dije antes, director Frank. No me gusta mentir y tampoco lo hago ahora. Si hubiera tenido la más ligera sospecha de que Lilian no se encontraba bien, naturalmente que no la hubiera mandado subir. A mi entender, no le pasaba nada; así que lo consideré un gesto de venganza por haberle prohibido seguir sus entrenamientos de acrobacia.

—Bien, bien —dijo el director pensativo—. Pero, dígame, señor Hermansen: ¿qué tiene usted en contra la acrobacia?

—Nada en absoluto, mientras se practique en un circo o como gimnasia masculina; pero, tratándose de muchachas, estoy en contra. Podría darle una explicación sobre mis motivos, señor Frank, pero quizá no le interesaría.



—No en este preciso momento —dijo el director con sequedad—. Para mí, es bastante saber que su prohibición la hizo basándose en unos principios, de los cuales no dudo.

La voz de Hermansen se hizo metálica:

—Quizá tenga principios muy severos...; tan severos que no sirva como profesor. Pero jamás prohibiría nada a mis alumnos sólo por molestarles.

Sonó el teléfono y el director contestó:

—El pensionado de Egeborg. El director al habla.

Estuvo un momento escuchando con cara de preocupación, luego dijo:

—Muchas gracias, doctor Carstensen. Me ha tranquilizado mucho... Comprenda usted lo que quiero decir... Mi mujer y yo iremos a Sundkoebing esta misma noche... ¡Hasta la vista!

Mientras el director hablaba, el profesor Hermansen estaba inmóvil, muy pálido; sus fuertes manos apretaban los brazos del sillón. El director colgó y dijo, aliviado:

—Era del hospital. El accidente de Lilian no ha sido grave; pero tiene una pulmonía...

—¿Pulmonía? —repitió Hermansen como un autómatas.

—Sí. Está mal, pero no grave, sobre todo ahora que podemos contar con los antibióticos. El doctor Carstensen dijo que no había ningún peligro, y para nosotros lo más importante es que Lilian no se hiciera daño en la caída. Y usted, ¿está bien?

Por primera vez, una sonrisa se dibujó en los labios del profesor y contestó con tono despreocupado:

—Creo que me rompí la clavícula derecha..., pero estas cosas suelen curarse por sí mismas.

Cuando se marchó, el director Frank se quedó durante largo rato

pensativo. Había empezado a llenar la pipa cuando entró su esposa.

—¿Tienes noticias del hospital? —preguntó.

Él dijo que sí con la cabeza y contó a su mujer la reciente conversación telefónica y la entrevista sostenida con el profesor Hermansen. Al final dijo:

—No dudo de que Hermansen haya dicho la verdad, pero necesito la versión de las chicas también.

—¿Vas a hablar con todas? —preguntó su mujer sonriendo.

—No, creo que será suficiente con dos de ellas. ¿A quienes escogerías tú?

—A Inger y a Puck...; quiero decir a Bente —corrigió la señora Frank.

El director se apoyó en el respaldo de la silla y rió:

—¡Tú y Puck, querida! Pareces tener mucha confianza en ella.

—No es extraño. Puck siempre va directa al grano... No intenta nunca evitar los problemas, los mira de frente e Inger es una chica tranquila y sensata. «Puck siempre va al grano».

La señora Frank tenía razón: pero en aquel caso, tanto Puck como Inger se veían metidas en un buen lío. Les tocaba un papel difícil, pues no podían negar que habían molestado al profesor y que Navio sobre todo se había mostrado impertinente. Tendrían que delatar a una compañera..., y eso era horrible.

Pero el director Frank era un gran pedagogo y buen conocedor de sus alumnos. Tras escuchar la explicación de las dos muchachas no tenía duda de que durante la clase de gimnasia las chicas no se habían portado precisamente como angelitos. También suponía que Navio debía de tener un par de malas notas, pero no tocó el tema. Tanto Inger como Puck suspiraron aliviadas cuando salieron del despacho.

Habían dejado al director suspirando, pero no precisamente de alivio. El desgraciado incidente había tenido un mejor fin de lo que había esperado. Pero no cabía la menor duda de que a Hermansen se le avecinaba una temporada difícil en el colegio.

Los niños tienen un claro sentido de la justicia, aunque a veces su sentido de la lógica falla. Sin duda, los alumnos juzgarían a Hermansen culpable de la desgracia de Lilian y se olvidarían de que, en el último segundo, había salvado la vida de la chica.

Y el director acertó. El rumor del accidente corrió como el fuego por todo el colegio, y hubo muchos comentarios sobre el malvado «Repitan». Su fama quedó por los suelos y, como el director había previsto, olvidaron por completo que su decidida actuación había salvado la vida de Lilian.

Un día, cuando Hermansen regresó a su cuarto después de clase, encontró un cartón clavado en la puerta que decía: «A las cuerdas... «Repitan». Otro día se encontró un papelito sobre su mesa en el que alguien había escrito:

Cuando más tranquilo estaba
el colegio de Egeborg
vino el profesor «Repitan»
y con él llegó el terror.
Nos obliga a hacer gimnasia
aunque no podamos más
y hasta los enfermos trepan,
trepas que te treparás.
No tiene ni un solo amigo
el malcarado gruñón
porque nadie en sus cabales
aguanta a ese fanfarrón.
¡Venganza, amigos, venganza!
Todos debemos gritar:
«Repitan», «Repitan». ¡Vete!
No sirves para enseñar.

Hermansen levantó el papelito y lo leyó para sí, sin cambiar de expresión. Después lo colocó en su cartera y dijo tranquilo:

—Esto, que conservaré como recuerdo, es una poesía muy mala. Estoy inclinado a creer que es alguien de la clase quien tiene tan poca responsabilidad poética, pero no pienso averiguarlo. Naturalmente, podría ir a ver al director y, tras una investigación, daríamos con el culpable, que sería echado del colegio. Sin embargo...

Hermansen se levantó de su mesa, bajó, y se puso a caminar lentamente por entre las mesas. Reinaba un silencio absoluto en la clase. Los alumnos estaban confusos, ya que sólo el culpable, si es que estaba en la clase, sabía lo que había escrito en el papel. Seguramente no era nada agradable.

Hermansen se paró en medio del pasillo y dijo, tranquilo:

— En este mundo ocurre con frecuencia que uno cree tener razón, aunque más tarde descubre que no la tenía.

De repente se calló y se volvió hacia Alboroto. Su voz sonaba severa de nuevo:

— ¡Hugo; el acusativo!

— «Durch»... «fiir». . «gegen»... «ohne»...

— ¿Qué más?... ¿Qué más?

— ¡Ejem!

— No, «ejem» no, sino «um» y «wieder» —dijo Hermansen irónico—. También se puede cambiar un poco para obtener una poesía extraordinaria: «Durch, für, gegen, ohne, wieder, um..., wer kennst nicht Akkusativ, des ist sehr dumm!» «Quien no conoce el acusativo es un tonto». — Siéntate Hugo. Como ves, hay varias maneras de hacer una poesía.

— Oye, Alboroto... Creo que sospecha de ti.

— No te extrañe — rió Alboroto —. Es de sobra conocido que soy el poeta del colegio.

Puck había observado el incidente con asombro. Al principio, la voz de Hermansen había sonado seria y la expresión de sus ojos era triste. Pero, ¿por qué de repente se había mostrado así con Alboroto? ¿Creía que Alboroto era el autor de la burla? En ese caso, ¿por qué no actuaba? ¿Qué tipo más raro! Era difícil adivinar lo que pensaba. Alboroto haría mejor en tener cuidado. Podía terminar mal; sin duda, Hermansen era como un volcán a punto de hacer erupción.



Había tanto silencio en la habitación del hospital que el zumbido de una mosca pareció casi estrepitoso. Por las grandes ventanas entraba el sol a raudales, haciendo brillar los floreros

llenos de ramos multicolores, las cajas de bombones y otras cosas que se habían ido amontonando sobre la blanca y esmaltada mesilla de noche, al lado de la cama.

Una joven enfermera entró. Llevaba un ramo de flores en la mano y sonrió ampliamente;

—Te traigo más flores, Lilian; pero dudo que podamos encontrar más floreros en todo el hospital. Tu habitación parece un invernadero o una bombonería, según se mire.

Lilian le devolvió la sonrisa:

—Todos se han portado extraordinariamente bien conmigo, señorita Nielsen... Tanto el director Frank como mis amigos. Y el veterinario Moeller..., el propietario Dreyer..., y..., no sé cuántas personas más me han mandado flores y chocolate.

Terminó riendo:

—Me siento como una princesa... Casi como una gran estrella de circo tras un accidente.

La enfermera intentó colocar el último ramo repartíéndolo en los diversos floreros; pero era una empresa casi imposible y suspiró:

—El jardinero señor Piil debe de quererte mucho. Sigue mandándote cada día estos enormes ramos.

—¿También éstas son del señor Piil? —preguntó Lilian asombrada—. Es un señor muy amable y siempre nos hemos llevado muy bien; pero no comprendo que me quiera tanto.

—¿No has hablado bien de sus flores en alguna ocasión? —preguntó sonriendo la enfermera.

—Sí, muchas veces. Es imposible no hacerlo.

—Pues, ahí tienes la explicación hijita. Yo le conozco bien. Cuando alguien alaba sus flores, tiene un amigo para toda la vida. Pero no parece ser un hombre de muchas palabras, porque en su tarjeta solamente pone: «Que te mejores». Ni siquiera se molesta en firmar.

—«Éste es justo el estilo de Piil —pensó Lilian sonriendo.

Piil era un hombre muy distraído que vivía en su propio mundo, en los grandes invernaderos, al lado del pensionado de Egeborg. Tenía plantas tan raras y exóticas que venía gente incluso de otros países para admirarlas. Según opinión de Alboroto, hasta en el cerebro de Piil crecían flores.

Por fin la amable enfermera logró colocarlas. Luego preguntó:

—¿Quieres que cierre las cortinas? ¿Te molesta el sol?

—¡Oh, no!... Un sol tan maravilloso no puede molestar a nadie.

La enfermera arregló un poco las sábanas y dio un golpecito amistoso a Lilian.

—Hoy recibirás visitas por primera vez. ¿No te hace ilusión?

—¿Sabe usted si viene alguien? —preguntó Lilian ansiosa.

—Sí; por lo menos dos chicas: Puck y Navio.

Lilian miró sorprendida a la enfermera.

—¿Conoce usted a Puck y a Navio?

—Sí, las conozco de cuando otra de vuestras compañeras, Karen Jessen, estuvo aquí en el hospital.

Cuando ia señorita Nielsen. se hubo marchado, Lilian. se quedó pensativa. Estaba repasando lo ocurrido durante la clase de gimnasia.

En realidad, no recordaba gran cosa desde que empezó d ejercicio en la cuerda hasta que despertó en el hospital de Sundkocbing. Sólo tenía idea de que repentinamente se le nubló la vista, esa sensación que los acróbatas temen más que cualquier otra cosa... Y luego se encontró en el hospital.

¿Tardarían mucho Puck y Navio?

Consultó su reloj de pulsera. Como era sábado, si sus amigas habían tomado el primer tren después de concluida la última clase en Oesterby, estarían pronto en Sundkoebing; pero quizá habían decidido hacer antes una visita a la familia Moeller. Eso sería lo más natural, sobre todo estando allí el padre de Puck.

—«Puck debe de sentirse muy feliz —se dijo—. Debe de sentirse la chica más afortunada del mundo por poder estar con su padre. Ojalá yo también pudiera estar con mis padres.»

Lilian suspiró y cerró los ojos pensando en el circo. La pista grande bañada por la luz de los proyectores... Ágiles figuras vestidas de tricot que volaban por el aire bajo la carpa... Aplausos y flores... Sí, flores.

Lilian abrió los ojos y miró en derredor. ¡Qué bien se habían portado todos con ella! Sobre todo, el jardinero. Era increíble la cantidad de ramos que le habían mandado. Sus invernaderos debían de haberse quedado sin flores. Si todas las personas fueran como Piil, el mundo sería mejor, sin duda.

Se quedó dormida; pero despertó en seguida, cuando Puck y

Navio llamaron a la puerta y entraron silenciosamente.

—¡Hola, chicas! —dijo Lilian con júbilo—. ¡Qué contenta estoy de veros!

—Cálmate —rió Puck—. Recuerda que estás enferma. ¿Cómo te encuentras?

—Fabulosamente bien... No me pasa nada. Pronto volveré al colegio. Pero sentaos y tomad un poco de chocolate.

Navio echó un vistazo a las numerosas cajas de chocolate y exclamó un poco triste.

—¿Ves, Puck? Otros han tenido la misma idea que nosotros.

Y tendió una caja de bombones a Lilian.

—Toma —continuó —; lo compramos por si no tenías nada.

—Un millón de gracias —rió Lilian—. Aunque parece que hay mucho chocolate, entre las tres lograremos comérmolo... ¿No te parece, Navio?

—Seguro.

Las tres muchachas iban comiendo mientras hablaban y no tardaron mucho en tocar el tema de la clase de gimnasia.

—No logro comprenderlo —dijo Lilian—. Al caer de las cuerdas debía haberme roto todos los huesos... Y, sin embargo, despierto aquí en el hospital con una pulmonía normal y corriente.

Pensativa, añadió, después de una breve pausa:

—No pude haberla cogido durante mi corto viaje por el aire, supongo.

—Creo que no —sonrió Puck y continuó seria —: Seguramente estabas enferma antes de la clase. Es incomprensible como lograste participar en los ejercicios...

—Es mucho más extraño que no me matara al caer, ya que estaba inconsciente. Si hubiera estado normal, no creo que me hubiese pasado, ya sabéis que los artistas, igual que los gatos, caemos siempre de pie. Pero no logro comprender nada.

Sus amigas intercambiaron una rápida mirada y, al final, dijo Puck:

—Fue Hermansen quien te recogió en el aire, Lilian.

—¿Cómo? —exclamó la muchacha boquiabierta—. ¿Intentas tomarme el pelo, Puck? ¿Quieres hacerme creer que Hermansen me detuvo en mi caída?

Puck asintió con un gesto de cabeza y explicó lo ocurrido:

—Puedo decirte una cosa. Cuando Hermansen ordenó que subieses a las cuerdas, no sospechó nada. Apuesto lo que quieras a que tengo razón. Él creyó que te negabas sólo para fastidiarle, porque te había prohibido practicar la acrobacia. No es extraño que él pensara así, ¿verdad?

—En absoluto — admitió Lilian pensativa —. Sabes que su actuación me causa respeto. Si sucedió como me lo cuentas, fue tan rápido como un artista profesional. ¿Cómo está Hermansen ahora?

—Mal, mal, mal — contestó Navio.

—Desde luego, no está nada bien — dijo Puck —. No ha cambiado lo más mínimo, así que es un blanco perfecto. Todos se esfuerzan en molestarle. No comprendo que quiera continuar en el colegio.

—¿No se queja al director?

—No; eso es lo más extraño de todo. Como siempre, pone malas notas si hacemos algo mal; también continúa muy severo en la clase de gimnasia; pero si alguien le molesta o es impertinente o el culpable de una travesura no lo admite... lo deja como si nada hubiera pasado.

—Está loco — opinó Navio,

—Creo que tienes razón —rió Pack burlona —. Primero te perdonó el castigo de quedarte media hora más en la clase y después olvidó que debías haberle acompañado a hablar con el director. Estoy segura de que la reunión en el despacho del señor Frank no hubiera sido muy amistosa.

—¡Uf! — sopló Navio como único comentario, y se apresuró a meterse otro trozo de chocolate en la boca.

De repente dijo Lilian:

—Os advierto una cosa, chicas. No está bien molestar a Hermansen de esta manera. La culpa fue mía..., únicamente mía. ¿Me comprendes, Puck?

—Sí, te comprendo. Pienso lo mismo que tú.

—Idos a la porra —espetó Navio, olvidándose del chocolate—. Terminaréis por convertir a, «Repítan» en un ángel con alas y todo. Yo lo encuentro muy antipático y rué alegraré muchísimo cuando se marche del colegio..

—No hables tanto, Navio —interrumpió Puck—, Si hablas, no puedes comer chocolate.

La enfermera entró y saludó a Puck y Navio. Luego se volvió hacia su paciente y dijo:

—Bueno, Lilian, creo que la visita debe terminar,

—¡Ay, no!... —empezó Lilian.

—Son órdenes del médico — interrumpió la señorita NíeJsen—, y debemos atenernos a ellas. Hoy es el primer día que no tienes fiebre; y no podemos permitir que te canses. Si Puck y Navio quieren volver mañana, quizá la visita se pueda prolongar un ratito más.

—De acuerdo —suspiró Lilian, despidiéndose de sus dos amigas—. ¿Volveréis mañana?

—Naturalmente — rió Puck —. Si no, ¿cómo habías pensado terminar con todo este chocolate?

Mientras la enfermera les acompañaba, Navio exclamó, impresionada:

—Es fabulosa la cantidad de chocolate que le han regalado a Lilian.

—¿Y qué me dices de las flores? — preguntó Puck.

—A mí también me han impresionado las flores — dijo la enfermera—. Casi todas las envía el señor Piil, el jardinero.

—¡No es posible! —exclamó Puck.

—Sí, sí. No sé cuántos ramos de flores ha mandado. Ya no nos quedan floreros en todo el hospital.

—¿También manda tarjetas con los ramos? —preguntó Puck de repente.

—Sí, cada vez.

—Y ¿qué pone en las tarjetas? — sonrió Puck —, Será difícil decir ya algo nuevo.

—En efecto, no dice nada nuevo — admitió la señorita Nielsen—. Sólo pone «Que te mejores» y ni siquiera firma. Debe de querer mucho a Lilian,

—Seguro que sí — dijo Puck pensativa—. Bueno, señorita Nielsen, nos vamos; nos esperan en casa de tío Anders, el veterinario.

—¡Adiós y hasta mañana!

Puck caminó un rato en silencio y no dijo nada hasta salir del portal. De pronto dijo:

—Oye, Navio, ¿no te parece extraño que el jardinero envíe esos

ramos de flores?

—No, nada. Piil quiere mucho a Lilian, y sus flores le cuestan poco dinero. Lo encuentro muy natural.

Puck asintió pensativa.

—Sí, tan natural que parece mentira. ¿No has pensado en otra razón?

—No...

—¿No tienes imaginación?



—Sí, sí. Por el momento estoy imaginándome enormes cajas de chocolatinas. ¡Qué maravilla! ¿verdad?

— Claro —contestó Puck distraída.

Sus pensamientos giraban en torno a otra cosa bien distinta del chocolate. Había decidido hacer una visita a los invernaderos el lunes, después de clase. No cabía duda de que iba a tener una sorpresa.

* * *

Puck y Navio pasaron un maravilloso fin de semana en casa del veterinario. El tiempo era espléndido; pero lo mejor de todo, en opinión de Puck, era que podía estar en compañía de su padre. ¿Cuánto tiempo duraría la construcción del nuevo hotel? Después, tendría que marcharse a Nueva Delhi y entonces sería difícil saber cuándo volvería a verle de nuevo.



El domingo por la tarde, Puck estaba sentada en la confortable

sala del señor Moeller, hablando con su padre. La señora Moeller se había ido a la iglesia y el veterinario estaba de visita en una granja. Navio y Sonja se fueron a dar un paseo con Plet. Así, Puck y su padre se habían quedado solos en casa.

Puck contaba lo ocurrido con Hermansen y Lillian. Cuando Puck calló, el ingeniero Winther dijo, serio:

— Toda esta historia es bastante extraña y es difícil juzgar. Recordarás que Ellen explicó algo sobre el raro carácter de ese hombre. Quizá le haya pasado algo durante su infancia o su primera juventud que influyó poderosamente en él; pero, sea como sea, te doy la razón: no hay que molestarle. ¿Sabes quién dirige esas burlas contra él?

— No sé si hay alguien, en especial —dijo Puck vacilando—. Claro que Alboroto y Cavadore, que son bastante traviosos, tienen mucha culpa en todo esto..

— Seguramente esos dos revoltosos no lo hacen por malicia —dijo el padre —, pero son muy irresponsables. El daño que causan puede ser mayor de lo que piensan. ¿No podrías hablar en serio con Alboroto y lograr que no complique más las cosas?

Puck sonreía.

—No se puede hablar en serio con esos dos bandidos..., por lo menos no más de diez segundos seguidos. Pero de todos modos voy a intentarlo. No pierdo nada con ello.

* * *

Algo más tarde, Puck y Navio hicieron una nueva visita a Lillian. Fue bastante más animada que la del día anterior, pues la enferma estaba recuperándose rápidamente y pronto saldría del hospital.

— Aunque me tratan de maravilla aquí — explicó Lillian —, tengo ganas de marcharme. La señorita Nielsen dice que *me* echará de menos. ¡Qué simpática es! Además me prometió hacernos una visita a Egeborg, para ver cómo vivimos allí. También le gustaría saludar a Karen.

— ¡Estupendo! —gritó Navio—. Podríamos organizar una fiesta fabulosa con montones de pasteles, refrescos y chokolatinas. ¡Será formidablemente palpitante!

Puck y Navio se despidieron de su amiga y pasaron el resto del día en casa del veterinario. A las ocho tomaron el tren para llegar a buena hora al pensionado. El director Frank era muy estricto

respecto a la hora en que debían irse a dormir sus alumnos.

Puck había decidido hablar en serio con Alboroto el lunes durante el *recreo*. Pero el destino intervino, y lo estropeó todo. También esta vez el gimnasio fue escenario del incidente.

Ocurrió durante la clase de los chicos. Hacía un tiempo espléndido y, normalmente, el profesor Strandvold hubiera dejado que los muchachos jugasen al fútbol en el campo.

Pero Hermansen no pensaba igual que su colega. No tenía nada contra el fútbol u otras clases de deporte, sólo que la gimnasia era su favorita. Y la gimnasia fastidiaba a los muchachos, sobre todo si el tiempo se ponía a favor del fútbol.

Ya en los vestuarios el murmullo era general y fueron dichas palabras bastante fuertes sobre la tiranía de «Repitan». Todos estaban furiosos y Flemming maldijo entre dientes:

— ¡Ojalá le parta un rayo a ese tipo antipático!

— ¡Ojalá! —hicieron coro sus compañeros.

— ¿No podríamos vengarnos? —preguntó Georg.

— Es una idea magnífica — asintió Cavador —. Pero ¿cómo? ¿Tienes algún plan Alboroto?

—Quizá — contestó el aludido con una sonrisa burlona —. Pero he de admitir que no me gustaría ser el único responsable. La cuestión es saber si estáis todos conmigo.

— ¡Naturalmente! — fue la respuesta unánime.

Los muchachos estaban ya más animados. Sabían que, cuando Alboroto tenía una idea, el resultado solía ser satisfactorio.

De repente entró Hermansen en los vestuarios y ordenó:

— ¡Silencio, chicos! Listos para formar dentro de treinta segundos.

Sin más, entró por la doble puerta en el gimnasio. Alboroto actuó de prisa. Rápidamente sacó uno de los balones de fútbol del armario y dijo en voz baja:

— Todos a la sala. Va a empezar la diversión.

Los muchachos entraron corriendo. Dándoles la espalda, Hermansen iba hacia un extremo. Alboroto colocó rápidamente el balón en el suelo y chutó... La pelota, haciendo un arco, fue a dar contra la nuca del profesor. Fue un tiro maestro, pero en aquel mismo instante su autor palideció; su zapato derecho, que no estaba bien atado, se fue tras la pelota.

Hermansen dio media vuelta y preguntó con ira:

— ¿Quién fue?

Se hizo un silencio total, como en una iglesia desierta. Todos se habían comprometido a estar unidos y a no delatarse; pero Hermansen no necesitaba respuesta: había visto el zapato.

— El que lleve sólo un zapato, que dé un paso al frente

Alboroto comprendió que había perdido la batalla; ahora se trataba de no perder también la cara frente a los compañeros. Despreocupado dio un paso adelante enseñando su pie desnudo.

— Aquí estoy, señor profesor.

— Bien —dijo Hermansen tranquilo—. Acércate, Hugo.

— A la orden.

Alboroto se calzó.



—Entra a la colchoneta.

Cuando se quedó frente a frente con Hermansen, en medio del gran espacio acolchado, este último dijo con voz tranquila.

— Te has pasado de la raya, Hugo. Llevo días soportando tus impertinencias, pero creo que ya está bien..., así que recibe esto con la frente alta, si sabes hacerlo.

Pero Alboroto no logró recibir la bofetada con la frente demasiado alta, ya que el golpe le hizo caer sobre la colchoneta. Aunque estaba algo aturdido, sólo tenía un pensamiento; salvar las apariencias frente a sus compañeros. Se sintió tan aturdido, como si hubiera subido veinte veces en la montaña rusa.

— ¡Fantástico! —se oyó exclamar a algunos espectadores.

No había que interpretar esta exclamación como de desprecio hacia Alboroto sino más bien como de cierta admiración por el acto de Hermansen. Ni uno solo simpatizaba con el profesor, pero «Repitan» se había mostrado todo un hombre.

Poco a poco, Alboroto logró levantarse y estuvo un momento meneando la cabeza. Entonces Hermansen dijo con frialdad:

— Ahora ata bien los cordones de tus zapatos.

Alboroto obedeció sin rechistar y el profesor continuó con voz glacial:

— Espero que esto haya sido una advertencia para todos. Sé muy bien que está prohibido pegar a los alumnos en el pensionado de Egeborg; así que Hugo está en su pleno derecho de quejarse al director de lo ocurrido. Te estaré agradecido si lo haces, y dejaré el colegio sin pena. Nunca en mi vida había encontrado tanta impertinencia y tan poco sentido común.

Alboroto tartamudeó:

— Jamás hablaría con el director... Yo originé esto. Pero..., no me gusta usted, profesor Hermansen, y sabré vengarme de otro modo.

—Eres impertinente, pero sincero — dijo Hermansen, glacial— Debería darte otra demostración antes de empezar la clase; pero, a pesar de todo, te has portado como un hombre. Vete a tu habitación y espera a que te llamen.

Se volvió hacia los otros chicos y dijo:

— Cambiaos. Vamos a jugar al fútbol. Dentro de cinco minutos quiero veros en el campo.

Los muchachos salieron con un grito de júbilo hacia los vestuarios. Alboroto se marchó cabizbajo a su habitación. Para él, lo mejor del mundo era jugar al fútbol. «Repitan» lo había hecho para fastidiarle. ¡Qué tipo más mezquino!

Una vez en su habitación se sentó con los puños cerrados de rabia. Desde el campo llegaban los alegres gritos de sus compañeros. Hasta aquel momento Hermansen le había sido antipático, pero ahora le odiaba.

Como siempre que ocurría algo en el pensionado de Egeborg, el rumor corrió con rapidez y no pasó mucho rato antes de que todos se enteraran con detalle del incidente en el gimnasio, También Puck lo supo; pero, a pesar de ello, después de la clase se enfrentó con Alboroto. Éste la escuchó con cara sombría y, cuando había terminado, dijo:

— Todo esto está muy bien, pequeña; pero tú y yo miramos la situación de distinta manera. «Repitan» es un tipo cargante y no le

debemos nada, Si está en mi mano, te prometo que no lo pasará muy bien el tiempo que le quede de estar en Egeborg.

— ¿Te acusó ante el director?

— No, pero yo tampoco le denuncié a él.

— ¿Eres vengativo?

—Pues...

— ¿Sí o no?

—Bueno,.. Ejem!

Alboroto se debatía, pero al final contestó:

— «Repitan» ha sido muy ruin... No conmigo en particular, sino con Lilian; y, aunque me esfuerzo no puedo comprender por qué le debemos tratar con guante blanco.

—Eres un tonto, Alboroto.

— ¡No me digas!

—Sí, claro que lo eres. Ni tú, ni yo, ni nadie podemos juzgar a Hermansen...

— ¡Su nombre es «Repitan»! —gritó Alboroto.

— ¡Cállate! —dijo Puck y por una vez se notó la irritación en su voz —. Siempre hemos sido buenos amigos, a pesar de tus ratoncitos blancos y otras malas ocurrencias; pero esta vez me parece que te portas como un retrasado mental.

Alboroto la miró fijamente:

— Dices lo que piensas, ¿eh?

— Sí. Voy directa al grano. Parece que es necesario cuando se trata de hacer entender a los tontos.

— ¿Qué?



Sí. Pienso en ti en especial, querido Alboroto. Sé muy bien que no fuiste tu el inventor de la pólvora ni del agua caliente, pero esperaba encontrar un poquito de sensatez en tu cabezota. Lilian es más amiga mía que tuya. Y, en todo caso, es absurdo que tú quieras ser juez en un asunto que no conoces a fondo.

— No te molestes en suavizar tus palabras, angelito.

Puck hizo una mueca:

— Sería inútil. Ni siquiera sabes de qué te hablo. Y, si quieres mi opinión sincera, Alboroto, creo que tu inteligencia es bastante limitada.

— ¿Qué?

— Deja ya de decir «qué» — dijo Puck belicosa—. Si quieres continuar la guerra contra Hermansen, también será una guerra contra mí. ¿Qué prefieres?

— ¡La guerra!

— ¡De acuerdo!

* * *

Puck no estaba muy animada. A pesar de sus travesuras, siempre había considerado un buen compañero y un tipo de primera a Alboroto. Pero, ¿y ahora?

¿Qué era sino un chiquillo que quería vengar una derrota?

Puck suspiró. Estaba segura de que, para Alboroto, lo más importante no era el accidente de Lilian sino el haber quedado en ridículo él mismo en la sala de gimnasia. ¡Qué un tipo como Alboroto pudiera ser tan corto y mezquino!

Puck decidió dar un paseo para buscar una solución. Iba hacia el lago Ege cuando, de repente, vio al profesor Hermansen. Venía del edificio del profesorado e iba en dirección a la entrada del colegio. Como siempre, tenía una expresión sombría y caminaba mirando al suelo. Era evidente que llevaba una meta fija.

Puck se quedó vacilando un momento. No sabía si seguirle. Se le había ocurrido una idea. Por fin decidió ir tras el profesor, que continuaba su marcha con la cabeza inclinada. En apariencia, no le interesaba lo que ocurría a su alrededor. No miró atrás ni una sola vez; de hacerlo, hubiera visto a Puck, aunque ésta le seguía a distancia.

Poco después, Hermansen entraba en los invernaderos del señor Piil.

Puck vaciló de nuevo. ¿Qué hacer ahora? ¿Seguirle para estar segura de lo que venía sospechando? Quería estarlo, y se decidió a entrar ella también. No corría ningún riesgo; tampoco iba a despertar sospechas. Siempre se había llevado bien con el señor Piil, el jardinero, y tenía su permiso para entrar en los invernaderos

cuando quisiera. Puck caminaba con pasos lentos, sin perder de vista a Hermansen.

Poco después, pudo escuchar las palabras del profesor, que hablaba con el jardinero:

— Sí, señor Piil: un ramo hoy y otro el miércoles. Admiro mucho su gusto haciendo ramos de flores. Estoy seguro de que también esta vez elegirá flores bonitas.

— Descuide, señor Hermansen; pero... ¡Ejem!... ¿Sólo quiere que ponga «Qué te mejores» en las tarjetas?

— Nada más.

— Pero..., ¿no le parece poco?

— No, lo más importante es el ramo. Y recuerde que esto ha de quedar entre nosotros. Nadie debe saber que yo mando esas flores.

— Descuide, señor.

— Gracias, y adiós.

Rápida como un rayo, Puck se escondió. Difícilmente podían haberla visto. Cuando sacó la cabeza con cautela, vio que Hermansen se alejaba con paso decidido.

Puck sonrió. Su sospecha se había confirmado. No era el jardinero, sino Hermansen, quien mandaba aquellos costosos ramos de flores a Lilian. Ya no necesitaba preguntar nada a Piil. Conocía la respuesta.

—«Pero qué tipo más extraño es Hermansen —pensó—. Hubiera quedado bien mandando uno o dos ramos de flores a su alumna con una tarjeta... Pero mandaba muchos, y no quería que se supiese quien los enviaba.

Lilian adoraba las flores. A buen seguro, Hermansen se había enterado de ello y pensó que, al ver tantos ramos en su habitación, Lilian se recuperaría antes.

Sí, decididamente, ésa debía de ser la explicación.

Si los alumnos hubieran sabido que Hermansen era quien mandaba las flores, seguramente hubiesen cambiado de parecer respecto a él... Pero, ¿podía ella descubrir un secreto que había llegado a conocer espiondo? No; desde luego, no.

Puck paseaba por los invernaderos. Saludó a varios de los ayudantes del jardinero y, cuando estaba a punto de marcharse, se encontró con Piil.



Le saludó cortésmente y él le contestó con voz amable:

— ¡Hola, Bente! ¿Has venido a disfrutar de la belleza de las flores?

— Sí, señor Piil —contestó Puck—; son todas maravillosas. ¡Ejem!... Lilian está encantada con las que le hemos enviado...

— ¿«Hemos»...? —preguntó Piil perplejo.

Puck sonrió ampliamente:

— Sí, los compañeros del colegio... Pero creo que también hay muchos otros que han enviado flores, ¿verdad?

— Pues... Sí... El propietario Dreyer, el director Frank... Y ¡Ejem!... bueno, debo dejarte, hijita, tengo mucho trabajo.

— Adiós, señor Piil.

El jardinero se alejó y Puck se quedó mirándole con una amplia sonrisa. El buen hombre había estado a punto de hablar demasiado y mencionar el nombre de Hermansen.

* * *

El incidente del balón en el gimnasio tuvo consecuencias. Por lo menos entre los muchachos. Hasta entonces todos habían estado de acuerdo con la guerra contra «Repitan», pero, después, algunos de ellos empezaron a dudar. En parte, porque su sentido lógico les decía que Hermansen se había portado con justicia respecto a Alboroto..., y en parte porque les había dejado jugar al fútbol.

Alboroto rabiaba cuando hablaban del partido.

— ¡Fue un soborno! —rugía.

Pero el gordo Svend, el presidente del consejo de alumnos, le contradijo tranquilamente.

— Creo que estás equivocado, Alboroto. Si Hermansen te es *simpático o antipático* no es asunto mío; pero estoy seguro de que no

es un tipo como para utilizar el soborno. Creo sinceramente, Alboroto, que al dejarnos jugar al fútbol a nosotros, lo hizo sólo para aumentar tu castigo.

— Te crees muy listo, ¿verdad?

— Más de uno dice que lo soy — sonrió Svend haciendo una pequeña reverencia—. Si quieres un buen consejo, entierra el hacha de guerra y tengamos paz hasta el regreso de Strandvold.

— No hay duda de que sabes hablar..., pero tampoco fuiste tú quien recibió la bofetada.

— Tampoco era yo quien la merecía.

— ¿Qué?

Svend movió la cabeza con gesto enérgico:

— Claro que te la merecías. ¿Pensabas que Hermansen iba a darte las gracias por pegarle con la pelota y encima mostrarte impertinente?

Aunque Svend creía tener razón, tuvo que escuchar un murmullo de descontento. Cuando Alboroto había ofrecido la otra mejilla, también él se había mostrado todo un hombre; por eso las palabras del gordo Svend tuvieron el efecto contrario.

Los chicos que hasta aquel momento dudaban aún, se inclinaron en favor de Alboroto... Y la guerra contra «Repitan» tomó nuevas fuerzas.

También ayudó el hecho de que Hermansen, durante las siguiente clase de gimnasia, no les dejara jugar al fútbol y les obligara a realizar unos ejercicios difíciles. Continuamente sonaba su odiada voz:

— ¡Repitan!

Cuando los chicos iban sudorosos hacia las duchas, murmuraban en voz alta contra el profesor. Momentos después, éste entró en los vestuarios y ordenó en tono severo:

— ¡Silencio! Dentro de cinco minutos quiero verles a todos vestidos y fuera de aquí.

— No he comprendido —dijo Alboroto.

Un silencio de tumba se hizo en los vestuarios. Todos esperaban ver a Hermansen perder los estribos; pero no ocurrió nada de eso. Miró fijamente a Alboroto y dijo en tono seco:



—Levántate cuando hables con una persona adulta.

Alboroto obedeció instintivamente y Hermansen continuó:

— Creo que lograrás comprender en seguida, Hugo. Si no estás vestido y fuera de aquí antes de cinco minutos, durante la próxima clase de gimnasia te haré una demostración de judo.

Hermansen dio media vuelta y salió. El silencio no se rompió por ello. Todos tenían curiosidad por ver si Alboroto tardaría más de cinco minutos en salir.

Pero no pasó nada. Alboroto tenía suficiente con una sola llave de judo. No tenía el menor interés en repetir la experiencia. Aunque fue el último en salir, lo hizo en el tiempo fijado por el profesor. Al cruzar la puerta, Hermansen miró su reloj y dijo:

— En el momento justo, Hugo. Sólo faltaban diez segundos.

Alboroto estuvo a punto de estallar de rabia y, cuando sabía que Hermansen no podía oírle, exclamó, belicoso:

— «Repitan» es un ser despreciable. En toda mi vida no he conocido un tipo como él. Además, es un cobarde.

— Bueno, tanto como cobarde... —protestaron varios de los muchachos.

— ¡Claro que lo es! Es un experto en judo, mientras yo no sé nada al respecto. Es una cobardía por su parte desafiarme de esta manera.

Como nadie dijo nada, Alboroto continuó:

— Si yo supiera más judo que él, no se metería conmigo; tenedlo por seguro. Y eso es de cobardes.

Alboroto habló tan decidido y convincente que los chicos acabaron por darle la razón. De esta forma, Hermansen fue

calificado como un cobarde y, a los pocos días, todos estaban de acuerdo en que el profesor era un blanco perfecto para sus burlas. Sólo el gordo Svend y un par más de muchachos sensatos se mantenían al margen.

El ambiente del pensionado de Egeborg estaba muy lejos de ser agradable.

Las chicas no mostraron su descontento tan violentamente como los chicos; incluso, gracias a Inger, Merete y Puck, los ánimos se estaban calmando. Además, Lilian estaba ya bien y a punto de abandonar el hospital. La simpática enfermera, la señorita Nielsen, había anunciado al director que ella misma llevaría a Lilian al colegio.

Después de clase, todas las chicas y gran parte de los chicos se reunieron en la gran explanada, ante el edificio principal. Querían demostrar a Lilian su alegría por su regreso. Los profesores contemplaban la escena sonriendo; pero Hermansen no se encontraba entre ellos.

— No vendrá —dijo Navio—. Yo tampoco vendría si tuviese la conciencia tan intranquila como él debe de tenerla. Nunca podrá volver a mirar a los ojos a Lilian.

— Déjate de tonterías, Navio —dijo Inger con calma—. Sabes de sobra que Hermansen actuaba de buena fe. Tú tampoco te puedes quejar de que él te haya tratado con severidad.

— Que no lo intente — dijo Navio con un gesto orgulloso.

Puck no quiso intervenir en la conversación; pero de vez en cuando, miraba en dirección al edificio del profesorado. ¿Sería posible que Hermansen no le diera la bienvenida a Lilian? Si fuera así, Inger, Merethe y ella misma se habrían equivocado respecto a él, pensó.

Seguro que llegaría en el último momento. Puck lo deseaba desesperadamente.

Momentos después apareció un coche negro en la entrada del colegio. Los muchachos se aglomeraron alrededor y casi impidieron salir a sus dos ocupantes. De todos lados surgían gritos de júbilo y bienvenida; pero, como empujaban demasiado, la señorita Nielsen dijo, sonriendo:

— Poco a poco, amiguitos. Aunque Lilian esté curada del todo, no es razón para aplastarla. No le gustaría al señor director.

— Claro que no — se oyó la voz de éste.

El director y su esposa se acercaban para dar la bienvenida a Lilian, seguidos de todos los profesores. Nunca en su vida Lilian había dado la mano a tantas personas en tan poco tiempo. Estaba radiante.

Puck miró una vez más hacia el edificio de los profesores y por fin pudo suspirar aliviada. El profesor Hermansen estaba cruzando la explanada con pasos rápidos. Fue directamente hacia el grupo reunido en torno a Lilian y la enfermera y consiguió abrirse paso con un poco de dificultad. Iba a darle la mano a Lilian cuando algo raro pasó.

Puck, que seguía los movimientos de Hermansen, pudo observar perfectamente la escena. Cuando Hermansen vio a la señorita Nielsen se quedó pasmado. Dejó caer la mano que había tendido hacia Lilian y, por un momento, Puck creyó que aquel hombre deportivo se iba a desmayar, pero Hermansen hizo un esfuerzo para reponerse y, casi con brusquedad, se volvió hacia Lilian, le dio la mano y dijo:

— ¡Bien venida a casa, Lilian! Estoy muy contento de verte sana y fuerte.

— Muchas gracias, profesor Hermansen —sonrió la muchacha.

El profesor la saludó brevemente con una inclinación, dio media vuelta y se marchó.

Puck estaba asombradísima por el extraño comportamiento de Hermansen. Incluso su voz segura había temblado al dar la bienvenida; pero no por su alumna..., sino a causa de la señorita Nielsen.

El pequeño incidente apenas había durado unos segundos. Puck parecía haber sido la única en darse cuenta del detalle. Miró de reojo a la enfermera, pero ésta se portaba como si nada hubiera ocurrido.

¿Qué clase de misterio se encerraba en aquel encuentro?

Los pensamientos bullían en la cabeza de Puck. Era seguro que Hermansen había reconocido a la señorita Nielsen; pero no ella a él. Si ella le hubiera reconocido, hubiese debido ser una actriz de primera para no manifestarlo, pues en todo momento había permanecido tranquila y sonriente.

No había aparecido ningún gesto de estupor en su cara al

enfrentarse con Hermansen.

De repente sonó a su lado la voz de Navio:

— ¿Te diste cuenta, Puck?

— ¿De qué?

— Ese antipático de «Repitan» no quiso saludar a Lilian.

— Qué tontería. ¿A qué vino, pues?

— Sí, pero le costó mucho. Él debía haber sido el primero en decirle cosas agradables a Lilian... como los otros profesores, pero ¿qué hizo, eh? Huyó como un cobarde. ¿Aún estás de su parte, después de esto?

Puck meneó la cabeza.

— Basta ya, Navio. Todo es muy confuso...

— ¿Qué hay de confuso en ello?

— Te lo contaré más tarde.

Tomó del brazo a su amiga y fueron hacia el edificio principal, a celebrar el regreso de Lilian con los demás.

* * *

Las chicas de la habitación del «Trébol de Cuatro Hojas» y las de la «Flor de Retama» se habían reunido para organizar una fiesta. Habían puesto la mesa en el «Trébol de Cuatro Hojas». Había café, té, refrescos, pasteles, fruta y chocolate.

Además de Lilian, la señorita Nielsen participaba como invitada de honor. La enfermera expresó su admiración por la adornada mesa.

— Sí, no está mal — dijo Annelise —. Deberíamos celebrar fiestas así cada día. ¿Dónde ha comprado usted ese «simpático» pañuelo, señorita Nielsen?

La enfermera se sorprendió algo con aquella inesperada pregunta, pues no conocía a Annelise y sus rápidos cambios de tema. Aún no había tenido tiempo de contestar cuando Annelise añadió:

— También en la «Gran Granja» celebraremos tu regreso... Hablaré con papá; comeremos piña natural y después daremos todos un paseo a caballo...

— Eso si todos sabemos montar — interrumpió Inger, alegre —. Vamos a merendar. La señorita y Lilian se sentarán a los extremos de la mesa.



Charlando alegremente, se sentaron. Puck procuró hacerlo junto a la señorita Nielsen, por si lograba tener ocasión de satisfacer su curiosidad. Quizá lograría dar con la clave del extraño comportamiento del profesor Hermansen.

La fiesta fue muy animada y las golosinas desaparecieron como el rocío con los primeros rayos del sol. Las ocho muchachas se lanzaron a las golosinas, mientras la señorita Nielsen dijo sonriendo que quería guardar la línea.

—¿No dejan comer a las enfermeras? —preguntó Annelise con la boca llena de pastel—. En ese caso no quiero ser enfermera... Bueno tampoco me gustaría. Pero, antes de que cada una vuelva a su habitación, debemos planear la fiesta en la «Gran Granja»...

Siguió hablando de todo, pero nadie la escuchaba; aunque esto le daba igual a Annelise: ella continuaba hablando.

Puck estaba nerviosísima. Quería comentar con la señorita Nielsen el extraño encuentro ante el edificio principal, pero no sabía cómo empezar. Inesperadamente, la ayuda vino de Navio. Dijo:

— Oye, Lilian, ¿no te parece que «Repitan» se mostró muy antipático cuando te saludó?

Lilian movió sonriendo la cabeza:

— No, al contrario, Navio. Yo fui la que me mostré mal educada al olvidar darle las gracias.

— ¿Cómo? —exclamó Navio boquiabierto—. ¿Y por qué ibas a darle tú las gracias?

— Porque me salvó la vida, nada menos. De no ser por él, yo no estaría aquí ahora.

— Bueno, pero él te mandó trepar, ¿no? —continuó Navio testaruda—. Según mi opinión, debía haber hecho un discurso de bienvenida en vez de largarse.

— Me pareció — dijo Karen pensativa —, como si algo le asustara. Pero debo de estar equivocada, porque las personas que son como Hermansen no se asustan de nada.

— ¡Ja, ja! — rió Navio con desdén —. Todos los chicos dicen que es un cobarde.

— ¿Cómo lo saben? —preguntó Inger, tranquila—. Me gustaría saber cómo han sacado esa conclusión los muchachos. Hermansen no se mostró precisamente cobarde cuando saltó para salvar a Lilian...

— Permitidme que os diga una cosa —interrumpió la señorita Nielsen seria —. Creo que algunas de vosotras tratáis al profesor Hermansen injustamente. La primera vez que oí hablar de él, también a mí me pareció una persona despreciable y mala; pero, desde entonces, Lilian me ha contado algunas cosas que me han hecho cambiar de opinión... Además, me había imaginado a Hermansen como una especie de gorila bizco, y en realidad es un hombre guapo y deportivo...

— Tiene una mirada torva —declaró Navio.

— ¡Qué tonterías dices! —rió la enfermera—. Lo que pasa es que no te ha caído simpático por alguna razón. Admito que su mirada es severa, pero sus ojos son bonitos, y no como dices.

— ¡Vaya, vaya, señorita Nielsen! —dijo Puck alegre—. Ha visto usted muchas cosas en el profesor Hermansen, aunque sólo estuvo usted con él un minuto escaso.

— Como enfermera —se apresuró a decir, sonrojándose —, una se acostumbra a observar los detalles con rapidez. A mí me ha caído simpático..., pero yo no soy su alumna, claro.

Puck se sintió segura de que la señorita Nielsen nunca había visto antes a Hermansen. Pero, ¿por qué entonces el extraño comportamiento de éste? Era evidente que al verla se había sobresaltado.

Lilian había estado un rato sin hablar. Al final rompió su mutismo para decir:

— Quiero daros las gracias, chicas, por la bonita fiesta, también porque habéis invitado a la señorita Nielsen... Pero, ¿no podríamos convertirlo en una fiesta de verdad, prometiendo no molestar más a Hermansen?

— ¡Uf! —dijo Navio.

— Es una buena idea, Lilian — opinó Else Riemer.

— Podríamos ponerlo a votación —propuso Lone tranquila—. Aunque seamos ocho, no creo que empatemos.

— Votaremos —decidió Inger—. Las que quieran la paz con Hermansen que levanten la mano.

Ocho manos fueron alzadas.

Puck rió divertida y dio un golpecito amistoso en el hombro de Navio:

—Eres una chica sorprendente.

— ¡Uf! — suspiró Navio riendo.

La señorita Nielsen contempló a las ocho compañeras con una amplia sonrisa:

— Ha sido una votación unánime. No os podréis pelear por el resultado.

Y la fiesta continuó hasta la hora de la cena. Como era de esperar, la señorita Nielsen fue invitada por el director.

* * *

Cuando el sábado siguiente Puck llegó a Sundkoebing para pasar el fin de semana, encontró a su padre de mal humor. Acababa de regresar, de Copenhague, donde había pasado cuatro días en reuniones con los dirigentes de su empresa «Danaplan».

Durante su ausencia no había podido supervisar los trabajos de Oesterby, con el resultado de que al lado del hotel habían hecho una excavación importante donde el director Rasmussen quería instalar un parking subterráneo.

El trabajo de excavación fue realizado por una empresa de contratistas de Sundkoebing, «Olsen e Hijo», una empresa de buena fama, pero cuyo trabajo resultó insatisfactorio a causa del apuntalamiento lateral.

Así se lo explicó el ingeniero Winther a su hija, y concluyó:

— Han hecho el apuntalamiento de una manera irresponsable. Si al menos la tierra fuera buena, aunque yo personalmente lo hubiera rechazado... Pero se trata de una tierra suelta y arenosa, y el apuntalamiento no necesita mucho para hundirse. Eso significa que los obreros trabajan allí con evidente peligro de muerte y no voy a quedarme con los brazos cruzados. Tienen que deshacerlo todo y volver a empezar. Y eso significa una semana perdida.

— ¡No me digas! —exclamó Puck radiante.

Winther la miró extrañado.

— Parece que la noticia te alegra.

— ¡Ya lo creo! — dijo Puck contenta.

La mirada de su padre se tornó severa.

— ¿Te has vuelto loca? ¿Te alegran las dificultades de tu padre?

Puck rió con toda su alma.

— Puedo asegurarte que sí, papá. No es culpa tuya lo que ha ocurrido, y a mí me alegra tenerte conmigo una semana más, antes de que te marches a la India.

Por un momento, el ingeniero Winther se quedó perplejo; pero, de repente, comprendió la reacción de su hija y se emocionó. Tomó a Puck en sus brazos y la estrechó contra sí.

— Bravo —murmuró el veterinario que había visto la escena—. Así me gusta, ¿qué nos importa que el apuntalamiento esté mal? Esto que ocurre aquí es mucho más importante.

Luego continuó en un tono más serio:

— Dime una cosa, Joergen. ¿Tu empresa perderá dinero con ese retraso?

— No; ni un céntimo. En el contrato de «Olsen e Hijo» queda bien claro cómo debía ser hecho el trabajo. La pérdida será para ellos.

— ¡Vaya! — murmuró Moeller —. Según tengo entendido, las cosas les andan mal en estos momentos. Tienen problemas económicos. Creo que han tenido pérdidas importantes y seguramente han querido ahorrar un poco en este trabajo de Oesterby.

El ingeniero Winther frunció las cejas:

— Ése no es motivo, Anders. No pueden permitirse el lujo de ahorrarse un par de miles de coronas si con eso ponen en peligro vidas humanas.

— No, claro que no. Lo comprendo; pero lo siento por el viejo Olsen y su hijo. Los dos son excelentes personas y su empresa siempre ha tenido buena fama.

— Pues en este momento no han hecho honor a esa fama — declaró Winther con brusquedad—. Si esos señores ignoran que han puesto en peligro a los obreros, deberían cesar en su empresa de contratistas. Ésta es mi opinión, y puedes estar seguro de que tengo razón.

— No lo dudo, Joergen, no lo dudo... ¿Y si nos tomáramos un whisky para tranquilizarnos un poco?

Puck salió en silencio. Era mejor dejar a los dos hombres. En el jardín se encontró con Sonja, que jugaba con «Plet».

— ¿Qué te parece un paseo por la ciudad Sonja? —preguntó Puck.

— ¡Estupendo! — contestó radiante, pues Puck era su mejor amiga y estando con ella se sentía feliz.

Puck había decidido hacer una visita a la señorita Nielsen en el hospital, no sólo porque la enfermera le era muy simpática, sino porque estaba confusa.

Se trataba de aquel encuentro entre la señorita y el profesor Hermansen en la explanada del colegio de Egeborg. Si el profesor no conocía a la enfermera, era increíble su reacción; tan increíble como que la enfermera tuviera tanto talento de actriz que pudiera disimularlo a la perfección.

Cuando se acercaban al hospital, Puck dijo:

— Vamos a hacer una visita a una buena amiga...

— ¿A una buena amiga? — repitió Sonja asombrada —. ¿Creí que Lilian había sido dada de alta? ¿Tienes más amigas enfermas?

— No; enfermas, no — dijo Puck sonriendo —, pero sí una enfermera. Quiero hablar con ella y me alegraría poder hacer una buena acción.

— Eso suena a misterio.

Puck se encogió de hombros:

— No sé. Ni siquiera sé si puedo hacer algo para aclarar el misterio; pero si una hace lo que puede, no se le ha de pedir más, ¿verdad?

— No, claro...

— Bueno; entremos entonces. La señorita Nielsen va a demostrar si su talento como actriz es tan grande como el de Greta Garbo.

* * *

La señorita Nielsen estaba de guardia cuando Puck y Sonja aparecieron inesperadamente.

— ¡Qué alegría verte, Puck! — dijo con una amplia sonrisa —. ¿Quién es tu amiga?

Puck se lo dijo y la enfermera dio una palmadita en el hombro de Sonja.

— Me han hablado de ti... Vamos a ver. ¿Puedo ofreceros algo?
¿Os apetece un refresco y fruta en almíbar?

— No queremos molestarla... —empezó Puck.

La señorita Nielsen la interrumpió sonriendo:

— No vengas con cumplidos, Puck. Claro que no puedo ofrecerte lo que me ofrecisteis vosotras en el «Trébol de Cuatro Hojas». Sentaos; vuelvo en seguida.

La enfermera desapareció y las chicas se sentaron al lado de su mesa de trabajo. Un cuaderno abierto demostró que la habían interrumpido en plena actividad.

— Es muy simpática — comentó Sonja en voz baja.

— Sí, y al mismo tiempo es muy buena enfermera. Es muy querida por sus pacientes.

— ¿Es soltera? —preguntó Sonja.

— Sí — sonrió Puck —, aunque parezca mentira. Quizá aún no ha encontrado a nadie de su gusto. Pero es lo suficientemente guapa para poderse permitir el lujo de escoger sin prisa.

Poco después regresó la señorita Nielsen con los refrescos.

— Adelante —dijo con una cordial sonrisa.

— Siento mucho haberla interrumpido en su trabajo —dijo Puck mirando de reojo el cuaderno abierto.

— No te preocupes... Si hubiera sido algo importante os lo hubiese dicho —contestó la enfermera.

Y añadió, con una mirada al tablero eléctrico que avisaba las llamadas de las habitaciones:

— Hasta ahora ha sido un día tranquilo. Espero que continuará siéndolo hasta mi relevo.

Después de un rato Puck dijo vacilando:

— Hay una cosa, señorita Nielsen, que me gustaría preguntarle... No crea que es simple curiosidad...

— ¿De qué se trata? —preguntó sorprendida la aludida.

— Es sobre Hermansen — balbuceó Puck.

— ¿Hermansen?

— Sí, el profesor. El otro día, ¿no se dio usted cuenta de que se le quedaba mirando fijamente y luego se portó de una manera muy extraña?

— Sí; lo noté — asintió la señorita Nielsen —. Por un momento temí que se hubiera puesto enfermo, pero luego pareció

recuperarse. Me dio la impresión de que parecía haberme reconocido y que nuestro encuentro le causaba estupor.

— ¿No le había visto usted antes?

— No puedo decírtelo con seguridad. Sin embargo, creo que no he hablado nunca con él... Pero, ¿por qué te interesa eso?

Puck se lo explicó y la señorita Nielsen pareció comprender.

— Ah, bueno... Lo siento; no te puedo ayudar, aunque debe haber alguna explicación a su comportamiento. Lo más seguro es que debo de parecerme a alguien que él conoce. Se dice que cada persona tiene un doble en este mundo. Y tú quizá creiste que yo estaba haciendo una comedia, ¿no?

— Sí, así es — admitió Puck honradamente —. Aunque creo que tendría usted que ser una actriz formidable para disimular tan bien.

— ¿Y no lo soy? — rió la señorita Nielsen.

Poco después, las dos muchachas se despidieron de su anfitriona. Puck se sentía más tranquila. Aunque no había descubierto la clave del misterio, estaba segura de que la enfermera decía la verdad.

Hermansen debía haberla confundido con otra..., y eso no era una solución muy emocionante.



El lunes por la tarde, algunos alumnos de Egeborg fueron en bicicleta a Oesterby para ver las excavaciones. Todo el solar estaba cercado por una alta valla; pero había dos salidas para camiones y desde allí se podían ver bien las obras. Aunque estaba prohibida la entrada, si la gente no se metía muy adentro la prohibición no era tan estricta como todo eso.

Cuando Alboroto y Cavador pedaleaban hacia Oesterby, iban casi pisándole los talones al profesor Hermansen que, al parecer,

también tenía algo que hacer allí. Los dos traviesos muchachos pronto empezaron a pensar cómo gastarle una broma al profesor; pero, aunque se esforzaban, no se les ocurría ninguna idea.

— Es igual, dejémosle que descanse por un día — dijo Cavador con generosidad —. Creo sinceramente que lo necesita.

— Seguro que sí — rió Alboroto —. Le hemos marcado mucho últimamente. Pero la culpa es suya, porque es un cobarde.

Cavador miró de reojo a su amigo. Estaba preocupado.

— Creo que debemos tener cuidado, Alboroto. Tenemos demasiadas malas notas y, si le da por ir a quejarse al director, pueden echarnos del colegio. Si quieres saber la verdad, no me gustaría lo más mínimo que esto ocurriera.

Alboroto murmuró algo ininteligible, porque tampoco a él le gustaba pensar en ello.

Cuando los chicos llegaron al solar donde se construía el hotel, había ya varios espectadores, la mayor parte alumnos del pensionado, que discutían alegremente. Como siempre, era un espectáculo ver una construcción, pero aquel día parecía que algo dramático flotaba en el aire. Se dieron cuenta sobre todo cuando Puck llegó con un par de amigas.

Puck quería entrar a saludar a su padre, pero éste la detuvo con un severo gesto de la mano:

— No, Bente; no quiero que nadie entre aquí. Quedaos todos en la entrada, por favor.

— Pero, papá...

— Vete ya. Tengo que hablar con los contratistas.

Un poco desanimada, Puck volvió con sus amigas, mientras el ingeniero Winther empezaba a discutir con los dos contratistas, padre e hijo, que habían venido desde Sundkoebing. Winther no trató en ningún momento de ocultar su descontento respecto al apuntalamiento, pero el viejo Olsen mantenía que éste era lo bastante fuerte y seguro.

— No lo suficiente para mí — declaró Winther con brusquedad —. Además, tampoco está hecho según se convino en nuestro contrato. Hay que deshacer y volver a empezar de nuevo, y esta vez me aseguraré yo mismo de que, el trabajo se haga bien.

— Esto costará mucho dinero,...

— Sí; pero no a «Danaplan», señor Olsen.

Los espectadores comprendían que algo serio pasaba entre los tres hombres, pero la distancia era demasiado grande para enterarse de los detalles. Puck era la única que sabía de qué se trataba, pero no creyó prudente contárselo a sus compañeros. Dudaba que un ingeniero tan competente como su padre pudiera equivocarse, pero sentía lástima por Olsen y su hijo.

La discusión entre los tres hombres continuó. El joven Olsen, que hasta aquel momento había estado callado, se volvió hacia su padre.

— No hay otra solución, papá. Al igual que tú, pienso que el apuntalamiento es suficiente, pero debemos admitir que no hemos cumplido el contrato. Voy a echar un vistazo.

Se fue hacia una de las escalerillas que bajaban hacia la excavación y, poco después, estaba en el fondo. Lentamente, empezó a recorrerla mientras observaba con mirada crítica las vigas. Un par de veces cogió un puñado de tierra y lo estudió con cuidado. En su interior hubo de darle la razón a Winther: la tierra era muy suelta y arenosa.

En medio de la excavación se paró y frunció el entrecejo. Acababa de ver algo que no le gustó. No había duda de que el apuntalamiento iba cediendo. Se acercó al lugar del fallo para examinarlo de cerca y, cuando puso su mano en la madera para probar su resistencia, empezó a caer un poco de tierra suelta por entre las juntas de las maderas...

De pronto ocurrió la catástrofe.

Se oyó un ruido seco y un par de las tablas se rompieron, la tierra empezó a caer y, en pocos segundos, se había hundido gran parte del apuntalamiento. El joven contratista quedó sepultado bajo la tierra y las maderas.

El viejo Olsen se tornó lívido y gritó aterrorizado:

— ¡Ay, Dios mío!... ¡No!...

De todos lados llegaban corriendo los obreros; pero Winther ordenó con voz autoritaria:

— ¡Manténganse lejos de la excavación! Cualquier vibración puede causar nuevas roturas de la pared. ¡Capataz, llame usted inmediatamente a los bomberos de Sundkoebing, por favor, y que venga también una ambulancia!

El capataz se fue corriendo a cumplir la orden.

Olsen estaba tan afectado que no fue capaz de actuar y el ingeniero Winther se fue solo hacia la gran fosa. El joven contratista estaba sepultado allí, bajo un gran montón de tierra, vigas y tablas rotas.

De repente, el ingeniero escuchó una voz a sus espaldas:

— ¿Qué ha pasado?

— Un hombre ha quedado sepultado allá abajo — contestó Winther instintivamente—. Pero... ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

— Me llamo Hermansen. Soy profesor del pensionado de Egeborg. ¿Hay algo que podamos hacer?

— Han llamado a los bomberos y a una ambulancia de Sundkoebing... He de pedirle que se retire, señor Hermansen.

El profesor pareció no haber oído las últimas palabras de Winther. Miró fijamente el lugar del hundimiento y vio que las vigas se habían cruzado formando una especie de túnel. Luego dijo brevemente:

— Es posible que ese hombre ya esté muerto pero, si aún vive, cada segundo es muy importante. No hay tiempo que perder. La ayuda de Sundkoebing puede tardar demasiado. Antes de que llegue, el hombre quizá esté muerto.

— No hay nada que hacer —dijo Winther con cara sombría—. La tierra seguirá cayendo al primer movimiento. Los bomberos traerán el material necesario para este tipo de salvamentos.

— Voy a intentarlo — declaró Hermansen en tono seco.

Corrió hacia la escalera y empezó a bajar, mientras el ingeniero Winther gritaba:

— ¡Déjelo!... ¡Vuelva!... ¡Es un suicidio!



Pero el profesor estaba ya en el fondo y empezaba a deslizarse por el peligroso hueco dejado por las vigas.

El ingeniero Winther se quedó petrificado y tardó algún tiempo en reaccionar. Aquello era completamente descabellado: un suicidio seguro. Hermansen tenía muy pocas posibilidades de llegar hasta el accidentado, y si lograba alcanzarlo, para sacarlo de allí correría un gran peligro: el de un nuevo hundimiento, y los dos hombres morirían en el acto.

— Ese hombre está completamente loco —se oyó la exaltada voz del capataz, que había vuelto de hacer la llamada—. Ninguno de los dos saldrá con vida.

— ¿Cuánto tardarán los bomberos?

— Unos veinte minutos, más o menos. ¿Hay algo que podamos hacer mientras tanto?

— No lo creo... Sería peligrosísimo. No pido nada, pero necesito a un voluntario que me acompañe allá abajo.

— Yo mismo —declaró sin vacilar el capataz.

— De acuerdo —asintió Winther, y se volvió hacia los obreros—. Procuren que nadie se acerque.

— ¡Bien!

— Vamos, Jensen... Pero con cuidado.

Poco después, los dos hombres se encontraban en el fondo de la excavación. El hundimiento se había producido a unos diez metros de donde estaban ellos. Winther examinó las tablas que aún estaban enteras. Aguantaban bien, pero eso no significaba que el peligro hubiera pasado. Lo sabía por experiencia. Una pequeña vibración podía provocar la gran catástrofe.

— Jensen —dijo Winther, serio—, estamos corriendo un riesgo muy grande en estos momentos, pero debemos estar preparados para echarles una mano a esos dos hombres, si no es demasiado tarde ya. Espérese aquí mientras yo me acercó al lugar.

— ¿No quiere que le acompañe?

— No. Voy solo. Habrá menos peligro.

— Bien.

Con sumo cuidado, Winther se acercó a la abertura formada por las maderas. Se inclinó y gritó:

— ¡Hermansen!

— ¡Aquí! — sonó una voz medio ahogada desde la oscuridad—. Le tengo agarrado por los tobillos..., pero...

Las palabras fueron sofocadas por el esfuerzo; pero, poco después, se oyó su voz de nuevo:

— Intento arrastrarle..., pero... es muy difícil...

— Con cuidado —le advirtió Winther—. Lentamente y sin tirones.

No hubo contestación, pero desde la oscuridad llegaban ruidos de algo que se arrastraba, acompañados de crujidos. Era un sonido espeluznante.

Transcurrió un angustioso minuto. Hermansen estaba llegando ya a la salida del boquete con su carga. Su voz sonaba muy cansada.

— Estoy atrapado... No... Espere... Ya salgo.

Aparecieron primero sus pies, después el resto del cuerpo. Estaba terriblemente sucio, sudoroso y fatigado.

— Qué alguien lo tome —dijo casi sin aliento—. Estoy muy cansado. Tengo los brazos casi paralizados.

Winther miró rápidamente el apuntalamiento y luego ordenó:

— Jensen, venga con cuidado a echarnos una mano.

Poco después, entre Winther y el capataz lograron agarrar los pies del joven contratista y, con mucho cuidado, tiraron de él. El hombre estaba sin sentido, quizá muerto.

Cuando lograron sacarlo del agujero, Hermansen quiso ayudar de nuevo, pero en la euforia se olvidó de ser cauteloso. Hizo un movimiento brusco y la tierra empezó a desprenderse sobre él. Una viga cayó sobre su brazo y perdió el conocimiento.

Winther se había dado cuenta ya de que el contratista vivía, y lo llevaron hasta la escalera. Cuando Hermansen tuvo el accidente, la

tierra caía por el lado derecho y el apuntalamiento de madera empezó a combarse de manera peligrosa.

¡Cada fracción de segundo era vital!

— ¡Rápido, Jensen! ¡Ayúdeme a sacar a Hermansen, antes de que todo se venga abajo!

Los dos hombres olvidaron toda cautela. Fueron corriendo hasta el profesor, que seguía inconsciente, le agarraron y le arrastraron hasta la escalera, mientras el hundimiento parecía pisarles los talones. Vigas y maderas se rompían, y la tierra caía a sus espaldas. Luego todo quedó en silencio. El hundimiento había cesado pocos metros antes de la escalera. Sólo se oían las fatigosas respiraciones de los dos hombres.

Después, un nuevo sonido rompió el silencio: era la sirena de la ambulancia.

* * *

Rápidamente los dos heridos fueron llevados al hospital de Sundkoebing. El viejo Olsen había ido con ellos en la ambulancia.

El accidente había causado honda impresión tanto en los obreros como en los jóvenes espectadores. Cuando Puck vio a su padre salir ileso de la excavación, se abrazó histérica a él, entre risas y llantos.

Había sufrido un ataque de nervios; pero, poco a poco, Winther logró tranquilizarla. Después anunció a los obreros que por aquel día el trabajo había terminado.

Ninguno de los alumnos parecía tener ganas de volver a Egeborg, y el ingeniero Winther se dirigió a ellos en tono serio:

—Lo mejor será que volváis al pensionado, pero antes me gustaría deciros unas palabras. No he podido evitar enterarme de la «guerra» que algunos de vosotros habéis organizado contra el profesor Hermansen. Y aunque seguramente pensastéis que era justa, no voy a juzgar. Sólo quiero que comprendáis una cosa.

Como por casualidad miró a Alboroto y a Cavador, luego continuó:

— Por alguna extraña razón, el profesor Hermansen ha sido acusado de cobardía. Creo que habéis sido vosotros, los mayores, quienes empezasteis con ese rumor. Pero hoy habéis visto que vuestro profesor se ha portado como un héroe. Sabía muy bien que se jugaba la vida al intentar salvar al joven Olsen, pero no vaciló ni un segundo, y puedo afirmar que le salvó la vida, porque si Olsen

hubiera tenido que esperar la ayuda de Sundkoebing, se hubiera asfixiado. Tenía la boca y la nariz llenas de tierra; pero le hemos hecho la respiración artificial, y se pondrá bien. Creo que el señor Hermansen está peor. Una viga cayó sobre él y debe encontrarse bastante mal.

Las chicas soltaron exclamaciones de pena, y Winther continuó, con voz tranquilizadora:

— Bueno; naturalmente no puedo estar seguro, aunque quizá sólo se trate de un brazo roto, y eso no es cosa de vida o muerte. Pero no creo que pueda volver de momento al pensionado de Egeborg. Dentro de un mes regresará el profesor Strandvold, y Hermansen necesitará guardar cama durante algún tiempo. Así que vamos a desearle una recuperación rápida y a olvidar todas las feas palabras que habéis usado para referiros a él, porque el que creáis un cobarde ha resultado ser todo un héroe.

Se calló un momento. Luego concluyó su pequeño discurso:

— Eso era todo... Y ahora os ruego que volváis al colegio. El director Frank ha sido avisado ya por teléfono.

Cuando sus compañeros hubieron dejado el solar para ir en busca de sus bicicletas, Puck se quedó sola con su padre.

— Has dicho las palabras justas —empezó Puck—, pero olvidaste decir que también tú y el capataz fuisteis unos héroes al bajar a ayudar a Hermansen. No dijiste nada sobre ello.

El ingeniero Winther sonrió cariñosamente a su hija:

— Estas cosas no se dicen, Bente; además, tampoco es verdad. Yo no fui ningún héroe, porque era mi deber bajar... Sin embargo, el señor Jensen, aquí presente, es tan héroe como Hermansen, porque también él bajó como voluntario para ayudarnos.

— No fue nada —murmuró el aludido con sencillez.

— Claro que sí, Jensen, y me gustaría expresarle mi agradecimiento.



De repente escucharon un crujido violento y el sonido de tierra que caía. Los dos hombres dieron media vuelta, luego intercambiaron una mirada. La escalera había desaparecido con el nuevo hundimiento.

Winther se quedó un momento serio. Luego dio una palmadita en el hombro de Puck y dijo:

— A ver si logras alcanzar a tus compañeros, hija... ¡Adiós!

— ¡Adiós! —Puck se despidió y abrazó de nuevo a su padre. Sentía un nudo en la garganta y añadió en voz baja:

— Estoy muy orgullosa de ti, papá.

— Yo también estoy muy orgulloso de ti —sonrió Winther—: ¡Y a ver si te largas de una vez!

Un momento después, Puck pedaleaba para alcanzar a sus compañeros. Lo logró a mitad de camino. No hablaban apenas. El terrible accidente les había impresionado. Sobre todo, Alboroto estaba muy callado.

* * *

Cuando al día siguiente, por la mañana, los alumnos se encontraban en el comedor, el director Frank se levantó y dijo con voz seria:

— Tengo una noticia para vosotros.

Se hizo un silencio total y el director continuó:

— Supongo que todos están enterados de lo ocurrido ayer tarde en Oestedby, y no necesito mencionarlo. Después tuve noticias del hospital de Sundkoebing. El joven contratista Olsen está fuera de peligro y será dado de alta hoy. Quien está peor es el profesor Hermansen. Tiene el brazo derecho roto, y le espera una larga estancia en el hospital.

«Quiero decir al respecto que me siento orgulloso de haber tenido un profesor como él aquí, en el colegio. Cuando saltó y salvó

la vida de Lilian en el gimnasio se rompió la clavícula; pero seguramente nadie se dio cuenta de sus dolores, ni tampoco de que el doctor Jespersen, de Oesterby, le estaba curando. A pesar de ello, no vaciló ni un segundo cuando tuvo la oportunidad de salvar la vida de un semejante. Ahora está en el hospital. Esperemos que se recupere pronto.

El director se volvió hacia la mesa de los chicos mayores y continuó:

— Sobre todo, quiero dirigirme a vosotros. Dentro de un par de años abandonaréis el colegio y tendréis que empezar la lucha solos, en un mundo lleno de competencia. Tomad al profesor Hermansen como ejemplo. Es un profesor muy competente, pero también posee cualidades humanas dignas de admirar. El hombre que pone su propia vida en peligro para salvar a otro, merece un profundo respeto...

— ¡Es verdad! —exclamaron los chicos al unísono.

El director sonrió y terminó su discurso:

— Me alegra ver que estáis de acuerdo conmigo. Así, no queda más que decir por el momento.

Cuando el director se hubo sentado, dijo Cavador en voz baja:

— Alboroto, me parece que su discurso iba dirigido únicamente a nosotros dos. ¿O quizá me equivoco?

— No, no creo que estés equivocado —contestó Alboroto en un tono igualmente bajo—. Me encuentro muy mal; nunca me he sentido tan pequeño como ahora... A ver si encontramos una solución.

— ¿Piensas en algo especial?

— Sí; quiero que Hermansen sea rehabilitado con todo honor.

— Estoy de acuerdo contigo, Alboroto —dijo Cavador, alegre—. Es curioso que siempre se nos ocurran las mismas ideas. ¿Sabes lo que creo?

— No.

— Creo que necesitamos el perdón de Hermansen.

—Yo creo que necesitamos otra cosa y, si tenemos oportunidad, voy a dejar que Hermansen me de una hora entera de demostraciones de judo.

— Vaya —exclamó Cavador, filosófico—. Pero después del brazo roto, tardará en poder dártela.

— Cállate ya. No tengo apetito. ¿Quieres mi desayuno?

— No, gracias. Tampoco yo tengo hambre.



Habían transcurrido dos semanas desde el accidente en el solar de Oesterby. Con la enfermedad de Hermansen, el profesor Krogh se había hecho cargo de las clases de gimnasia; pero como Krogh no tenía mucha idea acerca de tal asignatura, dejaba que los alumnos jugaran al fútbol.

Normalmente eso hubiera causado alegría entre los chicos; no obstante, después de lo ocurrido en Oesterby, Hermansen se había convertido en un héroe, y el hecho de que ellos pudieran jugar al fútbol era consecuencia de la enfermedad de dicho profesor.

Los muchachos no se cansaban de alabarle. Por ejemplo, repetían una y otra vez que él nunca se había quejado al director..., ni se había lamentado por su clavícula rota..., y sin vacilar había puesto su vida en peligro en Oesterby.

Así pensaban los chicos del pensionado de Egeborg y hay que admitir que Alboroto fue el primero en lamentar su conducta pasada.

— Me he comportado como un perfecto idiota. Hubiera hecho mejor escuchando las sabias palabras de Puck. Debía haber hecho caso a nuestra amiguita que, aunque no tan inteligente, de vez en cuando tiene ideas extraordinarias.

— ¡Bravo, Alboroto! — sonaron las voces irónicas de sus compañeros.

— Sí, sí — asintió Alboroto —. Ahora todos somos más sabios; pero cuando estábamos todos en contra de Hermansen, ninguno de vosotros se opuso a las ideas de tío Alboroto, ¿verdad?

Ninguno de los presentes le contradijo. Alboroto tenía razón.

* * *

Junto con Karen, Puck pasó el fin de semana en casa del veterinario. Hubiera preferido llevarse a todas sus amigas; pero, aunque al señor Moeller le gustaba llenar la casa de huéspedes, sólo había un contado número de camas en la casa, y Puck tenía que invitar por separado a sus amigas.

Las dos muchachas habían decidido hacer una visita al profesor Hermansen, el cual ya estaba en vías de recuperación. Antes habían comprado un bonito ramo de flores en los invernaderos del señor Piil.

La visita transcurrió de manera sorprendente. Tanto Puck como Karen habían esperado encontrar un Hermansen brusco y sombrío; pero no fue así, sino todo lo contrario. Hermansen estuvo sonriente y muy amable. Dio las gracias por las flores, y Puck no pudo evitar decirle:

— Sí, profesor Hermansen, las flores son de Piil. Usted le conoce bien. Durante su estancia aquí, Lilian recibió grandes y preciosos ramos, que yo sé muy bien quién los mandaba.

— ¡No me digas! —dijo Hermansen mirando el techo—. ¿Querrás decir que Piil te lo ha contado?

Puck meneó la cabeza con energía:

— Nada de eso... Estuve espiondo. Lo de las flores fue un gesto muy bonito, señor Hermansen, y ahora quiero que lo sepa todo el colegio...

— ¡Tonterías! —interrumpió el profesor, y de nuevo su voz sonó brusca y severa—. Me es completamente igual la forma en que te hayas enterado, Bente, pero no quiero que se divulgue este secreto... ¿Comprendes?

— Está bien — dijo Puck tímida.

Poco después, las dos muchachas se despidieron de Hermansen. En el pasillo se encontraron con la señorita Nielsen, quien las saludó sonriendo.

— ¿Habéis venido a visitar a vuestro profesor? Como habréis visto, ya se está recuperando... ¡Gracias a Dios!

Aunque Puck era muy joven, notó algo en la voz de la enfermera que le sorprendió. La forma en que había dicho «gracias a Dios» revelaba que Hermansen no era para ella un enfermo más.

La señorita Nielsen parecía haber leído los pensamientos de Puck porque se sonrojó y dijo nerviosa:

— Voy a confiaros un secreto, chicas.

Puck sonrió ampliamente:

— Estamos ansiosas por conocer ese secreto, señorita Nielsen.

La joven enfermera sonrió feliz:

—Es un secreto maravilloso, tanto que tengo que contárselo a alguien...

— ¡Felicidades! —exclamó Puck radiante—. El profesor Hermansen no podía encontrar una esposa mejor.

— ¿Cómo? —se asombró la enfermera—. ¿Os lo dijo?

Puck contestó riendo:

— No. Su prometido no pertenece al tipo de personas que hablan, pero no era difícil de adivinar... ¿Verdad, Karen?

— Claro, claro —admitió Karen, que no había sospechado nada en absoluto—. ¡Muchas felicidades, señorita Nielsen!

— Gracias, hijitas. Otra cosa: tengo una hora libre y me gustaría invitaros a merendar en la pastelería. ¿Aceptáis?

— Claro. Encantadas —contestaron jubilosas las dos amigas.

Y diez minutos después estaban sentadas en un rincón de la pastelería con una abundante merienda ante ellas, hablando animadamente. Sobre todo habló la señorita Nielsen. El día anterior se había prometido en matrimonio con el profesor Hermansen y habían decidido quedarse a vivir en Sundkoebing donde el profesor, si quería, podía encontrar empleo en el colegio superior.

De pronto, la voz de la enfermera se hizo seria.

— Voy a contaros algo, amiguitas —dijo—. Mi prometido no me prohibió hacerlo y quiero que lo sepáis. Podemos dar por sentado que su estancia en el pensionado de Egeborg no ha sido muy feliz. De carácter es muy severo y ensimismado, casi un misántropo, pero hay una explicación de todo ello.

«Cuando era joven estuvo prometido con una muchacha y habían decidido casarse en cuanto él terminase sus estudios. Entonces era muy alegre y abierto, un buen compañero y muy deportista, pero le ocurrió algo terrible. Durante un mes había estado muy enfermo y sus padres decidieron mandarle fuera para terminar de recuperarse del todo. Su prometida fue a verle un día, y durante una fiesta en el puerto, ocurrió la tragedia.



La señorita Nielsen calló unos instantes y continuó:

— En la aglomeración se había separado de su novia. De repente escuchó gritos. Una persona había caído al agua: se trataba de su prometida. A lo largo del muelle se formaba una corriente muy fuerte y, como ella sólo sabía nadar lo justo, la corriente la arrastraba. A pesar de ello, ni uno sólo de los espectadores intentó salvarla. Aunque Boerge, quiero decir Hermansen, se encontraba muy débil después de su larga enfermedad, no vaciló ni un segundo y se echó al agua para salvarla. En el muelle la gente se limitó a gritar. Había hombres fuertes y sanos que seguramente eran buenos nadadores, pero nadie se lanzó para ayudarle.

La emoción la hizo callar, luego continuó con voz amarga:

— Estas cosas pasan a menudo y es muy lamentable. No sé si fue simple cobardía de la gente o miedo a estropear sus ropas de domingo. Entre los cientos de personas presentes, Boerge fue el único que se lanzó al agua; pero, debido a sus pocas fuerzas, no logró salvarla. Casi inconsciente, fue rescatado por un yate que pasaba por allí; en cambio, su novia se ahogó.

— ¡Qué desgracia! — exclamaron las dos muchachas.

— Sí, hijas, sí. Así ocurrió. Cuando Boerge se recuperó, su carácter había cambiado. No lograba olvidar la actitud de los cientos de espectadores que habían permanecido inactivos de aquella manera tan ruin, y empezó a despreciar a sus semejantes. Hemos hablado mucho de ello, y le he convencido de que debemos ser justos con nuestros semejantes. No podemos juzgar a todos por un igual. Creo que Boerge lo ha comprendido y se está transformando en un hombre normal, en el hombre que fue antes del trágico accidente. Esto me hace muy feliz.

— Lo comprendo muy bien —dijo Puck en voz baja—. Estoy segura de que usted y Hermansen serán muy felices... ¡Ejem!... ¿Me permite ser curiosa?

—Claro, Puck.

—Casi me atrevo a apostar a que usted se parece á la novia del señor Hermansen.

— Es verdad. Boerge me dijo que casi se desmayó al verme por primera vez en Egeborg...

— ¿Cuándo será dado de alta el profesor?

— Mañana le sacarán el yeso y, después, supongo que pasará

aquí unos diez días más. Pero no creo que vuelva a Egeborg.

— Yo estaba pensando en otra cosa. Dentro de un par de semanas mi padre terminará su trabajo en Oesterby y se marchará a la India. Tío Anders, quiero decir el veterinario, quiere dar una fiesta de despedida en su honor y me gustaría que usted y el profesor Hermansen asistieran a ella. Aún no he hablado de esto con mi tío, pero sé con toda seguridad que, tanto él como mi tía Henry y mi padre, estarán muy contentos si aceptan venir.

— Un millón de gracias, Puck —dijo la señorita Nielsen radiante—. Nos gustará muchísimo. Hablo también por Boerge.

* * *

Para Puck llegó el día tan temido. Debía despedirse de su padre. Las obras de Oesterby estaban terminadas, y él preparaba su marcha a Nueva Delhi. Puck no sabía cuánto tiempo tardaría en volver a verle. ¿Quizá medio año..., quizá un año? No, no quería pensar en ello.

La fiesta de despedida fue celebrada en casa del veterinario, que había encontrado muy natural la invitación al profesor Hermansen y a su prometida. También estaba con su esposa el hacendado Holm de la «Granja del Este» quien, además de viejo compañero del servicio militar con Winther, era uno de los accionistas más importantes de «Danaplan».

Pensando en una partida de cartas, el veterinario había invitado también al farmacéutico y al médico. Asimismo participaban en la fiesta el director del pensionado de Egeborg con su esposa y, entre ellos, y eso quizá fue lo más sorprendente, estaba Alboroto. Esto último se debía a un deseo expreso de Puck, y el veterinario no negaba nunca nada a su sobrina favorita.

Sin embargo, Alboroto no parecía pasarlo muy bien, aunque el profesor Hermansen le había saludado con una sonrisa. Aún había algo que remordía al revoltoso muchacho. Además, se había sorprendido mucho al ver que «Repitan» o, mejor dicho, Hermansen, sabía sonreír y mostrarse agradable.

—«Bueno — se dijo —, quizá esto último se deba a su compromiso con la simpática enfermera.

Alboroto no se había mostrado cobarde e hizo lo posible para ser perdonado por Hermansen. No sólo le había hecho una visita en el hospital, sino que había presidido una recolecta para hacerle un

buen regalo y, como en aquel instante no tenía ni un céntimo, había vendido ocho de sus queridos ratoncitos para poder mandar un regalo decente al profesor.

La fiesta transcurrió con alegría. Todos parecían contentos, y durante la cena hubo varios discursos.

Puck sonreía ampliamente aunque lloraba en su interior. Quería a su padre más que a nada en el mundo y era muy difícil para ella despedirse de él.

Alboroto se levantó y, después de carraspear violentamente, empezó con voz insegura:

—... ¡Ejem! Bueno, si ustedes me lo permiten, me gustaría pronunciar unas palabras... ¡Ejem!... No es muy fácil para mí hablar en público..., pero...

— ¡Adelante! — interrumpió alegre el veterinario —. No sueles ser mudo, precisamente.

De nuevo Alboroto carraspeó y continuó:

— Sólo quería decir que todos nos hemos equivocado de medio a medio, y me gustaría disculparme.

Se había hecho un silencio total en el comedor y Alboroto continuó:

— Es muy difícil para mí, profesor Hermansen, pero me gustaría darle una disculpa. La bofetada que usted me dio en el gimnasio fue merecida, y me quedé muy admirado con la llave de judo; pero lo que más nos impresionó a mí y a mis compañeros fue su actuación en Oesterby. Eso fue digno de un verdadero hombre, ¿eh?

Todos se rieron porque Alboroto sin querer se había salido de su papel. Sin comprender contempló a los presentes que reían a carcajadas y concluyó:

— Quizá a ustedes les parezca una tontería lo que estoy diciendo, pero cada palabra ha sido sincera. Estoy muy triste porque usted nos deja, señor Hermansen. Y pienso que, aunque nosotros preferimos jugar al fútbol, quizá usted tiene razón al insistir en los ejercicios con los aparatos.

Alboroto fue muy aplaudido al sentarse. Quizá su discurso no había sido ninguna maravilla, pero había sido sincero, lo cual era más importante. El director Frank sonrió. Hugo Svendsen, apodado Alboroto, no era uno de sus alumnos más aplicados, pero sí el más revoltoso; sin embargo, a pesar de ello, era todo un hombre.

El director se había quedado pensativo. Conocía muy bien lo ocurrido; pero no había querido mezclarse en el asunto pues Hermansen no se había quejado.

El profesor Hermansen se levantó y con unos golpecitos en su vaso llamó la atención de los presentes:

— Quiero darte las gracias, Hugo, por tus palabras. Al igual que tú, encontré la bofetada merecida, incluso quiero añadir que me hubiera gustado darte una paliza que te hubiera impedido sentarte durante los ocho días siguientes. Pero vamos a olvidar todo este asunto. «Quien se vence a sí mismo, tiene más mérito que quien toma un castillo», se dice, y tú has demostrado ser capaz de vencerte a ti mismo; por eso te felicito. Si mi actuación en Oesterby te impresionó, quiero decirte que yo también me impresioné al enterarme de la tuya, cuando salvaste la vida de una compañera en medio del lago Ege. Aquélla fue una hazaña superior a la mía, porque yo soy un adulto con deberes cívicos, mientras tú sigues siendo un chiquillo. Nadie podría reprocharte nada si hubieras fallado en aquella situación; pero tú no vacilaste ni un solo segundo. Y yo respeto mucho esa forma de actuar, Hugo. Te aseguro que, si no hubiera sabido como eras, me hubiera quejado al director cuando lo del gimnasio.

— ¡Bravo! —exclamó Puck inesperadamente, y todos aplaudieron cuando el profesor se sentó.

Alboroto se quedó cabizbajo. Las palabras de su profesor habían sido fuertes; pero había hablado como todo un caballero, y Alboroto lo reconocía.

Cuando, después de la cena, tomaban café en la sala, Puck miró de reojo a su padre y sus miradas se cruzaron. Ambos pensaban lo mismo: en la despedida.

Sí, no pensaban en otra cosa. Poco después salieron al jardín. Hacía una noche espléndida. El ingeniero Winther rodeó con el brazo los hombros de su hija y los dos se fueron paseando por el sendero.



— Estoy seguro de conocer tus sentimientos en estos instantes — dijo por fin el ingeniero—. Siento lo mismo que tú. Debemos despedirnos y es difícil saber cuándo volveremos a vernos. Todo depende de cómo me salga el trabajo de Nueva Delhi... Pero puedes estar segura, hijita, de que tanto los pensamientos de Ellen como los míos estarán siempre contigo.

— Yo también pensaré en vosotros —dijo Puck luchando con el nudo que sentía en la garganta.

Y cogidos del brazo volvieron a la fiesta, al tiempo de ver como una pareja salía por la puerta trasera. Eran los novios. Enlazados de la mano, caminaban lentamente por el jardín.

Puck sonrió feliz. La vida podía parecer triste; sin embargo, siempre se podía encontrar una luz en la oscuridad.

Una estrella fugaz cruzó el cielo, y Puck formuló un deseo; pero no en voz alta. Lo que uno se guarda para sí mismo, suele ser muchas veces lo más precioso.



Algunos días después de que su padre se hubiera marchado a la

India, Puck llamó a la puerta del veterinario y fue recibida con los brazos abiertos. La señora Moeller la miró sonriendo.

— Entra, hijita. Llegas a tiempo para tomar el té.

En el despacho del veterinario hablaban por teléfono. Como siempre, había trabajo. La comarca era grande y el teléfono sonaba continuamente.

— Siéntate — invitó la señora Moeller —. A ti no te gusta el té muy fuerte, ¿verdad? He comprado algunos pasteles de nata y, si no te apresuras a comer, vendrá Anders y se los zampará. Los pasteles no le van muy bien para su peso.

— ¿Qué dice mi cariñosa esposa de su amado marido? — sonó tras ella la voz del veterinario, que había terminado de hablar por teléfono.

Puck le dio un abrazo y el señor Moeller se dejó caer en un sillón al mismo tiempo que se apoderaba del pastel más grande.

— Sólo tengo un minuto — anunció —. He de ir a ver un caballo en la granja de Jens Joergensen. No creo que se trate de nada serio. ¿Quieres venir conmigo, Puck?

Claro que Puck quería, pero con la boca llena de pastel se limitó a sonreír. Cuando terminó de tragárselo dijo:

— Ya lo creo, tío. Parece que tienes más trabajo que nunca.

— Tengo muchísimo —dijo el veterinario—. Cada día más. Sin embargo he comprado un radioteléfono para el coche, y aquí en casa tengo otro junto al teléfono. Esto me ahorra muchos kilómetros al día. Me siento como si fuera un sargento de la policía en un coche patrulla. Es un aparato muy útil y estoy muy contento con él, aunque debo admitir que no me evita mucho trabajo.

— No, y eso es lo peor — suspiró la señora Moeller —. Hubiera preferido que tuvieras un ayudante en vez de ese aparato. Pero más vale callar. Sé que estás enamorado de tu trabajo, y que nosotras estamos en segunda fila.

— Sabes muy bien que eso no es verdad —contestó el veterinario, muy tranquilo —. Vamos, Puck. Un caballo espera nuestra visita.

— ¿Será ésa tu única visita? — preguntó la señora Moeller.

— Supongo que sí. Si no me llamas tú por la radio con otra orden, claro. ¡Hasta luego!

Ya en el camino, Puck preguntó:

— ¿Qué le pasa al caballo?

— No creo que sea nada — dijo el veterinario —. Joergensen me llamó porque le parecía que el animal no pisaba bien con la pata trasera izquierda. Eso puede tener varias causas. Quizá sea simplemente una pequeña infección del casco. Joergensen sabe comprar buenos caballos, pero es un hombre muy meticuloso que no quiere correr ningún riesgo tratándose de sus queridos animales. Ya veremos.

El veterinario tenía razón. No era nada serio. Pero para Puck la visita a la granja de Jens Joergensen fue toda una aventura. Además de los caballos, había vacas, terneros, cerdos y gallinas.

Puck se dio una vuelta mientras su tío examinaba el animal enfermo. Poco después, estaban regresando a Sundkoebing cuando el radioteléfono cambió sus planes de paz y tranquilidad. En su ausencia habían llamado cuatro granjeros con diversos asuntos que requerían la presencia del veterinario. Anders Moeller se rascó el cogote e hizo una mueca.

— Se acabó el tener una tarde tranquila en casa. ¿Quieres venir conmigo o prefieres que te lleve con la tía Henny? Creo que tengo trabajo para varias horas.

En realidad, Puck tenía muchas ganas de acompañar al veterinario; no obstante, había prometido a su tía ayudarle a limpiar las verduras para la cena, así que contestó:

— Creo que lo mejor será que me vaya a casa.

— Quizá tengas razón — opinó el veterinario —. Te llevaré.

— No es necesario, tío Anders — protestó Puck —. Puedo ir dando un paseo.

El veterinario dejó a Puck poco antes de llegar a Sundkoebing, saludó con la mano y desapareció tras una nube de polvo. La muchacha se quedó un momento viéndole partir y empezó a caminar hacia la ciudad. Hacía un tiempo espléndido y el paisaje era maravilloso.

Puck canturreaba y se sentía muy feliz. De repente, sus pensamientos fueron interrumpidos por una voz iracunda que sonó casi a su lado. Puck caminaba junto a la cerca de una huerta y podía ver entre las hojas del seto unos invernaderos impresionantes y diversos cultivos de verduras, plantas y árboles frutales. Un poco más lejos se destacaba una casita idílica, rodeada de flores.

Fue al pasar ante la entrada de aquella especie de paraíso cuando alguien le gritó con voz enfadada:

— ¡Eh, tú; espera!

Puck volvió la cabeza y vio a un hombre que abría el portillo, el cual aparentemente llevaba intenciones de meterse con ella. La chiquilla se asustó tanto que empezó a correr.

¿Qué otra cosa podía hacer? Se encontraba sola y fuera de la ciudad ante un hombre furioso y amenazador. No podía esperar nada bueno de él. Corrió lo mejor que pudo hacia Sundkoebing y el hombre, que ya había salido al camino, la siguió. Puck oyó sus pasos cerca y se dio cuenta de que aquel tipo la estaba alcanzando.

Era buena corredora, pero el hombre era más rápido que ella y seguía gritándole que se parara. Cada grito aumentaba aún más el deseo de escapar. Puck no comprendía por qué aquel hombre tipo la estaba persiguiendo, pero no dudaba de que sus intenciones no eran buenas.

Aunque Puck llevaba pantalones tejanos, no tenía ninguna oportunidad de escapar de su perseguidor, y éste no tardó en darle alcance y agarrarla, por el brazo.

— ¡Por fin! —dijo rabioso, mientras la sacudía—. ¡Debes de tener la conciencia muy poco limpia para huir así!

Puck le miró fijamente, escandalizada.

— ¿Qué se ha creído...? —empezó, pero su captor no la dejó hablar.

— ¿Crees que no te vi cuando estabas robando guisantes? —dijo rabioso.

Puck no comprendía nada.

— ¿Yo? —exclamó sorprendida y miró incrédula al hombre. ¿Cómo había podido creer que ella robaba guisantes?

— ¡Sí, tú! ¡Te vi con mis propios ojos! Llevas muchos días rondando los invernaderos. Debí haber comprendido desde el principio lo que tramabas. Si vuelves por aquí te denunciaré a la policía. ¿Has comprendido?

El desconocido no esperó respuesta. Dio media vuelta y regresó hacia sus huertos. Puck le miró marchar asombrada; seguía sin entender nada. ¿Cómo podía estar tan seguro de haberla visto robar, si ella no había robado en su vida? Además, era la primera vez que pasaba por aquellas huertas. Pero el hombre no esperó

ninguna explicación. Meneando la cabeza, Puck volvió a Sundkoebing para hablar con su tía de todo aquello.

Estaba muy excitada y avergonzada. Sólo pensar que alguien sospechara de ella... No, ni hablar; nadie tenía derecho a llamarle ladrona. Hablaría primero con su tía Henny y después regresaría a discutir con el hortelano y exigirle una explicación. No estaba dispuesta a dejar las cosas así.

* * *

La señora Moeller escuchó con asombro la explicación de Puck.

— ¿Puedes describir al hombre? —preguntó, cuando la chiquilla hubo terminado de contar lo ocurrido.

Puck intentó, lo mejor que pudo, dar una descripción del desconocido. Henny Moeller asintió pensativa:

— Tiene que tratarse de Jensen —dijo—. Es un hombre muy agradable; sin embargo, también es verdad que tiene un genio muy vivo. Aunque no logro comprender por qué se imagina que tú le has robado sus guisantes. ¿Quieres que le llame por teléfono?

— No — dijo Puck —. No me gusta arreglar las cosas así. Ya me las apañaré sola.

— No lograrás nada —interrumpió la señora Moeller—. Lo mejor será que yo le llame por teléfono y le hable seriamente. Él me conoce y me tiene cierto respeto. Puedo atestiguar que no estuviste en su huerto en ningún momento ni mucho menos le robaste nada.

A continuación se fue al teléfono y llamó al hortelano. Puck se sentó a su lado y escuchó la conversación con asombro creciente.

— Le llamo, señor Jensen —empezó la señora Moeller—, porque mi sobrina, que está pasando unos días con nosotros, acaba de contarme que usted le ha reñido. Está desolada, porque es completamente inocente de lo que usted le acusa. No estuvo en ningún momento en su huerto y... ¿Cómo dice?... No le comprendo... ¡Es imposible!...



Puck no comprendió aquel cambio en la conversación. Miró con ojos asombradísimos a su tía, mientras ésta se mostraba cada vez más sorprendida y confusa a medida que el campesino explicaba algo que dejó atónita a la esposa del veterinario. Al final la señora Moeller dijo:

— Bueno, bueno, no se hable más del asunto, señor Jensen... Al menos, estoy contenta de que usted ya no esté enfadado... Tampoco tenía por qué... No, no vamos a empezar de nuevo ya que todo terminó bien. Gracias... Adiós.

Colgó el auricular y se volvió hacia Puck con una expresión asombrada.

— Creo que este hombre ha perdido el juicio. Dijo que, como habías pagado los guisantes robados, no había más que hablar.

— ¿Cómo?... —empezó Puck boquiabierto.

La señora Moeller meneó la cabeza con gesto de extrañeza.

— Yo tampoco comprendo nada de nada —dijo—. Se excusó diciendo que quizá se había enfurecido demasiado; pero que, por otro lado, no quería que los niños corrieran por su huerto robándole sus verduras. Y en eso tiene razón. No obstante, afirma que habías vuelto para pedir perdón y que habías pagado los guisantes, incluso añadió que eres una chiquilla muy simpática y que serás bienvenida en su finca siempre que uses la puerta principal. ¿De dónde habrá sacado esta tontería?

Ambas se quedaron pensativas. Al final Puck dijo:

— Debe de estar chiflado. No hay otra explicación. Cara a cara me dijo que yo había estado robándole en el huerto. Se equivocaba. Cualquier otra niña de mi estatura, vestida igual que yo, debe

haberle confundido. ¿No estará mal de la vista?

— No lo creo —dijo la señora Moeller—. No he oído nunca nada al respecto.

Se quedó un rato pensativa y luego dijo:

— No. Claro que no le pasa nada en la vista. Es miembro de la Asociación de Tiradores y está considerado como uno de los mejores de Sundkoebing. No puede estar mal de la vista... De donde debe de estar mal es de la cabeza.

La señora Moeller se levantó:

— Voy a preparar la cena. Si sigo pensando en esta historia, la que acabaré loca seré yo. ¿Vienes?

— Sí — dijo Puck; pero, de repente, tuvo otra idea —. ¿Me dejas ir a la huerta de Jensen? Me gustaría saber lo que pasa con todo eso.

— Sí. Quizá sea lo mejor. Si logras encontrar la solución me harás un gran favor porque, aunque he decidido no pensar más en ello, no se si lograré evitarlo. Date prisa y regresa pronto.

Puedes tomar mi bicicleta. No lleva candado. Aquí en Sundkoebing sólo hay gente honrada...

— Menos quienes roban guisantes — sonrió Puck.

Poco después pedaleaba hacia los huertos, mientras pensaba si de verdad el hortelano se estaría volviendo loco.

Entonces, la rueda trasera pinchó. Había pasado sobre un clavo y hubo de apearse para contemplar el daño.

¡Qué rabia! Pero era inútil lamentarse. Sería mejor llevar la bicicleta al taller para que le arreglaran rápidamente el neumático.

El hombre del taller era muy agradable.

— Si tienes algún recado que hacer, arreglaré esto mientras tanto —dijo.

Puck decidió dar un paseo; pero cuando doblaba la primera esquina se encontró frente a frente con un guardia, que la paró.

— Espera un momento, jovencita — dijo —. Hay un par de cosas que me gustaría saber.

—



Puck le miró sorprendida. Tenía cara de bonachón y unos ojos azules y amables bajo las blancas cejas. ¿Qué querría de ella? ¿Otra vez la historia de los guisantes?

— ¿Dónde está el monedero? — preguntó el policía.

Puck levantó las cejas. ¿Qué ocurría? ¿Se había vuelto loco todo el mundo?

— ¿Qué monedero? — preguntó.

El guardia puso su mano en el hombro de la muchacha y le dijo persuasivo:

— Dejémonos de comedias, hijita. Tú encontraste el monedero, ¿no es verdad?

— No sé de qué me habla. No he encontrado ningún monedero. Estoy dando un paseo...

— No me gustan las mentirosas — interrumpió el hombre—. Hace una hora más o menos que encontraste el monedero, ¿no?

— No. Hace una hora yo no estaba aquí. Tengo pruebas.

Ella misma se dio cuenta de que su voz no sonaba muy convincente. Y en aquel instante apareció una señora en el jardín de una de las casas. El agente se volvió hacia ella y comentó:

— Menos mal que ha venido usted, señora Lauritzen. Tengo aquí a nuestra amiguita, que parece sufrir de amnesia. ¿No fue a ella a quien vio usted recoger el monedero?

— Claro que fue ella. Yo estaba aquí, en mi jardín, cuando de repente la vi. Venía por la acera, luego se paró y dio unos pasos atrás. Cogió algo del suelo y se lo metió en el bolsillo. Debió de ser el monedero de Madsen.

— Naturalmente — dijo el guardia —. Madsen lo perdió por aquí. Vino a la comisaría y dijo que le había desaparecido su

monedero. También denunció la cantidad de dinero que había en él. Pensé que lo mejor sería dar el mismo paseo que Madsen.

De nuevo se volvió hacia Puck:

— Vamos a ver. ¿Cómo te llamas?

— Bente Winther.

— ¿Quién es tu padre?

— El ingeniero Joergen Winther, pero yo no...

— Contesta sólo a lo que se te pregunte. Así que tu padre se llama Joergen Winther y es ingeniero. ¡Ya! ¿Dónde vive?

Puck vaciló un momento y el agente se impacientó:

— Dílo de una vez.

— En Nueva Delhi, en la India; pero yo vivo aquí, en casa de mis tíos...

Aquello era ya demasiado. El hombre perdió la paciencia:

— ¿Quieres burlante de la autoridad? —gritó furioso al mismo tiempo que sacudía a Puck—. Estás mintiendo. Primero robas el monedero, lo cual es para castigarte, y después te niegas a dar información. Si tú no recogiste el monedero, ¿dónde crees que está?

Puck intentó liberarse, pero en vano. Se veía que aquel tipo estaba acostumbrado a tener bien asida a la gente que deseaba escapar.

— Otra persona pudo haberlo encontrado — dijo Puck enfadada —. Usted no tiene ningún derecho a acusarme de robo. Si hubiera encontrado un monedero lo hubiera llevado a la comisaría, naturalmente.

— Ahora tendrás que venir conmigo — dijo el agente.

En aquel mismo instante llegó un chico corriendo por la acera.

— Tenga. Lo encontré en la calle de al lado. Me dijeron que usted buscaba un monedero; debe tratarse de éste.

El guardia parecía muy extrañado. Soltó a Puck, pero dijo en el mismo instante:

— No intentes escapar. Tendrás tu oportunidad si resulta que es el que buscamos.

Abrió el monedero y miró su interior. Luego carraspeó.

— Parece que es el de Madsen —dijo.

— ¿Ve como no fui yo? —replicó Puck.

— Eso parece — dijo el agente —. Pero también es posible que lo recogieses del suelo y luego lo tiraras en la otra calle.

— Pero ¡si yo vengo de otra dirección! —insistió Puck—. No puede usted seguir acusándome de haber robado el monedero si lo tiene en la mano.

— Primero vamos a ver si está aún el dinero —opinó el meticuloso agente de la ley—. Sé exactamente lo que Madsen llevaba...

— ¿Estaba él completamente seguro de la cantidad? — preguntó Puck en tono impertinente, furiosa con aquel agente que no parecía creer su explicación.

— Más o menos — murmuró el policía y empezó a contar las monedas. Luego cerró el portamonedas y lo metió en su bolsillo —. Parece que está todo — murmuró —. Así el caso queda concluido. Por lo visto, no fuiste tú quien lo cogió. Ya puedes marcharte.

Y con esto el hombre dio media vuelta, saludó militarmente a la señora Lauritzen que seguía en su jardín y, sin dignarse mirar a los chicos, desapareció doblando la esquina.

— Vaya — dijo el muchacho mirando fijamente a Puck —. ¿Robaste tú el monedero?

— No —dijo ella ofendida, y a punto de llorar de rabia —. No sé de quién ha salido esa idea. Ni siquiera vivo aquí. Yo...

— Creí haber oído como decías al agente que vivías en casa de tus tíos — sonó la voz de la señora Lauritzen desde el jardín—. Vi que una chica recogió el monedero, y estoy dispuesta a jurar que fuiste tú. Puedes estar contenta de que el guardia fuera tan indulgente contigo —. Le volvió la espalda y se metió en su casa.

— Así que fuiste tú, a pesar de todo —insistió el chico con malicia.



Puck comprendió lo inútil que era continuar la conversación. En vez de eso decidió ir a los huertos del señor Jensen. La muchacha

no supo decir si la mirada del chico era de desdén o de admiración. Ella hizo un orgulloso gesto de cabeza y se alejó con pasos rápidos.

* * *

Cuando Puck llegaba a los invernaderos vio a la chica.

Había observado algo que se movía tras los arbustos y luego vio a la muchacha con tejanos azules y camisa a cuadros. Tenía un algo muy familiar aunque sólo pudo verla un momento, después desapareció. Puck fue hacia el lugar donde la chica se había escondido. ¿Qué estaba pasando? ¿Se trataba de un juego? Miró en derredor, pero no vio a nadie en el camino.

Era ya muy tarde y se acercaba la hora de la cena. Después del incidente con el agente de Policía el buen humor de Puck había desaparecido. Estaba desanimada. El no poder demostrar su inocencia era lo peor que podía ocurrirle a una persona honrada.

De nuevo miró en torno suyo, pero la chica no aparecía. ¿Quién era? Quizá una compañera del pensionado. Aquella muchacha le recordaba a alguien; quizá, se dijo la había visto en la calle y su aspecto se había quedado grabado en su memoria. Pero ¿por qué se había escondido?

La curiosidad de Puck era tan grande que se fue hacia los arbustos para ver si la chica aún se encontraba allí. Penetró entre los matorrales y, de repente, se topó cara a cara con la muchacha.

Fue un encuentro muy extraño. Lo primero que Puck pensó al verla fue que aquella chica estaba muy sucia. Parecía haberse revolcado por el suelo, o haber estado metida bajo algún coche por lo sucias que llevaba las mejillas. Estaba también muy despeinada. Resultaba difícil saber si en alguna ocasión había usado un peine.

Sin embargo, a pesar de estar sucia y despeinada, aquella desconocida era el vivo retrato de Puck. Era como si estuviera mirándose en un espejo un día que hubiera olvidado lavarse.

¡Allí estaba la clave del misterio!

Ella debía de ser la culpable del robo de los guisantes, y a ella debió de ver la señora Lauritzen recoger el monedero.

Las chicas se quedaron un buen rato contemplándose mutuamente. Puck no sabía qué decir. Estaba demasiado sorprendida. La otra, que al principio tenía una expresión asustada, empezó poco a poco a tranquilizarse. Luego su cara se iluminó con una amplia sonrisa. Después rió.



—Así que éste es mi aspecto —dijo.

Su expresión y su asombro fueron tan cómicos que Puck soltó una carcajada. Al fin logró balbucear:

— Me siento como si estuviera mirándome al espejo ¿Cómo es posible que dos personas se parezcan tanto como tú y yo?

— Es un parecido impresionante — admitió la desconocida.

Puck se dio cuenta de que, por lo menos, las voces eran distintas. La otra hablaba en un tono agudo y penetrante. Durante la conversación, Puck se dio cuenta de que su doble tenía acento de Copenhague y de que su lenguaje era tan descuidado como su cabello.

Después de un rato, Puck decidió ir directamente al grano y preguntó:

— ¿Eras tú quien estaba recogiendo guisantes esta tarde en el huerto?

— ¿Recogiendo? —rió la otra—. Bueno, algo así. Entré y tomé algunos. Ese tipo tiene demasiados. Yo sólo quería probarlos. Pero entonces llegó el hortelano como un ciclón y yo me largué corriendo. ¿Cómo te has enterado?

— Él creyó que había sido yo — dijo Puck—, Me estaba paseando tranquilamente cuando él apareció de improviso hecho una furia.

La otra se rió:

— ¿No querrás hacerme creer que no has robado nunca nada? —preguntó. Y el tono de su voz era tal que Puck prefirió no contestar.

— ¿Cómo te llamas? —dijo cambiando de conversación.

— Pim. ¿Te parece un nombre extraño? En realidad me llamo

Pernille. Pernille Bendixen. Pero todos me llaman Pim. Y tú, ¿cómo te llamas?

— Me llamo Puck... Bueno, en realidad me llamo Bente Winther; pero el nombre de Puck me lo pusieron mis amigos y todos me llaman así.

— Pim y Puck. No está mal. ¿Dónde vives?

— En el pensionado de Egeborg.

— ¡Vaya! ¿Es un reformatorio?

Puck la miró asombrada.

— No, claro que no. Mi padre es ingeniero y trabaja en la India. Por eso estoy en el pensionado. ¿Por qué imaginas que se trata de un reformatorio?

— No sé — contestó Pim —. Ellos llevan tanto tiempo amenazándome con el reformatorio.

— Ya. Y ¿quiénes son ellos?

Pim se encogió de hombros:

— Todos. Siempre hay jaleo. ¿Comprendes? Mi padre y mi madre... Bueno, mi madre murió y papá volvió a casarse. Mi padre es pintor y mi abuela materna se enfadó mucho cuando él volvió a casarse. Y como es mi abuela quien tiene «la pasta»...

Había tema para una novela en lo que aquella muchacha le acababa de contar. A Puck no le fue difícil comprender por qué Pim iba tan despeinada y sucia, ni que hablara con el lenguaje de los golfillos callejeros.

— ¿Dónde vives? — le preguntó, después de una pausa.

La otra hizo un gesto señalando con la cabeza:

— Un par de calles más allá — informó—. Nos han dado permiso para quedarnos aquí durante algún tiempo, aunque no sé cuánto.

— ¿Tenéis una casita o un piso?

— ¡Ay, no! — rió Pim —. Vivimos en un remolque. Hace mucho que no estamos en un sitio fijo. Papá compró el remolque porque quería pintar paisajes, y desde entonces vivimos en él.

— ¿También durante el invierno? — preguntó Puck.

— Sí — asintió Pim —. Entonces vamos hacia el Sur. A los pintores les atrae el Sur de Europa. Dicen que la luz es muy buena. Lo pasamos «bomba» en el remolque.

— Así pues, ¿no vas al colegio?

Pim se encogió de hombros.

— Dicen que me van a llevar a uno; pero hasta ahora me he salvado.

— ¿Quieres decir que no recibes enseñanza de ninguna clase?

De nuevo Pim se encogió de hombros:

— Ya sé que va contra la ley —dijo despreocupada—. Por un lado, es muy divertido hacer lo que a una le gusta; pero por otro, creo que echo de menos tener amigos. También creo que me gustaría ir al colegio; pero mi padre tiene que pintar, y Víbeke, que así se llama mi madrastra, es escritora. De vez en cuando me da clases. Iba para maestra, pero lo dejó, dice que por culpa del libro. Tenía que escribirlo.

— ¿Y lo ha escrito?

Pim movió la cabeza.

— Aún no. Trabaja mucho; pero después dice que no le gusta lo que escribe y rompe el papel. Luego vuelve a empezar de nuevo.

Hubo una pausa embarazosa. Era como si Pim se diera cuenta de que estaba describiendo su vida familiar de forma poco conveniente. Se volvió hacia Puck:

— Lo pasamos «bomba» —repitió—. No debes sentir lástima de mí.

Sin embargo, su voz era más penetrante y aguda que antes, y sus ojos vagaban inquietos. Puck comprendió que aquella muchacha intentaba defender su mundo a pesar de que ella misma sabía que existía otro mejor.

No creía que Pim lo pasara tan «bomba» como decía. Su alegre vida bohemia estaba bien en teoría.

Debía de ser emocionante cruzar Europa en un remolque; tener un padre pintor y una madrastra escritora, y que ambos estuvieran ocupados creando algo que les podía hacer famosos. Podía resultar divertido hacer lo que a uno se le antojase, sin ir al colegio y sin responsabilidades de ninguna clase. Sin embargo, si fuera tan divertido, ¿cómo explicar el hecho de que Pim robara dinero encontrado en la calle o entrara en una huerta ajena a robar guisantes? Era evidente que Pim no estaba muy orgullosa de su situación. Lo leía claramente en su cara sucia.

—¿Volviste de nuevo a ver al hortelano? — preguntó Puck.

De nuevo hubo una pausa. Pim arrancaba la hierba con

movimientos nerviosos. Luego asintió:

— Sí; me di cuenta de que no estaba bien lo que había hecho... No, no ocurrió así... Bueno, mi madre me dijo que fuera a comprar verduras y entonces, como de todos modos tenía que volver a verle y él sabía que yo había... Bueno... Le di dinero y le dije que me había portado mal al tomar los guisantes...

Su explicación no tenía ni pies ni cabeza y Puck se sintió incapaz de juzgar lo que había de verdad en sus palabras. Sólo comprendió una cosa: Pim no tenía la conciencia tranquila. Puck la contempló con asombro y simpatía; había algo en aquella niña que despertaba su instinto protector. Se levantó.

— Mucho gusto en conocerte —dijo Puck—. Ya tengo la solución del misterio de los guisantes.

También Pim se levantó. Tenía una sonrisa a flor de labios:

—Siento mucho el lío en que te he metido —dijo—. Pero no sé por qué se puso tan furioso por un puñado de guisantes... Quiero decir; tiene muchos, ¿no?

Puck no supo qué contestar. Que el campesino tuviera muchos guisantes no era una razón para robárselos.

— ¿Qué me dices entonces del monedero? —preguntó.

La otra se sobresaltó e instintivamente dio un paso atrás. Puck se sorprendió. Pim parecía un animal asustado.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó cautelosa.

— Lo sabes muy bien. Hablo del monedero que encontraste en la calle.

— ¿Me viste? ¿Sabes algo...?

— Si estás pensando en la policía, también están enterados —asintió Puck—. Choqué con un agente que me tomó por la culpable. No sé cómo hubiera terminado todo de no ser porque un chico vino con el monedero y dijo haberlo encontrado. Mejor será que me cuentes tu la verdad ¿Recogiste el monedero?

De nuevo pareció que Pim iba a huir. Sin embargo, de pronto se sentó sobre la hierba y, ocultando el rostro entre las manos, empezó a sollozar. Puck se sentó a su lado y puso el brazo alrededor de su hombro para consolarla.

— No tengas miedo, Pim — dijo persuasiva —. No te pasará nada. Nadie quiere hacerte daño. El hombre ya tiene su monedero y el guardia dijo que había casi tanto dinero como el otro había

dicho. Pero, ¿qué pasó? ¿Lo encontraste y te quedaste quizá algunas monedas?

Pim giró violentamente la cabeza, mientras seguía sollozando. Puck comprendió que era inútil insistir. Sólo cabía esperar que la chica lo contase por sí misma. Ésta siguió llorando durante un buen rato, y al fin cesó su llanto. Miró con ojos tan llenos de angustia que a Puck le fue difícil sostener su mirada. Las lágrimas habían dibujado surcos sobre sus sucias mejillas.

Puck sonrió, no porque la situación le hiciera gracia, sino para consolar a su nueva amiga. De nuevo Pim empezó a arrancar la hierba con movimientos nerviosos; luego dijo, vacilando:

— Es verdad. Tomé el monedero. Estaba tirado en la calle y lo vi. ¿Hay que llevar esas cosas a la comisaría?

— Sí —suspiró Puck—. Eso es lo que se suele hacer.

Pim vaciló antes de continuar.

— También pensé en llevarlo a la comisaría; pero, como el hortelano me había reconocido, pensé que si iba allí habría «follón». No sabía qué hacer con el dichoso monedero. Tampoco quise irme a casa. Acabábamos de tener una discusión, y papá había dicho que quería paz. Víbeke quería escribir tranquila, y entonces pensé que lo mejor era esperar...

— Esperar ¿qué? — preguntó Puck.

— Esperar a que los ánimos se hubieran calmado un poco. Estaban furiosos cuando los dejé, y seguramente siguen estándolo. Y allí estaba yo con un monedero que no me pertenecía. Es verdad que lo abrí y saqué un par de monedas, pero las volví a meter, te lo juro. No quiero que me creas una ladrona.

Sus labios temblaban y Puck se sintió mal.

— No he creído nunca que fueras una ladrona —mintió.

Era necesario mentir. Tenía que hacer algo para ayudar a aquella pobre chica a salir de sus dificultades. Debía lograr que Pim recuperara la fe en sí misma y demostrarle que, aunque ella misma lo creyera, no era ningún monstruo.

Puck comprendió que allí tenía una misión que cumplir, una misión digna de todo su esfuerzo. Si lograba ayudar a Pim se sentiría orgullosa de sí misma; pero si la dejaba con sus problemas, ¿cómo podría perdonárselo?



—Tenemos que hablar de todo esto — dijo —. He prometido ir a cenar a casa de mis tíos, y si quieres acompañarme, estarán encantados. Podríamos ir a pedir permiso a tus padres primero. ¿Crees que te dejarán?

El rostro de Pim se iluminó con una amplia sonrisa:

— ¿Tú crees que tus tíos...?

— Como te dije, estarán encantados — dijo Puck. Y esta vez había dicho la verdad.



—A pesar de todo lo que me has contado, no logro comprender por qué no fuiste a la comisaría a devolver el monedero — insistió Puck—. Te hubieran dado una recompensa.

— ¿Una qué? —preguntó Pim.

— Una recompensa... Te hubieran dado dinero por haberlo encontrado.

—No lo sabía — dijo Pim —. Además sólo pensaba en que yo había estado en los huertos y que seguramente iba a haber jaleo si ellos se daban cuenta de que yo era la de los guisantes.

— ¿Quieres decir que el policía te da miedo? —preguntó Puck.

Pim hizo un gesto enérgico con la cabeza.

— No, él no. No me hubiera resultado difícil arreglar el asunto. No tenía pruebas contra mí. Pero si venía a mi casa, hubiera sido catastrófico.

— ¿Tienes miedo de tu padre?

— No; pero Víbeke tiene muy mal genio. —Y luego se apresuró a añadir—: Le tengo afecto. No creas que es una madrastra mala. No soy ninguna Cenicienta. No tengo nada contra ella y lo pasamos «bomba» en casa; pero está escribiendo un libro y naturalmente quiere paz y tranquilidad. Papá dice lo mismo. Bueno ya sólo nos falta doblar aquella esquina y verás donde vivo.

El remolque estaba en un prado. Un coche americano, de un modelo casi prehistórico, estaba estacionado al lado y, entre el automóvil y el remolque, había una pequeña tienda de campaña.

— Parece un campamento de verdad — exclamó Puck sonriendo.

— No cabemos todos en el remolque, así que yo duermo en la tienda de campaña —rió Pim.

— ¿Siempre?

— Sí, ya me dirás dónde si no. Mi padre y Víbeke duermen en el remolque. Apenas caben ellos. Yo estoy muy bien allí en la tienda.

Iban hacia el remolque y, a cada paso que daban, Puck notaba que Pim se estaba poniendo cada vez más nerviosa. Hablaba en voz baja, vacilando, y su mirada empezó a vagar como cuando se habían encontrado en los huertos. Al llegar junto a la escalerilla, ante la puerta del remolque, Pim puso su mano en el brazo de Puck y musitó:

— Quédate aquí. Es mejor que hable con Víbeke a solas.

Puck la miró sorprendida: era evidente que Pim tenía miedo. No dijo nada y se quedó donde estaba mientras ésta abría la puerta. Dentro se oyó una voz soñolienta:

— Ahora ¿qué pasa?

— Soy yo, Víbeke. He venido a preguntar si podría...

No logró decir más, la voz le había interrumpido:

— ¿Por qué vienes tan tarde? Tenías que preparar la cena. Estoy intentando descansar después de trabajar en un pasaje muy difícil de mi libro, y tú te dedicas a vagabundear. ¿Qué hora es? ¿Dónde está Arne?

Puck no logró oír la contestación de Pim, pero de nuevo la mujer del remolque empezó a regañarle. Y lo que dijo no tenía sentido. Primero se quejó de que Pim había llegado demasiado pronto a casa y la había despertado; luego le riñó porque no había llegado antes para preparar la cena. Al final, Puck oyó que Pim decía:

— Me encontré con una chica cerca de los huertos. Está afuera.

— ¿Cómo que fuera? ¿Por qué no me has avisado antes?

La mujer apareció en la puerta del remolque. Era bonita, pero la expresión de su cara era dura y llevaba teñido el pelo. Vestía una bata vieja y sucia y su maquillaje era exagerado y de mal gusto. Contempló sorprendida a Puck.

— ¡Por todos los santos! —exclamó.

— ¿Verdad que nos parecemos mucho, Víbeke? —dijo Pim nerviosa.

— Ya me doy cuenta yo misma — le cortó Víbeke.

Bajó la escalerilla y tendió la mano a Puck, quien hizo una reverencia y se presentó. A la muchacha no le gustó el apretón de manos de Víbeke Bendixen.

— He venido a preguntar si Pim puede venir a cenar en casa de mis tíos. Mi tío es el veterinario Anders Moeller, y estarán encantados de conocerla.

Víbeke Bendixen sonrió, pero su sonrisa era muy fría. Era evidente que se esforzaba por resultar agradable.

—Así que es el veterinario de la ciudad — dijo con fingida admiración—. ¡Qué interesante! Aunque dudo mucho que le encante conocer a Pim... Quiero decir: fíjate qué aspecto tiene.

Puck la miró a los ojos. Se dijo que en aquella situación había que actuar con decisión.

— Yo tampoco voy muy elegante que digamos. Vamos iguales — dijo con una sonrisa.

Víbeke soltó una carcajada:

— Sabes contestar, ¿eh? —dijo—. Bueno, largaos y que Pim vuelva pronto.

— Sí, lo haré —contestó Pim obediente. Parecía un ratoncito hablando con un gato.

Se despidieron y marcharon hacia la carretera. De nuevo Puck observó que, a cada paso, Pim parecía recobrar la confianza en sí misma. Iban caminando hacia Sundkoebing cuando oyeron el

sonido de un claxon. Era el coche del veterinario que venía a toda velocidad. A la altura de las muchachas se paró y Anders Moeller se asomó por la ventanilla.

— ¡No es posible! — exclamó abriendo desmesuradamente los ojos —. Debo haber tomado una copa de más. Veo doble. Parecen dos Puck.

Puck rió a carcajadas:

— Son dos, tío Anders. Me he encontrado con mi doble.

El veterinario abrió la portezuela.

— Bueno, entonces entra, quiero decir, entrad las dos. Necesito una explicación. ¡Pobre mundo! Creí que teníamos más que suficiente con una como tú; pero, ahora, con dos, la paz ha terminado para mí.

Las muchachas subieron al coche y cerraron la portezuela.

— Cuando lleguemos a la ciudad —dijo Puck—, iré a buscar la bicicleta de tía Henny. Está en el taller para arreglar un pinchazo.

— Bien, te dejaré allí — contestó su tío —. Pero ahora quiero una explicación para este extraño fenómeno óptico.

Y Puck le contó como había encontrado a Pim, pasando por alto el asunto del guardia y el monedero. Cuando concluyó, dijo Anders Moeller:

— En mi vida había visto dos personas que se parezcan tanto como vosotras dos.

* * *

Si la señora Moeller se sorprendió al ver a Pim, logró disimularlo muy bien. Hasta terminar la cena no hizo constar, como por casualidad, que Puck y Pim se parecían como dos gotas de agua.

Después, las chiquillas se ofrecieron para ayudar a retirar el servicio de mesa, pero su oferta fue rechazada.

— Id a dar un paseo mientras arreglo esto — dijo la señora Moeller—. Pero volved pronto para que podamos disfrutar de vuestra compañía.

Fue un paseo delicioso. Puck tenía la sensación de haber conocido a Pim de toda la vida. Le contó sobre el viaje de su padre a Valparaíso y cómo ella había llegado al pensionado de Egeborg; sobre sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas» y las muchas aventuras que había vivido durante su estancia en el pensionado.

Pim la escuchaba con ojos muy abiertos. Cuando Puck calló,

dijo:

— Cuánto me gustaría vivir con vosotras en ese pensionado.

— ¿Estás segura? —preguntó Puck—. ¿Crees de veras que lo aguantarías después de tanta libertad como has tenido hasta ahora?

— ¿Aguantarlo? —exclamó Pim—. Sería mi mayor ilusión. ¿Crees divertido vagar en un remolque como lo hacemos nosotros? A veces dudo de que les guste esta vida a mi padre y a Víbeke. Pero nuestras vidas han transcurrido así, y ¿qué vamos a hacer? Papá dice que es muy difícil encontrar piso y Víbeke no aguantaría vivir en la ciudad porque sus nervios están destrozados y, además, tiene que escribir su libro.

—¿Quieres decirme una cosa? —preguntó Puck—. ¿Cuánto tiempo lleva escribiendo ese libro?

Pim se quedó pensativa.

— Tres o cuatro años —dijo al fin.

— ¿Y cuánto lleva escrito hasta ahora?

— No mucho, créelo —dijo Pim—. No por pereza. Ella trabaja mucho, pero no queda nunca contenta de lo que escribe. Tiene que pensar mucho y por eso necesita mucho descanso. Ella no es muy fuerte.

Quedaba una pregunta. Pero Puck no quiso ponerle las cosas más difíciles a Pim. La pregunta era ésta: ¿Temes a tu madrastra?

Se había dado cuenta de que la chica se ponía muy nerviosa en compañía de Víbeke Bendixen; pero al mismo tiempo tenía la sensación de que aquél no era el momento de preguntárselo directamente, así que se limitó a decir:

— Cuéntame algo sobre tu vida. ¿Qué pinta tu padre, y cuándo hizo su última exposición?

Pim se sonrojó un poco y Puck notó que estaba confusa:

— Bueno — empezó —. La vida no es muy fácil para papá. Es muy minucioso y por eso le cuesta mucho pintar, tanto como escribir a Víbeke. Nada es lo suficientemente bueno para él. Puede pasarse muchos días pensando en una pintura, y después pinta un poco. Al mismo tiempo le cansa terriblemente hacerlo.

Habían llegado hasta el puerto y se sentaron en un banco, contemplando el agua. Después de un rato, Puck preguntó:

— ¿De qué vivís, pues?

Pim tardó un poco en contestar, pero al final dijo:

— De vez en cuando, papá logra vender un cuadro y vivimos de eso; si no... Bueno... ¿Comprendes?... Mi abuela materna tiene dinero y...

Se calló y Puck insistió:

— Yo había entendido que tu abuela estaba enfadada por la segunda boda de tu padre.

— Sí, y mucho — asintió Pim —. Sin embargo, me tienen a mí. Mientras vivía mi madre, la abuela les daba dinero cada mes, y cuando mi padre enviudó, la abuela siguió ayudándonos. Después, papá se casó con Víbeke y eso no le gustó nada. A pesar de ello, la abuela sigue dándome dinero a mí cada mes, para que yo pueda..., quiero decir, para que podamos vivir.

— ¿Quieres decir —y después Puck se dio cuenta de que el tono de su voz había sido duro— que toda la familia vive a costa del dinero que te da la abuela?

Pim no contestó. Sólo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

— ¿Lo sabe tu abuela? —preguntó Puck.

— No, eso es lo terrible. Si la abuela se enterase, habría jaleo. Por eso nos mudamos con tanta frecuencia. Si tuviésemos dirección fija, ella vendría a todas horas para enterarse de cómo vivimos, y estoy segura de que no le gustaría nada. Hasta ahora hemos podido evitar sus visitas...

— ¿Tú también quieres evitarlas? —preguntó Puck.

— No... —contestó Pim al cabo de un rato—. Yo la quiero mucho. Pero, como ves, la cosa está fea. Por la misma razón me es muy difícil pedir permiso para ir a un colegio. Hemos hablado sobre ello; sin embargo, la idea no le gustó nada a Víbeke...

— Pero, ¿por qué no impones tu voluntad? —insistió Puck.

Esta vez Pim no contestó. Puck la miró y se dio cuenta de que la vida de su nueva amiga era una auténtica tragedia. Se levantó del banco.

— ¿Sabes qué vamos a hacer? —dijo, intentando que su voz sonara alegre—. Vamos a comprar un par de grandes helados y luego volveremos a casa de mis tíos. Estoy convencida de que nos echan de menos. ¡Ven!

Emprendieron el regreso; pero de pronto Pim se paró y, con los ojos llenos de terror, se llevó la mano al cuello.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Puck asustada—. ¿Te encuentras

mal?

—



—No. nada — contestó Pim —. No es nada. De repente me acordé que he olvidado...

— ¿Qué olvidaste? — preguntó Puck.

— Nada, nada. No te preocupes. Todo va bien. — Intentó sonreír, pero fue una débil sonrisa, luego dijo —: Si yo puedo olvidarlo, tu también puedes hacerlo. ¿Y qué pasa con el helado? ¿Me invitas o no?

* * *

El veterinario y su esposa hicieron todo lo posible para que la visita de las dos muchachas resultase lo más grata posible. Pero sus esfuerzos no dieron resultado. De vez en cuando, Pim quedaba pensativa y la inquietud se reflejaba en su cara.

Cuando la señora Moeller se levantó para hacer una taza de té, mientras el veterinario estaba al teléfono, Puck decidió enterarse del problema que afligía tan gravemente a su nueva amiga.

Se volvió hacia ella y le preguntó de sopetón:

— Suéltalo todo de una vez, Pim. ¿Por qué te asustaste tanto en el puerto?

— No fue nada... —empezó Pim—. Ya te lo dije.

— Estoy segura de que algo te pasa —insistió Puck testaruda—. Te quedas pensativa y no atiendes a la conversación. Dijiste que habías olvidado algo. ¿Qué fue? ¿Era algo importante?

Pim vaciló. Luego asintió y sus labios empezaban a temblar como si fuera a llorar.

— Cuéntamelo todo, Pim — dijo Puck persuasiva —. Quizá podamos ayudarte.

Pero la chiquilla negó con un gesto y rompió a llorar. El veterinario, que había terminado de hablar por teléfono, iba a entrar pero se dio cuenta de que algo ocurría con su pequeña huésped y se fue a la cocina. Aquella tarde, su mujer tardó mucho en preparar el té. Puck y Pim tuvieron tiempo de hablar en paz.

— No sé cómo pude olvidarlo —empezó al fin Pim—. De vez en cuando soy muy irresponsable. Tiene razón Víbeke. Yo debía haber llevado una carta al buzón. Una carta muy importante. Era necesario que llegase a tiempo a su destino... De repente me acordé cuando paseábamos por el puerto. Cuando se den cuenta de que no la eché, no sé lo que va a pasar. ¡Es terrible!

— Todos podemos olvidarnos de algo — dijo Puck para calmarla —. ¿Por qué es tan importante esa carta? ¿A quién va dirigida?

— A mi abuela — dijo Pim.

— ¡No me digas! —exclamó Puck interesada—. ¿Por qué una carta para tu abuela puede ser tan importante? Bueno, si no quieres decírmelo, no lo hagas.

— Sí que quiero — asintió Pim —. Ayuda mucho compartir con alguien nuestros problemas. Nunca tuve una amiga. Como cambiamos continuamente de lugar... Bueno, el problema es que papá escribió una carta a la abuela. Ella se había enterado de dónde nos encontramos y nos ha notificado que va a hacernos una visita. Papá le dice que es inútil hacer el viaje porque nos vamos a marchar. Víbeke no quiere que la abuela nos visite. No sé por qué. Creo que no simpatizan mucho. Sin embargo, la abuela quiere verme a mí y saber cómo me encuentro. Si al menos logro encontrar la carta antes que ellos... Si se dan cuenta de que no la eché, creerán muchas cosas, y entonces...

— No te preocupes —dijo Puck tranquilizadora—. No puede pasar nada.

La expresión de Pim revelaba su triste historia.

— ¡Cómo se vé que no conoces a Víbeke! — comentó.

— Te voy a decir una cosa, Pim — dijo Puck y sonrió a su nueva amiga para darle ánimos y confianza —. Puede que antes te encontrases sola con tus problemas y quizá tengas razón respecto a Víbeke; pero de hoy en adelante no estarás sola. Te voy a ayudar. Yo cuento con buenas amigas. Ya verás como todo terminará bien.

Una pequeña luz de esperanza brilló en los atemorizados ojos de

Pim.

— ¿Estás segura de querer ayudarme? — preguntó—. Soy tan torpe... Todo me sale mal. Quizá porque siempre me encuentro sola. Imagínate si yo fuera a un colegio como tú, y tuviera amigas y profesores que me enseñasen a hacer cosas. Víbeke dice que soy imbécil, y seguramente tiene razón.

— Esa Víbeke habla demasiado — dijo Puck belicosa —. Te prometo que encontraremos la carta y resolveremos tus problemas. Ahora, tía Henny nos traerá el té, y después te acompañaremos a tu casa. Mañana iremos a verte de nuevo, y no estarás sola. El lunes tengo que volver al colegio; pero tenemos un día para hablar de todo y arreglar el asunto de la carta. ¿De acuerdo?

La cara de Pim se iluminó. Parecía tener ya más confianza en sí misma. El ambiente era muy alegre mientras tomaban el té. Luego, el señor Moeller, su mujer y Puck la acompañaron en coche hasta las cercanías del remolque.

— ¿Quieres que te acompañe hasta allá? —preguntó Puck cuando el coche se detuvo en la carretera.

— No es necesario. Aún no es tarde. ¿Nos veremos mañana?

— Sí —contestó Puck—. Tenlo por seguro. Mañana por la mañana nos tendrás aquí. Quiero que mis tíos conozcan a tus padres.

—Claro —dijo el veterinario—. Con mucho gusto. Pero... ¿Estáis bien seguras de que fue Pim quien bajó del coche y no Puck? Son exactas y no logro distinguirlas. ¡Buenas noches, seas quien seas! Nos vamos a casa. ¡Adiós!

— Es una muchacha encantadora — comentó la señora Moeller cuando el coche se había puesto en marcha—. No obstante, se le nota mucho la falta de educación. No sabe nada sobre buenos modales. Si queréis mi opinión, creo que lo mejor para ella sería que la mandaran a un pensionado. Imagínate, Puck, si fuera al pensionado de Egeborg. Sería muy conveniente para ella. Aunque dudo mucho que aguantara estar encerrada allí.

— Creo que te equivocas, tía Henny — dijo Puck —. Hablé con Pim sobre esto y me dijo que su mayor deseo es ir al colegio. Se siente tan desplazada en compañía de su padre y su madrastra...

Tras una pausa, la señora Moeller continuó:

— Creo que Puck tiene razón. Es natural que una chica como

ella añore una existencia más ordenada. Creo que mañana hablaré con sus padres sobre esto. Les convenceré para que la manden al pensionado de Egeborg.

— ¡Ojalá! —murmuró Puck—. Aunque lo dudo mucho.

— Que pesimista eres — opinó el veterinario —. Dudas de todo. Si tu vieja tía dice que ella arreglará los problemas, lo menos que puedes hacer es creer que dice la verdad.

— Sí que lo creo — se defendió Puck —. No hablo por tía Henny. Pero pueden surgir problemas inesperados.

Puck no podía imaginar en aquel instante lo proféticas que eran sus palabras.

Al día siguiente, después del desayuno, el veterinario, su mujer y Puck fueron a hacer su visita al remolque. La señora Moeller había salido al jardín a cortar un ramo de flores para la señora Bendixen. Cuando la vio Puck dijo con tono escéptico:

— Son demasiado bonitas para esa bruja.

— Vamos — le regañó la señora Moeller —. Así no se habla de la gente. Sólo has visto a esa señora durante un momento y aunque ella, quizá de mal humor, regañara a Pim, no tienes derecho a juzgarla tan a la ligera.

Al llegar al remolque fueron recibidos por el padre de Pim. El pintor se encontraba limpiando su brocha de afeitar cuando se acercaron los Moeller y Puck. El veterinario se presentó y Bendixen saludó cordialmente a sus huéspedes.

— Tuvimos el placer de tener a su hija en nuestra casa ayer — dijo el señor Moeller—. Es una chica encantadora. ¿Dónde está?

— Creo que en la tienda de campaña — dijo Arne Bendixen—. Voy a buscar a mi mujer.

No fue necesario, porque en aquel instante apareció Víbeke en la puerta. Vestía elegantes pantalones y una camisa al tono. Su aspecto era bastante mejor que el día anterior. Puck tuvo que admitir contra su voluntad que la señora Bendixen estaba muy guapa. Víbeke sonrió al veterinario y a su mujer, y dijo:

— Estoy encantada por la invitación que le hicieron ayer a Pim. Somos una especie de nómadas, y no tenemos muchas oportunidades de conocer gente. Mi marido pinta para una exposición que piensa hacer en otoño, y yo estoy terminando una novela. Me ha causado muchas dificultades. Por eso viajamos de

esta manera. Necesitamos nuevas impresiones, y eso es imposible en un piso. ¿No quieren sentarse?

Puck se fue a la tienda para ver a Pim y la encontró detrás del remolque.

— ¿Encontraste la carta?

Pim negó con la cabeza.

— Ya la encontrarás — la consoló Puck con voz calmada —. Ven, vamos con los demás. Mis tíos quieren saludarte.

Puck se dio cuenta de que Arne Bendixen no participaba en la conversación. Era su mujer quien hablaba incesantemente. Se sentó con Pim sobre la hierba, escuchando como Víbeke Bendixen hablaba acerca de la belleza de la comarca.

— Hay muy bonitos paseos —dijo el veterinario—. Deberían ustedes ir hasta el acantilado. La vista desde allí es extraordinaria. No sé lo que usted pinta, señor Bendixen, pero si le interesan temas de fuertes contrastes, creo que en el acantilado le impresionará. He pensado muchas veces que, si yo fuera pintor, estaría sentado allí desde el amanecer hasta la puesta del sol.

Arne Bendixen asintió sonriendo; pero no dijo nada. Fue su mujer quien contestó:

— ¿Quizá colecciona usted obras de arte?

— Bueno —dijo el veterinario—. Creo que llamarlo coleccionar es exagerado; sin embargo, tengo varios cuadros, y sigo comprando alguno.

— ¡No me diga! —exclamó Víbeke Bendixen—. ¿Has oído Arne? Quizá le interese al señor veterinario alguna de tus pinturas.

— Me gustaría verlas — dijo el veterinario y se levantó —. ¿Tiene usted alguna en el remolque?

Arne Bendixen vaciló.

— Sólo me quedan algunos diseños — dijo —. He mandado los cuadros a la ciudad. Es difícil llevarlos en el remolque. Uno teme que les pase algo. Además, tardo mucho en pintar cada cuadro. Pero, ya sabe usted: lo que cuenta es la calidad. Es importante que cada cuadro lleve un mensaje. No es suficiente hacer una especie de fotografía pintada. Yo trabajo mucho para lograr expresarme a través de mis colores. ¿Usted me comprende?

— Sí — contestó el veterinario —, le comprendo.

De nuevo el pintor se quedó pensativo. Mientras, su mujer

continuó la conversación.

De pronto, Henny Moeller dijo:

— No quiero entremeterme en sus asuntos. No me interprete mal. Tenemos a esta sobrina, aunque en realidad no es sobrina, pero a quien queremos mucho. Lleva algún tiempo en el pensionado de Egeborg y está encantada de vivir allí. Su padre es ingeniero y trabaja en el extranjero. Por eso Puck fue enviada al pensionado, y tengo que admitir que ha sido una solución extraordinaria.

Víbeke Bendixen no dijo nada. La expresión de su cara se había hecho impenetrable.

— Estoy segura — dijo al cabo de un rato —, de que Pim prefiere estar con nosotros y no en un pensionado, entre gente extraña.

— Bueno — continuó la señora Moeller despreocupada —. Todo es cuestión de acostumbrarse. Estoy asombrada por la rapidez con que Bente, o mejor dicho Puck, se familiarizó con Egeborg. Antes había vivido en la ciudad y no conocía la naturaleza; sin embargo, al poco tiempo se encontraba allí como pez en el agua. ¿No es verdad, Puck?

— Sí — contestó Puck entusiasmada —. A todos nos gusta Egeborg. Es muy raro encontrar alguien a quien no le guste. Sería maravilloso que Pim pudiera ir también.

La señora Bendixen contempló a su hijastra con los ojos semicerrados.



—¿Te gustaría ir al pensionado, Pim? —preguntó, y su voz le pareció a Puck un frío cuchillo.

Pim miró angustiada a su madrastra.

— No, no — dijo insegura —. No creo que me gustara nada...

— ¡Pero, Pim! — dijo Puck asombrada —. Yo creí que te gustaba

mucho la idea de estar entre nosotros. Ayer mismo dijiste que, si te daban permiso, irías encantada.

—¿Ah, sí? —preguntó Víbeke Bendixen con el siseo de una serpiente—. Si de veras te gustara ir a un pensionado, nosotros no tendríamos inconveniente en dejarte ir.

Pero Pim negó con la cabeza.

— No, Puck —dijo—. Debes haber interpretado mal mis palabras. Tú me contaste cosas sobre el pensionado y lo divertido que era... Pero no recuerdo haber dicho que a mí me gustara ir... Yo prefiero quedarme aquí.

— Te iría muy bien un colegio así — opinó la señora Moeller—. Para Puck fue un cambio notable.

— No creo que lograra acostumbrarme nunca, señora, nunca.

— Yo tampoco lo creo —terció Víbeke Bendixen—. ¿Tú qué opinas Arne?

El señor Bendixen casi se sobresaltó.

— No — dijo mirando de reojo a su mujer —. No hay duda al respecto.

Puck no hubiera sabido decir si el pintor atendía a lo que hablaban.

— Muy bien — dijo la señora Moeller —. No crea que he querido mezclarme en sus asuntos. Sólo quería hacerles saber que el pensionado es extraordinario. Bueno, Anders, debemos regresar. ¿Dejamos a Puck aquí?

— Me gustaría quedarme con Pim —dijo Puck rápida—. Sólo tenemos el día de hoy. El lunes tengo que volver al colegio.

— Es una idea estupenda — dijo la señora Bendixen con una sonrisa amable.



Puck no creía a sus propios oídos. Estaba confusa. ¿Cómo era posible que Pim le hubiera dicho que le encantaría ir al pensionado, para después retractarse y decir que todo era imaginación suya? Resultaba demasiado fantástico.

No obstante, a Puck no le gustaba pensar que Pim fuera de esas personas que sólo dicen las cosas para quedar bien. Estaba convencida de saber por qué Pim había cambiado de opinión, y se sintió helada, a pesar del sol de la espléndida mañana.

—«El terror —se dijo Puck más tarde a sí misma—, es algo que las personas creen relacionado con la medianoche, la luna llena y las sombras oscuras. ¡Tonterías! No son las cosas las que causan el horror. Son las personas.

Puck había presenciado una tiranía espiritual que la llenaba de presentimientos angustiosos. Pim, que era una chica excelente, se transformó en pocos segundos en un ratoncito asustado. Tal era la influencia que tenía su madrastra sobre ella. ¡Era para tener miedo!

Cuando, poco después, las dos muchachas se fueron a dar un paseo hasta la playa, Puck sintió unas ganas enormes de discutir el tema con su amiga e intentar explicarle que no podía continuar así. Pim debía mirar por sí misma y no continuar aquella existencia desordenada, sólo porque su madrastra necesitaba el dinero que ella recibía de su abuela.

No obstante, Puck era lo bastante inteligente para saber que es difícil convencer a la gente. Por otro lado, Pim había estado bajo la influencia de aquella mujer durante tanto tiempo que resultaba fácil de manejar. Por eso, tan pronto se veía fuera del alcance de Víbeke, se volvía casi impertinente y hacía travesuras. Quería demostrarse a sí misma que se atrevía a hacer cosas...

Porque lo cierto era que no se atrevía a decidir nada. Por lo menos respecto a su propia familia.

Las muchachas hablaban de todo, pero Puck notó que Pim se sentía incómoda.

— ¿Aún piensas en la carta? —preguntó.

Pim se paró y dijo:

— La puse en algún sitio. Me parece que fue...

De repente su rostro se iluminó:

— ¡Ya lo sé! —dijo—. ¡Ya sé dónde debe de estar!

— ¿Dónde?

— En la biblioteca. Fui ayer a la biblioteca pública.

—¿Tú?

— Sí —dijo Pim—. Me gusta mucho leer y nosotros apenas tenemos libros. No caben en el remolque. Por eso visito las bibliotecas. Ayer fui a la de Sundkoebing. Estuve leyendo «La caída del Rey». ¿Lo has leído?

— Me parece que ese libro es sólo para adultos, ¿no?

— No lo sé — contestó Pim —. Quería leer un buen libro, y éste fue el primero que encontré. El bibliotecario fue muy gentil. Me dijo que, como yo no tenía una dirección fija en Sundkoebing, no podía llevarme libros a casa, pero que podía quedarme a leer allí mismo, hasta la hora de cerrar. Pasé más de una hora y creo que debí de dejarme la carta en el libro. Ojalá logremos recuperarla.

— No creo que sea difícil —opinó Puck—. Vamos a intentarlo.

— Olvidas que hoy es domingo. La biblioteca estará cerrada.

— No te preocupes. Sundkoebing es una ciudad pequeña. Tío Anders conocerá al bibliotecario. Vamos corriendo.

Pim sonrió llena de gratitud.

Poco después, las dos muchachas llegaban a casa del veterinario, y Puck le puso al corriente de la situación.

— Llamaré ahora mismo y preguntaré si podéis ir a recoger la carta. No creo que haya inconveniente.

Y no lo hubo. El bibliotecario dijo que las chicas podían ir en seguida. Puck y Pim cruzaron las silenciosas calles de Sundkoebing y poco después fueron recibidas por el señor Thomsen, que estaba ante la biblioteca en mangas de camisa.

— Sentimos mucho molestarle — dijo Puck.

— No te preocupes, hijita. Estaba cortando el césped. Y una pausa me irá bien. Entrad. ¿Qué libro era?

— «La caída del Rey».

— Sí, ya me acuerdo. Está aquí, en esta estantería. ¿Lo ves?

Sacó el libro y se lo tendió a Pim. Ella lo hojeó rápidamente, pero la carta no estaba allí. Se sonrojó.

—¿Qué raro! —murmuró—. Estoy completamente segura de haber puesto la carta en el libro, pero no está.

— Esperad un momento — dijo el señor Thomsen —. Tenemos más de un ejemplar de «La caída del Rey». Creo que tenemos tres.

Se fue a mirar al archivo.

— Sí, estoy en lo cierto. Ayer por la tarde prestamos dos. Uno al señor Bang, el tendero, y otro al joyero Fritz Jacobsen. ¿Por qué no vais a sus casas a preguntar? ¿Los conocéis?

— No — dijo Puck —, no creo haber visto jamás al señor Jacobsen; pero sí he ido a la tienda del señor Bang. Está en la calle Mayor, ¿verdad?

— Exactamente. Preguntad allí. Adiós, chicas, y ¡suerte!

Cuando salieron a la calle, Pim comentó:

— El señor Thomsen es muy simpático; pero los otros quizá se enfaden si les molestamos en domingo.

— No tengas miedo —contestó Puck—. Si te portas correctamente con las personas, suelen mostrarse simpáticas. Esto va a ser fácil. Dentro de poco tendremos la carta.

No obstante, el optimismo de Puck era excesivo. Cuando llegaron a la tienda del señor Bang todo estaba cerrado y un vecino dijo que tanto el tendero como su mujer habían ido de excursión, seguramente al acantilado, con un cesto de comida.

Pim se desmoralizó y Puck le dio ánimos diciendo que quizá la carta estaba en el libro del joyero.

Al llegar a casa de Fritz Jacobsen oyeron música. Alguien estaba tocando el violín sin gran éxito. Las muchachas se quedaron un rato escuchando. Si el «músico» era el joyero, pensaron, quizá no sería muy oportuno interrumpirle en medio de su concierto. Así que decidieron esperar a que la música cesara.

— ¿Sabes lo que creo? —susurró Puck mientras las notas seguían chirriando hasta hacer daño en el oído—. Creo que ese señor debe de ser miembro de una orquesta de sierras. Suena igual.

—¡Qué cosas dices! —exclamó Pim y soltó una carcajada.

De repente, la música cesó y acto seguido fue abierta la puerta principal. Apareció el joyero con el violín en la mano. Su cara expresaba fastidio.

— ¿Qué jaleo es ese? —dijo Fritz Jacobsen brusco—. ¿No podríais encontrar otro lugar para tontear? ¿No puede uno ensayar tranquilo en su propia casa? ¡Largo de aquí!

Pim parecía muy asustada, pero Puck se armó de valor y habló:

— Sentimos mucho molestarle, señor Jacobsen. Mi nombre es Bente Winther. Vivo en casa de mi tío, el veterinario Moeller, y hemos venido a preguntarle mi amiga y yo...

— ¿Tu amiga? — interrumpió el joyero contemplándolas —. Tu gemela, querrás decir.

— No — dijo Puck —. Ni siquiera somos hermanas, aunque nos parecemos mucho. Hemos venido a pedirle permiso para mirar el libro que usted se trajo de la biblioteca ayer tarde. Mi amiga está segura de haber dejado olvidada una carta en él.

— ¿De qué libro se trata? - preguntó Jacobsen.

— «La caída del Rey» — informó Puck —. Usted lo pidió prestado ayer, ¿verdad?

— Habrá sido mi mujer. Esperad un momento que voy a mirar.

El joyero desapareció para volver momentos después.

— Es verdad que mi mujer lo trajo ayer, pero no hay ninguna carta dentro.

— Pues en ese caso, perdone usted la molestia. Siento mucho haber interrumpido su ensayo. ¡Adiós!

— ¡Adiós! —contestó Jacobsen y cerró la puerta.

Las muchachas se fueron calle abajo.

— Mala suerte —dijo Puck—, Eso quiere decir que la carta se encuentra en el libro que tiene el tendero, y él no está en casa. ¿Qué te parece si fuéramos al acantilado?

— ¿Está lejos?

— No, no mucho. Podemos ir a buscar la bicicleta de tía Henny y quizá haya otra por allí. Yendo en bicicleta, no se tarda mucho.

— Estupendo — dijo Pim —, aunque a estas horas es igual si logramos encontrar la carta o no. Mi abuela no la recibiría hasta mañana.

— ¿Crees que piensa visitaros hoy?

— No lo sé. Papá dijo que se había enterado de nuestro paradero y seguramente nos visitaría. No parecía muy entusiasmado con la idea y por eso escribió la carta. Ya te lo conté.

— Bien, pero de todos modos vamos a ver si logramos encontrarla —dijo Puck—. ¿Y si llamáramos por teléfono a tu abuela?

— No podemos. La carta era para decirle que ya no estábamos aquí. Además, no me gusta mentirle. Si ella quiere visitarnos, no comprendo por qué no puede hacerlo. Pero Víbeke...

— ¿Por qué no les dices que te gustaría ver a tu abuela?

— ¿Estás loca? —exclamó Pim—. No me harían caso.

— Pero, ¿por qué?

— Víbeke se pondría furiosa. No la conoces cuando se enfada. Vale mucho, siempre lo he dicho, y me trata bien; pero comprendo que esté nerviosa mientras escribe su libro. Debe de ser muy difícil eso.

— Sin embargo, no escribe gran cosa — hizo constar Puck, que no veía ninguna razón para tratar a Víbeke con guante blanco —. Ese libro es un pretexto para no pegar golpe — añadió, belicosa.

— No digas eso —contestó insegura Pim—. Papá dice que es una buena escritora.

— Sí, y Víbeke dice que tu padre es buen pintor —saltó Puck. Y se arrepintió en seguida de haberlo dicho, porque la expresión de Pim le dio pena.

— No me gusta que digas eso —le recriminó Pim, y sus labios temblaban —. Quizá tu padre sea más listo que el mío y gane más dinero, pero yo quiero a mí padre. Aunque le cueste trabajar, no es malo.

Puck se alegró de que su amiga le contradijese. Eso demostraba que Pim, a pesar de las apariencias, tenía coraje moral suficiente para sostener una opinión y luchar por los seres a quienes quería.

— No te enfades, Pim. No he querido herir tus sentimientos. Es que tengo la impresión de que no se ocupan demasiado de ti. Si yo estuviera en tu lugar, me enfrentaría con tu padre y tu madrastra y les diría que las cosas no pueden seguir como hasta ahora; que tú no puedes ir de un lugar a otro, sino que debes ir al colegio para hacerte una carrera. El día de mañana será demasiado tarde. Aún estás a tiempo de aprender y, además, creo que tienes dotes para el estudio. Si de veras quieres ir al colegio, no tienes más que decírselo a ellos.

— ¡Cómo se nota que no conoces a Víbeke! No me atrevería jamás a decirlo — dijo Pim desesperanzada.

— Pues, entonces — dijo Puck persuasiva —, ¿por qué no aprovechas la visita de tu abuela? Si tú le dices, estando los otros presentes, que te gustaría estudiar en el pensionado de Egeborg, ¿qué pasaría?

— Víbeke... —empezó y en aquel nombre se resumía todo su drama.

Puck se quedó pensativa.

— ¿Tendrías más ánimos si yo fuera contigo? —preguntó.

— No te hagas ilusiones, Puck. Olvídalo. No necesitas hacer de ángel guardián, porque en realidad estoy muy bien. Mientras no se piensa demasiado en los deseos y sueños de una, todo va bien. Hay niños en peor situación que la mía, y muchos sueñan con llevar una existencia como la que yo llevo. Imagínate: siempre de viaje, dormir en una tienda de campaña y sentirse libre como los pájaros.

— Todo eso está muy bien —dijo Puck con sensatez—. Sin embargo, a los pájaros les gusta tener su nido en un lugar fijo. Bueno. Hemos llegado. Voy a decir a mi tía que nos vamos al acantilado. Entretanto, mira en el garaje si hay otra bicicleta.

Tuvieron suerte y, poco después, estaban en camino en sendas bicicletas. Puck no continuó la conversación sobre el futuro de Pim. Se había dado cuenta de lo inútiles que eran sus propósitos. Pim tenía miedo; eso era todo. Si hubiera habido una sola posibilidad de acabar con sus temores, Puck no se hubiera dado por vencida; pero tenía la impresión de que la muchacha se encontraba bien como estaba, al igual que ciertos animales salvajes se encuentran bien en una jaula y se asustan si alguien trata de ponerles en libertad.

—«No hay nada que hacer —se dijo Puck—. Pim es una miedosa y es inútil insistir.

Su razonamiento no era correcto. Pim no tardó mucho en demostrarle lo equivocada que estaba.

* * *

Todo ocurrió cuando las muchachas habían llegado casi al acantilado. El camino pasaba por una colina y la cuesta era tan pendiente que no tuvieron otro remedio que bajarse de las bicicletas y continuar andando.

A su derecha tenían una maravillosa vista sobre la bahía, donde ligeros barcos de vela surcaban el mar azul. A la izquierda había una alambrada y tras ella una pequeña arboleda que se extendía hacia el acantilado.

En la linde del bosque, algunos habían encontrado un sitio ideal para comer. Habían colocado una mesa plegable con sillas alrededor, y un par de señoras jóvenes estaban sacando las cosas de un cesto.

En la carretera, un hombre parecía arreglar algo en un coche, mientras esperaba que las mujeres terminaran de prepararlo todo.

De pronto, las dos muchachas se dieron cuenta de que una niña con un vestido rojo se acercaba a la alambrada y, acto seguido, se deslizaba por debajo del alambre para continuar su alegre paseo por el prado. Entonces escucharon al otro extremo del cercado un bramido y vieron un gran toro que corría hacia la pequeña a toda velocidad, atraído por el vestido rojo.

Puck tuvo tanto miedo que se quedó paralizada. Oyó como las mujeres chillaban y tuvo tiempo de ver que el hombre del coche se volvía para quedar como petrificado. Pero, antes de que Puck lograra reaccionar, oyó el ruido de una bicicleta caer contra el suelo y vio a Pim correr como una gacela, saltar la alambrada y continuar hacia la niña que correteaba felizmente por entre la hierba alta sin saber el peligro que corría.

El toro se acercaba con rapidez. Puck sintió que su corazón se paraba. De momento no sabía qué hacer, pero pronto se le ocurrió la idea de llamar la atención del animal para apartarlo de Pim y de la niña. Y empezó a correr a lo largo de la alambrada gesticulando violentamente con los brazos y gritando al mismo tiempo. Pero todo fue inútil. El toro no cambió de dirección, sino que continuó su salvaje carrera. Mientras, Pim ya había alcanzado a la niña, la tomó en brazos y la arrastró consigo hacia la arboleda, seguida por el furioso animal.

Todo pasó con tanta rapidez que apenas duró unos segundos, pero a Puck le parecieron horas. Vio como Pim se agachaba y pasaba bajo los alambres para continuar hacia el bosque y esconderse entre los árboles. Todo había terminado.

La alambrada hizo detenerse al animal que resoplaba y bramaba, pero la niña estaba a salvo, gracias a la rapidez de Pim.

Un par de hombres llegaron corriendo por el prado. Uno hacía girar un bastón al aire y el otro iba armado de una horca. Ambos lograron llevarse al toro al otro extremo. Allí lo sujetaron atándole una cuerda al anillo de su nariz. Pero a Puck no le importaba eso ya; sólo le interesaban Pim y la niña. Entonces se dio cuenta de su propio miedo.



Notó los latidos de su corazón y tuvo ganas de tirarse al suelo y llorar.

Entre los árboles vio el vestidito rojo de la chiquilla y al grupo que corría hacia ella. La pequeña, que no había comprendido nada, contemplaba a Pim con expresión de fastidio por habérsela llevado de forma tan brusca.

Cuando Puck se reunió con ellos, una de las mujeres tenía a la niña en sus brazos, mientras Pim contemplaba la escena con ojos radiantes. Respiraba fatigosamente después de su carrera, pero no daba señales de haber pasado miedo. Puck se sintió orgullosa de su amiga. Comprendió que Pim poseía cualidades para llegar a ser alguien. No era ninguna miedosa, como Puck había pensado. Se trataba pues de ayudarle a encontrar el difícil camino que lleva a la libertad. De alguna forma tenía que sacarla de las garras de su madrastra. Aún no sabía cómo, pero le ayudaría.

El padre de la pequeña se volvió hacia Pim.

— No sé cómo darte las gracias — dijo, emocionado —. Has salvado la vida de mi hija.

— ¡Oh, no! —dijo Pim y se puso colorada como un tomate—. Yo no hice nada. Sólo corrí.

— Y tanto que corriste — dijo el hombre —. Pero podía haber ocurrido una desgracia. No comprendo cómo Lisbeth entró en aquel prado sin que nadie se diera cuenta.

Estas últimas palabras produjeron una pequeña discusión y las dos amigas decidieron marcharse; pero, cuando se alejaban, el hombre gritó:

— ¡No os vayáis, por favor! Quisiera regalarte algo, aunque no

se qué. ¿No podías darme tu dirección?

— No tengo dirección fija — contestó Pim —. Vivo en un remolque.

— Bueno; pero sólo durante el verano, supongo. ¿Dónde tienes tu casa?

— No se preocupe. No vale la pena molestarse por tan poca cosa. Yo no hice nada más que correr —repitió la muchacha.

—Eres una chica muy modesta — sonrió el hombre —; sin embargo, me disgustaría no poder obsequiarte con algún regalo.

Y volviéndose hacia Puck le dijo;

— ¿No podías decirme por lo menos dónde vivís tú y tu hermana? Alguna dirección debéis de tener.

Puck, que no tenía ganas de empezar a explicar al hombre que ella y Pim ni siquiera eran parientes, sonrió y dijo;

— El pensionado de Egeborg.

— Estupendo —exclamó el hombre—. Allí os encontraré a las dos, ¿verdad?

— Sí — asintió Puck —, las dos estaremos allí.

Se despidieron y volvieron por sus bicicletas.

— Estás loca —opinó Pim—. Has dicho una mentira.

— No lo creo —dijo Puck con aire misterioso—. Claro que Egeborg no es tu dirección en este momento; pero, si tú quieres, quizá pronto lo será.

— Creo que hemos hablado ya bastante del asunto —dijo Pim—. Debes saber que eso es imposible.

— No lo es si tu quieres — repitió Puck —. Si eres capaz de salvar a una niña de un toro furioso, no debería serte tan difícil enfrentarte con una madrastra.

Pim no contestó. Puck se dio cuenta de que sus palabras habían impresionado a su amiga.

En lo alto del acantilado había una pequeña caseta rodeada de un prado. Allí solía ir la gente los domingos con sus cestos de comida. También aquel día estaba lleno, y Puck empezó a buscar al señor Bang, el tendero. Lo encontró casi al borde del declive. Él y su esposa parecían pasarlo bien.

— Allí está —indicó Puck a Pim. —Espero que esta vez no fallaremos. Si estás segura de que la carta la olvidaste en el libro, tiene que estar a la fuerza en su ejemplar.

— ¿No se molestará si le interrumpimos así, sin más?

Puck la miró sorprendida.

— ¿Fuiste tú quien no se asustó ante el toro hace pocos minutos? — preguntó sonriendo—. Eres la chica más rara que he conocido en mi vida. Primero te portas como una verdadera heroína, y luego te asustas de nada como un pajarillo. ¡Vamos!

El tendero las vio acercarse y las saludó con el brazo.

— ¡Hola! — dijo jovial —. ¿Te has convertido en dos? No sabía que tenías una hermana gemela.

— No la tengo; ésta es una buena amiga — dijo Puck, saludando cortésmente al señor Bang y a su mujer—. Me encontré con ella ayer tarde, y es pura casualidad que nos parezcamos tanto. Siento mucho molestarles.

— No molestáis. Sentaos.

— Gracias — dijo Puck y volvió la cabeza para mirar a Pim.

Con gran asombro vio que los nervios de su amiga habían vuelto. Estaba totalmente cambiada. La expresión de sus ojos era cautelosa y asustada. Puck vio también la causa del repentino cambio de Pim. Por el sendero se acercaban el señor Bendixen y su mujer, iban sonrientes hacia ellos y saludaban con el brazo.

— ¡Hola!

El pintor y su mujer se presentaron al tendero, quien dijo, cordial:

— Sillas no tengo, pero hay suficiente espacio para todos, quieren sentarse con nosotros?

— Muchas gracias — dijo Arne Bendixen —. Hemos ca minado mucho y no nos vendrá mal un pequeño descanso.

— Quisiera ofrecerles café —dijo la señora Bang—, pero no tenemos tazas para todos.

— No se preocupe —sonrió Víbeke—. No queremos, molestarles. Vimos a las muchachas hablar con ustedes y por eso vinimos. Además, he comprado en su tienda. Estamos de vacaciones y vivimos en un remolque, cerca de los huertos.

—Ya comprendo — dijo el tendero—. También conocía a la jovencita, pero. —Se volvió hacia Puck—. Creí que eras tú. Por cierto, ¿queríais algo? Habéis venido como si tuvieseis algo que decirnos.

— No, nada — dijo Puck vacilando —. Sólo hemos salido a dar

un paseo en bicicleta y ahora queríamos ver el panorama desde aquí. Pim es mi amiga... No había estado nunca en el acantilado. ¿No podía usted encontrar motivos aquí, señor Bendixen?

Arne Bendixen dejó vagar la vista por el horizonte.

— El motivo es algo vulgar — tartajeó —. Admito que existe cierta belleza; pero mis cuadros son de otra clase. Yo busco el motivo detrás del motivo... Quizá resulte difícil para ti comprenderlo.

— ¿Son sus cuadros abstractos? —preguntó el señor Bang.

Arne Bendixen negó con la cabeza:

— No, no se puede decir que sean abstractos. Mi manera de pintar se acerca más a los impresionistas franceses. Claro que yo tengo mi propio estilo. Para explicarlo en forma fácil: se trata de vivir el motivo. Para mí no es suficiente que haya un árbol, agua, cielo; yo quiero expresar lo que el espectador no descubre en la naturaleza. Comprendo que ustedes quizá lo encuentren complicado, también es una forma de pintar que requiere mucho trabajo y que trae muchas desilusiones.

— Me gustaría mucho ver sus pinturas —dijo Bang amable—. Me entusiasma la pintura, aunque yo no sea ningún experto.

— Sí —añadió la señora Bang—, a mi marido le encantan las exposiciones. Cuando vamos a la capital, él se dedica a correr de una exposición a otra.

— ¿Y usted va con él? —preguntó Víbeke Bendixen sonriendo.

— No crea usted que soy una inculta —dijo la señora Bang—, pero la pintura no me interesa gran cosa. Prefiero el teatro.

El tendero miró sonriendo a su esposa:

— Tú eres muy intelectual —dijo—. A ti te atraen las letras. Es lo que siempre he dicho: te encanta llorar en un teatro cuando representan algo triste. El éxito de una pieza teatral lo cuenta por la cantidad de pañuelos mojados. Por otra parte, también le encantan los libros, creo que mi mujer es la cliente más fiel que tiene la biblioteca de Sundkoebing. A veces me arrepiento de no haber hecho una lista de los libros que ella ha leído durante nuestro matrimonio. Creo que habría suficientes para llenar un almacén.

— ¿Cómo encuentra tiempo para leer tanto? — preguntó Víbeke.

— No sé —contestó la señora Bang—. Pero cuando una cosa

gusta de veras, no es difícil encontrar tiempo. Me encanta leer y no tengo suficiente con los libros que compro. Menos mal que la biblioteca de Sundkoebing es muy completa.

— ¿Qué lee usted ahora? —preguntó el pintor, sin mucho interés.

— Este — contestó la señora Bang y sacó un libro de su bolso—. Es de Johannes V. Jensen.

Pim y Puck no quitaban la vista del libro. Allí estaba, tan cerca, y ellas sin posibilidad de atraparlo. Mientras Arne Bendixen y su mujer permanecieran allí, no podrían preguntar por la carta.

Puck se dio cuenta del miedo que Pim pasaba.

— ¿Cómo se titula? — preguntó Víbeke, al mismo tiempo que tendía su mano hacia el libro.

— «La caída del Rey» —informó la señora Bang—. Creo que lo leo por sexta o séptima vez.

Las muchachas vieron horrorizadas como Víbeke lo hojeaba.

— Sí —dijo—. Este libro no está mal... Hay un pasaje literariamente muy interesante.

Sus dedos jugaban con las hojas del libro. Puck estaba como petrificada, deseando poseer el don de la magia para detener la catástrofe que se avecinaba. Ojalá se atreviera a quitarle el libro de un tirón a Víbeke y salir corriendo. ¿Qué pasaría si la carta se encontraba allí? De repente vio como Víbeke se sobresaltaba y la oyó decir:

— ¡Qué extraño!...



La madrastra de Pim contemplaba la carta fijamente, con ojos iracundos.

— ¿Qué es eso? —preguntó la señora Bang—. Debía de estar en el libro ayer, cuando me lo traje de la biblioteca.

Víbeke Bendixen miró en derredor. Hizo un gesto con la cabeza como una serpiente que va a atacar a su víctima.

— Pim —dijo con voz histérica—. Pim...¿Dónde está esa niña?

Puck respiró hondo. Tenían la tormenta encima. Vio la mirada confusa del tendero y los ojos débiles del pintor. Pero, Pim... ¿Dónde estaba Pim?

— ¿Dónde demonios se ha metido esa mocosa? —dijo Víbeke levantándose.

Pim había desaparecido como si la tierra se la hubiese tragado.



Buscaron durante más de media hora por el pequeño bosque, pero no encontraron ni rastro de Pim.

—No comprendo dónde puede estar — dijo Arne Bendixen secándose el sudor de su frente —. ¿Por qué se fue? ¿Puedes explicármelo, Víbeke?

Pero Víbeke Bendixen no tenía ganas de dar explicaciones.

—¿Por qué no te callas? —dijo entre dientes—. Si no comprendes lo ocurrido, es inútil tratar de explicártelo. ¡Aquí está la carta!

— Sí, ya me di cuenta —dijo su marido un poco irritado—. Pim debió de ir a la biblioteca ayer y olvidó la carta en el libro. No soy ningún idiota.

— ¿No? —preguntó Víbeke irónica—. ¿Por qué preguntas entonces el motivo de su fuga?

— Sólo me interesa saber dónde se encuentra mi hija — replicó Arne Bendixen —. No es ningún crimen olvidar una carta. Yo mismo me he olvidado muchas veces de hacerlo.

— No le entregué la carta para olvidarla —contesto Víbeke con brusquedad —, sino para tirarla al buzón. No tiene disculpa.

Puck se sentía incómoda escuchando aquella discusión, donde cada frase explicaba el drama escondido tras la inquietud y miedo

de Pim. Sólo se sorprendió de que Arne Bendixen tomara la defensa de su hija; pero, quizá porque en aquel instante se sentía inquieto por ella, se atrevía a contestar a su mujer de aquella forma. El pintor se volvió hacia Puck.

— ¿Estás segura de que hemos buscado por toda la arboleda?

Era la tercera o cuarta vez que preguntaba lo mismo.

— Segurísima —contestó Puck.

— ¿Conoces bien este lugar?

— Bastante bien. Por lo menos lo suficiente para saber los lugares donde ella pudiera haberse escondido. ¿Está usted seguro de que no ha regresado al remolque?

— Sí, de eso sí que estoy seguro — contestó con amargura.

— No comprendo que se haya fugado de esta manera — dijo Víbeke.

Arne Bendixen se volvió furioso hacia su mujer.

— ¡No me digas que no encuentras explicación a su fuga!

Su mujer se mordió los labios, pero no contestó.

—Tiene miedo —dijo Arne—. Te tiene un miedo tremendo. A ti... Cuando se dio cuenta de que tenías la carta, sabía que iba a ser castigada. No voy a disculpar su descuido. Naturalmente que debía haberla mandado. Los niños deben obedecer. Siempre deben obedecer... Deben estar bien sentados en la mesa y contestar con cortesía cuando son preguntados, ¿no? Deben ser unos ejemplares de virtud, sin ninguna falla, ¿verdad? Por lo demás deben callarse y trabajar como pequeños esclavos, para que nosotros podamos sacar provecho de ellos. No deberían jugar nunca, porque el ruido nos pone nerviosos, y no deberían ni hablar ni cantar porque eso interrumpe nuestros pensamientos... ¿No es eso lo que querías decir?

— ¡Ya estoy harta! —dijo Víbeke. Su voz era penetrante y el tono histérico—. ¡Sigue buscando a *tu* hija si quieres! ¡Yo me voy a casa!

Y dio media vuelta. Arne Bendixen y Puck la vieron alejarse por entre los árboles. El pintor suspiró hondo. Estaba muy enfadado y angustiado. Sus ojos imploraban cuando se volvió hacia Puck.

— Intentémoslo otra vez — dijo angustiado —. Ojalá no le haya pasado nada serio, un accidente o algo por el estilo.

Puck intentó que su voz sonase despreocupada cuando contestó:

— ¿Por qué cree usted que puede haberle ocurrido un accidente? Pim sabe cuidarse muy bien. Es verdad que se asustó. Ha tenido mucho miedo de que la carta fuera descubierta. Por eso vinimos al acantilado. Averiguamos que el tendero tenía el libro con la carta. Estuvimos en la biblioteca y en varios lugares más. Fue muy lamentable que ustedes apareciesen justo en aquel momento. Y le doy la razón: no es ningún crimen olvidarse de echar una carta al buzón.

Puck estaza rabiosa e indignada. Entonces, más que nunca estaba decidida a emprender la lucha para salvar a Pim de aquel embrollo. Se había alegrado mucho al saber que Arne Bendixen también podía ponerse furioso y defender a Pim.

—Si usted busca por la parte oeste del bosque, yo recorreré la parte este: Tómese tiempo y busque bien; pero quédese en su lado. Tengo una idea.

— ¿De qué se trata? —preguntó Arne Bendixen ansioso.

— Es difícil explicarlo —contestó Puck—. ¡Hasta luego! Nos encontraremos aquí mismo. ¿De acuerdo?

Puck tenía una idea, en efecto, pero ninguna intención de explicársela al padre de Pim. De pronto creyó adivinar dónde se encontraba su amiga. Había recordado un lugar que muy pocos conocían. Ella misma lo había utilizado varias veces cuando jugaba al escondite con sus amigas. Se trataba de una cueva en el mismo acantilado, y sólo había acceso a ella desde abajo, desde la estrecha playa.

—«Sí —se dijo Puck—; quizá hay una oportunidad de encontrar a Pim en aquella cueva.

Habían hablado de ella en el camino. De todas maneras, valía la pena intentar buscarla allí, y si Arne Bendixen hacía lo que ella le había dicho, no había peligro de que se le adelantara y encontrase a su hija primero.

Puck cruzó corriendo la arboleda y se quedó un momento en el borde de la pendiente, pensando cómo actuar. Lo más sensato sin duda sería bajar por el estrecho camino hasta la playa. Puck empezó a correr esperanzada. Estaba tan absorbida en sus propios pensamientos que no se dio cuenta de la presencia de dos muchachas que en aquel instante subían por el sendero. Estaba a punto de pasar de largo, cuando una de ellas gritó.

— ¡Puck, para! ¿Adonde vas tan de prisa?

Puck se paró. Eran Karen y Navio, sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas», en el pensionado de Egeborg.

— ¡Hola! Pero ¿qué hacéis aquí vosotras?

— Hemos salido a conocer el gran mundo — rió Navio —. Primero juntamos todo nuestro dinero y compramos billetes para el tren. Ya sabes lo enérgica que es Karen. Me prometió un helado si la acompañaba hasta el acantilado. De momento me siento como un explorador en pleno desierto. ¿Faltan muchos miles de kilómetros aún?

— ¡Qué exagerada eres! —rió Puck—. No te hará daño mover un poco las piernas de vez en cuando.

— ¡Pero qué dices! — exclamó Navio, horrorizada —. ¿Me lo dices a mí, la chica más movida del pensionado? ¿Conoces a alguien que juegue a la pelota mejor que yo?

— Ya lo creo — rió Puck —. Yo misma, por ejemplo. Pero os voy a contar algo.

Puso rápidamente a sus dos amigas al corriente de la situación y, tanto Karen como Navio, la escucharon con asombro creciente. Cuando por fin Puck terminó su relato, Karen dijo:

— ¿Estás segura de no haber sido víctima de tu propia imaginación?

—No, claro que no —dijo Puck enérgica—. Y no veo razón alguna para que las cosas no se desarrollen según mi plan. Pero primero tenemos que encontrar a Pim. ¿Me ayudaréis?

— Claro —dijo Navio—. Aunque eso signifique que el helado tenga que esperar.

— ¡Estupendo! Vamos, entonces.

Y las tres muchachas se fueron corriendo. Poco después se encontraban bajo la cueva y emprendieron la subida hacia ella.

— Esto parece peligrosísimo — exclamó Navio, pero su alegre sonrisa mostraba que no había perdido su buen humor—. No he estado allí nunca, aunque sé que existe esa gruta. A ver si Pim se encuentra en ella.

— Y en caso de que esté, ¿qué vamos a hacer nosotras? — preguntó Karen.

— En ese caso, la dejaré en vuestras manos. Tengo un poco de dinero y os invito a las tres a tomar un helado a mi salud. Pero

primero tenemos que asegurarnos de que ella está aquí.



Y allí estaba Pim. Al ver a Puck se sobresaltó; pero, acto seguido, su cara se iluminó con una sonrisa.

— ¿Eres tú? —exclamó—. Tenía miedo de que...

Puck subió y sus amigas la siguieron.

— Te presento a dos valientes amigas mías — dijo Puck—. Ésta es Karen y esta es Lise... La llamamos Navio. Esta es Pim, que en realidad se llama Pernille. Tenemos grandes planes. Si todo va bien será compañera nuestra en el pensionado de Egeborg.

Pim meneó la cabeza:

— No comprendo cómo puedes decir esas cosas —dijo, casi indignada—. Viste la cara que puso Víbeke al encontrar la carta. No hay nada que hacer.

— Espera a que te explique mi plan — interrumpió Puck.

—

Y así lo hizo. Tuvo que volver a explicarlo dos veces más ya que Pim no entendió nada a la primera.

— No resultará. No conoces a Víbeke.

— Puedes apostar lo que quieras a que yo conozco a Víbeke — dijo con voz brusca —. Y te prometo que, antes de que haya transcurrido una hora, Víbeke también me conocerá a mí. Únicamente hay que esperar que los presentimientos de tu padre respecto a la visita de tu abuela sean verdad.

— ¿No crees que sería mejor dejarlo? —preguntó Pim, casi lloriqueando.

— Ni hablar — dijo Puck, y el tono de su voz decía claramente que con ella no se podía discutir.

— Puck tiene razón, Pim — intervino Navio —. Es la oportunidad de tu vida y no debes desaprovecharla. Nosotras, que conocemos bien a Puck, sabemos que no suele hablar de lo que no puede hacer. Si dice que va a arreglar el asunto, lo arreglará. Además, no tienes nada que perder: ¿por qué te resistes?

Pim no sabía qué contestar. Pero, al final, dijo:

— Víbeke se enfadará.

— Víbeke ya está enfadada — dijo Puck —. No creo que se pueda poner más furiosa de lo que está. Si tú regresas ahora, puedes estar segura de lo que te espera. En cambio, si me dejas hablar con tu padre, tendrás una oportunidad. Sé razonable, Pim, y di que sí. No puedo hacer nada sin tu consentimiento.

Pim suspiró. Una pequeña lágrima se deslizaba por su mejilla.

— Está bien — dijo —. No hay forma de discutir contigo.

— Ya te lo dije —exclamó Karen—. Puck es testaruda y cabezota como una mula. Pero si no lo fuera, muchas cosas irían peor.

— ¡Gracias, esclavas! —dijo Puck—. Vamos a repasar lo que debemos hacer. ¿Llevas reloj, Karen?... Estupendo. Entonces os quedaréis aquí un cuarto de hora más; luego iréis lentamente y con mucho cuidado hacia el remolque. No olvidéis las bicicletas. Al llegar allí os esconderéis detrás de algún arbusto con los oídos bien atentos. El resto se lo dejaréis a vuestra vieja tía Puck. He sabido arreglar asuntos más difíciles que éste, y tampoco esta vez os fallaré.

— Nos ocuparemos de Pim. No te preocupes —dijo Karen—. Nos encantará conocerla ya que va a ser compañera nuestra en el pensionado.

— No digas eso, por favor —protestó Pim, aunque una amplia sonrisa iluminó su rostro.

— Bueno, hasta luego —dijo Puck—. Espero que me echéis de menos.

— No lo creo —rió Navio—. Tenemos aquí otra igual que tú.

* * *

Quando Puck regresó a la explanada, delante de la caseta, Arne Bendixen la esperaba ya. Estaba muy pálido y nervioso.

— Creí que no regresabas nunca —dijo—. ¿Dónde has estado? ¿Has bajado el acantilado? Llevas manchas de tierra en los pantalones.

— No — mintió Puck —. Fui hasta el borde y me caí, pero no me pasó nada. Todo está bien.

— ¿Viste a Pim? —preguntó Bendixen preocupado.

Puck negó con la cabeza.

— No creo que esté aquí — dijo —. Sin embargo, puede que se haya escondido cerca del remolque. ¿Qué le parece si fuésemos a buscarla cerca de los huertos? Sé que estuvo allí ayer.

Arne Bendixen asintió.

— Quizá tengas razón — dijo serio —. Es posible que haya tomado aquel camino. Sin embargo, no creo que esté muy lejos. Es la única oportunidad que tenemos para encontrarla. Ojalá no le haya ocurrido un accidente.

— No lo creo —dijo Puck llena de esperanza—. Estoy segura de que está asustada, y por eso se ha marchado. Ya la encontraremos. Vamos.

Puck conocía ya lo suficiente a Arne Bendixen para saber que por su carácter débil era fácil de guiar; sólo había que decidir por él. Emprendieron el regreso al remolque y, mientras caminaban, Puck empezó a pensar en cómo llevar a cabo su plan. Anduvieron durante largo rato sin hablar. Era evidente que el padre de Pim estaba preocupado. Puck se decía a sí misma, con cierta dureza, que se lo merecía. Un susto no podía hacerle daño; quizá le enseñaría a darle la importancia que se merecía a una hija tan encantadora como Pim, y lo equivocado que había estado al no prestarle más atención.

Cómo si le hubiera leído el pensamiento, Arne Bendixen empezó a hablar. Y lo que dijo sorprendió a Puck. Era como si Bendixen le debiera una explicación y necesitara justificarse ante ella.

— Pim tiene un carácter difícil — empezó —. Es una chica encantadora; sin embargo está llena de ideas raras. Siempre ha sido así. Ya de pequeña era muy traviesa. Pero lo peor de todo es que miente mucho. Cuenta historias fantásticas, tiene mucha imaginación. «Un día vino a casa y nos contó una dramática aventura sobre una chiquilla que ella había salvado de ahogarse. Naturalmente, todo era mentira. Lo que ocurrió fue que Pim se cayó al agua y tenía miedo de ser regañada por haberse mojado la ropa. Entonces inventó la historia del salvamento. Víbeke se puso furiosa. No porque Pim se hubiera caído al agua, sino porque intentó

engañarnos.

— ¿Está usted completamente seguro de que eso era mentira?

— Naturalmente. Pim no sabe nadar. ¡Ya me dirás cómo podía salvar a otra niña de ahogarse! Además, Pim es muy miedosa, y sería incapaz de exponer su vida por salvar a otra persona.

— ¿Cómo puede usted decir tal cosa? —exclamó Puck—. Sólo conozco a Pim desde ayer y, a pesar de eso, sé más de ella que usted.

— ¡Tonterías! — dijo Arne Bendixen.

— Es la pura verdad —replicó Puck decidida—. ¿Sabe usted que hace un par de horas solamente, Pim salvó a una chiquilla de un toro furioso?

Arne Bendixen miró fijamente a Puck.

— ¿Tú también eres aficionada a las historias?

— ¡No, en absoluto! — contestó Puck indignada —. Y Pim tampoco. Estoy convencida de que, cuando contó que había salvado la vida de una niña, lo había hecho. Yo he visto con mis propios ojos como Pim corría por el prado delante del toro con la pequeña en sus brazos. Fue muy, muy valiente.

Había tanta seguridad en la voz de Puck, rabiosa e indignada por el trato que su propia familia daba a Pim, que el pintor se quedó mirando al suelo sin contestar. Luego movió la cabeza,

— ¡Qué raro! —murmuró—. Es muy extraño lo que me cuentas.

Y siguieron su camino en silencio. Puck comprendió que había ganado el primer «round» y que, en adelante, debía medir sus palabras. Tenía fe en que la suerte la acompañara.



El problema de Pim estaba más cerca de la solución que nunca. Al cabo de un rato, el pintor dijo:

— Todo este asunto es muy complicado. Hay muchas cosas que tú no puedes comprender. Soy un viudo que ha casado en segundas nupcias. Un hijo del primer matrimonio no comprende fácilmente que su padre se case de nuevo. Tampoco tú comprendes estas cosas, claro.

— Naturalmente que las comprendo — dijo Puck con tranquilidad—. También mi madre murió y mi padre ha vuelto a casarse.

— ¡Vaya! — fue todo el comentario de Bendixen, y luego volvió a quedarse callado, mientras caminaban hacia el remolque.

De pronto, el pintor se paró sobresaltado mientras miraba fijamente ante sí.

— ¡Vaya por Dios! —exclamó.

Se podía ver ya el remolque y junto a él, en la carretera, estaba estacionado un gran coche negro cuyo chófer paseaba impaciente.

— ¡Vaya por Dios! —repitió Arne Bendixen, y luego suspiró hondo—. Aquí tenemos el escándalo.

Un rayo de esperanza iluminó a Puck.

— ¿Qué clase de escándalo? —preguntó con expresión alegre.

Arne Bendixen estaba cambiado. Durante su discusión había conservado cierto aire de dignidad, aunque su postura fuera débil y poco viril. Pero en aquel momento estaba confuso y nervioso como un colegial que va a examinarse de una asignatura mal estudiada. Pasó su mano por la frente y se rascó el cogote incapaz de saber qué hacer.

— ¿De qué escándalo habla? —repitió Puck.

— Tampoco eso podrás comprenderlo —dijo el padre de Pim—. Todo está ya tan complicado que no sé cómo resolver la situación.

—¿De quién es ese coche americano? —preguntó Puck esperanzada.

— Es de mi... Es el coche de la abuela de Pim.

— ¿Quiere decir que ella ha venido a visitarle? — exclamó Puck entusiasmada.

— Eso parece —contestó Arne Bendixen, y su voz reveló una mezcla de rabia y nerviosismo—. Pim, la muy tonta, se olvidó de mandar la carta. Ahora tenemos aquí a la vieja. Siempre ha querido controlarnos. Está celosa porque me casé de nuevo, pero... Es inútil tratar de explicarlo. Si tan sólo supiera qué hacer.

— No comprendo su actitud —dijo Puck con gesto angelical—. ¿Por qué no va a saludarla, simplemente?

— No se trata de eso — dijo Bendixen irritado —. Mi suegra ha venido a saludar a Pim. Si se entera de que ha desaparecido, y tiene que quedarse aquí toda la tarde, sin que mi hija regrese... Sólo Dios sabe cómo terminará todo.

— Y ¿cómo cree usted que terminará? —preguntó Puck disfrutando de la situación—. ¿Por qué no dice usted que Pim se asustó y se escapó?

— ¡No digas disparates!

Paseaba agitadísimo. Al final se paró delante de Puck.

— Tenemos que encontrarla, ¿comprendes? — dijo casi con brusquedad—. Sino..., no sé cómo va a terminar todo. Me encuentro en una situación tan estúpida... Puede tener consecuencias horribles.

— Pero ¿por qué? —preguntó Puck de nuevo con cara inocente.

— Es difícil de explicar —cortó Arne Bendixen.

Otra vez paseaba muy excitado y de nuevo se paró ante Puck.

— Tenemos que encontrarla, ¿oyes?

Puck suspiró hondo. Había llegado la hora del golpe final. Miró a Arne Bendixen directamente a los ojos y dijo:

— Yo sé dónde está.

Algo que parecía remotamente una sonrisa apareció en la cara del hombre. Agarró a Puck del brazo y dijo aliviado:

— Si tú lo sabes, todo está arreglado...

Pero Puck negó con la cabeza.

— Escucha — dijo el pintor —. Hay que darse prisa. Búscala. ¿Por qué no dijiste que la habías encontrado?

Puck se armó de todo su valor y dijo con gesto orgulloso:

— Y no volverá hoy, al menos de momento.

— Pero ¿qué intentas? —exclamó Arne Bendixen.

— Usted no será capaz de encontrarla, señor Bendixen. Está en un lugar donde no se le ocurriría buscarla. Y no regresará por el momento. Quiero que tenga una oportunidad.

— ¿Quién te has creído que eres, mocosa? ¿Sabes lo que dices? ¿Estás enterada de que tu acto es criminal? Voy a hacer que te castiguen por esto.

Puck se sentía más tranquila que nunca.

— Seguramente — contestó —, pero no ahora. Puede que más tarde tenga dificultades. Sin embargo, en este momento, quien las tiene es usted. Quiero ayudarle, pero también quiero que sepa que me he propuesto ayudar a Pim, y tengo intención de ayudarla ahora. Hace mucho que ella desea ir al colegio y vivir una vida ordenada; sin embargo, ustedes no la han dejado. Quiero que esto se arregle, señor Bendixen.

El pintor meneó la cabeza. No lograba comprender por qué aquella chiquilla se atrevía a hablarle así.

— Voy a hacer que te castiguen —repitió.

Luego miró de reojo al gran coche americano y dijo desolado:

— ¿Cómo va a terminar todo esto?

— Es muy fácil — dijo Puck —. Voy a ayudarle, señor Bendixen, a cambio de que usted me ayude a mí.

— ¿Qué quieres decir? ¿Ayudarme?

— Sí — asintió Puck —. Estoy dispuesta a hacer el papel de Pim. Nos parecemos como dos gotas de agua, y estoy lo suficientemente enterada de la vida de Pim como para mantener una conversación con su abuela. Iré con usted como si yo fuera su hija y le aseguro que la abuela no va a sospechar nada. A cambio, quiero que usted me prometa que Pim irá a un pensionado.

Bendixen la miró con una mezcla de incredulidad y esperanza.

— Esto suena a pura fantasía. ¿Tú crees...?

— Sí — dijo Puck enérgica —. Naturalmente que lo creo. Ayer nos confundieron en dos ocasiones. Y varios nos han preguntando si somos gemelas. La única diferencia entre nosotras es nuestra manera de hablar, y yo puedo imitarla. Iré con usted al remolque y actuaré como si fuera Pim. Podemos decir que regresamos de un paseo y le prometo decir a «mi abuela» que estoy contenta y que me tratáis bien. Pero después hablaremos sobre el colegio y Pim. ¿Trato hecho?

Arne Bendixen estaba vencido.

— Ya veremos —murmuró.

— No — dijo Puck testaruda —. Quiero una promesa.

La voz del hombre era muy angustiada cuando contestó:

— No sabes cómo me gustaría prometértelo; sin embargo, es muy difícil... Hay tantas cosas que tú no sabes... Ya te lo dije antes. ¡Ayúdame, te lo ruego!

Y juntos regresaron al remolque.

Entretanto, Víbeke Bendixen no lo estaba pasando muy bien. Casi se desmayó cuando vio llegar el gran coche americano, y la señora Beate Lund, madre de la difunta señora Bendixen, bajó. En pocos segundos comprendió la situación: Pim había desaparecido, y allí venía su abuela — la que tenía el dinero— para hacer una inspección. ¿Qué pasaría?

La señora Lund era mesurada y cortés. Preguntó por la salud de todos y aceptó la silla plegable que Víbeke Bendixen le ofreció. Miró en derredor con mirada crítica, pero no dijo nada.

En su interior envidiaba un poco la vida de su yerno y su segunda esposa. Ella siempre había vivido una existencia ordenada. Era hija de un boticario de pueblo y se había casado con un joven farmacéutico que, con el tiempo, se convirtió en dueño de una fábrica de productos farmacéuticos. Viuda ya, se encontraba con más dinero del que podía gastar.

— He venido a saludar a Pernille — dijo a Víbeke —. Hace mucho tiempo que no la veo. ¿Cómo está?

— Bien, gracias —dijo Víbeke—. Pim..., quiero decir Pernille..., adora la naturaleza y esta vida al aire libre.

— ¿No cree usted que debería ir al colegio? —propuso la señora Lund; pero, por alguna razón, sus palabras no sonaron muy convincentes.

— Hemos pensado en ello muchas veces —dijo Víbeke Bendixen —; sin embargo, como usted sabe, Pernille tiene un carácter difícil. Dudo mucho que aguantara en un colegio.

— Sí, sí; usted la conoce mejor — concedió la abuela, pero al mismo tiempo se dijo para su colete: «Ella piensa más en el dinero de Pernille que en el bien de la niña».

Sin embargo Beate Lund se sentía débil frente a Víbeke. Sabía de sobra que bastaba con decir: «O Pernille va al colegio u os quedáis sin el dinero del mes», pero pensó que sería una victoria demasiado fácil.

— Ahí vienen —dijo Víbeke Bendixen señalando con el dedo.

Y la anciana vio a su yerno y a su nieta acercarse paseando al campamento. La saludaron con el brazo y Pernille echó a correr. Un momento después abrazaba a la señora Lund.

— ¡Hola, abuelita! —dijo la niña.

La señora Lund la contempló con ojos cariñosos.

— ¿Cómo estás, Pernille?

— Estupendamente.

Su amplia sonrisa, y sus ojos radiantes tranquilizaron a Beate Lund. Muchas veces en su piso de Oesterbro, en Copenhague, se preocupaba por la vida de su nieta. Sin embargo, ¿qué podía hacer ella? Sólo era una anciana sin fuerzas. Tenía el dinero, sí; pero era demasiado vulgar hacer uso de él para coaccionar a los demás. Si hubiera vivido su hija, la cosa sería bien distinta. Se sentía indefensa, precisamente porque dependían económicamente de ella.

— Tienes buen aspecto, hijita —dijo la abuela.

Saludó luego a su yerno y, aunque no dijo nada sobre su aspecto, pensó que Arne parecía diez años mayor de lo que era. Le parecía nervioso y preocupado. Sentía lástima por él. El pobre nunca había sabido organizarse bien. Pero quizá éste era el destino de un artista.

— Voy a preparar una taza de té —propuso Víbeke en un intento de animar la reunión—. ¿Quieres ir a la pastelería, Pernille?

Miró fijamente a Puck. En seguida había comprendido lo ocurrido. Su instinto femenino le avisaba del peligro; sin embargo, no lograba comprender de qué lado había que esperararlo.

— No te molestes — dijo la señora Lund —. No quiero tomar nada.

— ¿Un refresco, entonces?

— Eso sí; no vendría mal.

Víbeke desapareció en el interior del remolque y Puck actuó lo mejor que sabía en el papel de Pernille Bendixen. Pronto estuvieron contemplándose sin saber de qué hablar. La señora Lund estaba completamente convencida de que todo iba bien. Se volvió hacia su yerno y preguntó:

— ¿Cómo te va la pintura?

— Bien — Arne Bendixen vaciló un poco —. Sigo adelante. Víbeke está escribiendo su novela; creo que pronto la tendrá lista.

— ¡Qué bien! —dijo la señora Lund, y de nuevo hubo un largo silencio.

Puck estaba contemplándolos, pensando si el momento había llegado. Como nadie decía nada, se fue a sentar en la hierba a los pies de la señora Lund. La miró con una sonrisa amplia, llena de

esperanza, y dijo:

— Abuelita, estoy muy contenta de que hayas venido.

—Nosotros también — se apresuró a decir Víbeke.

— Hace tanto tiempo que no os veo — dijo sonriendo la señora Lund—. Tenía ganas de ver cómo estabáis. ¿Cómo pensáis pasar el invierno?

— La vida está muy cara —empezó Arne Bendixen. Luego se calló. Era un tema embarazoso de tratar con una mujer que en realidad pagaba todos sus gastos.

Y de nuevo hubo silencio. Puck encontró que aquél era el momento de decir lo que pensaba.

— Sí —dijo y tomó la mano de la señora Lund—. Estoy muy contenta de que hayas venido, porque hay una cosa que quiero pedirte.

— Tú dirás... —dijo la señora Lund levantando las cejas—. ¿De qué se trata, Pernille?

Puck notó la mirada de Víbeke Bendixen clavada en su espalda, y empezó a comprender la influencia que la madrastra tenía sobre Pim. Víbeke tenía carácter, y no muy bueno. Era tan fuerte que con facilidad podía tiranizar a los demás. Pero Puck no tenía miedo. Con voz firme y decidida dijo:

— Llevo mucho tiempo pensando que me gustaría ir a un pensionado.

— ¡No me digas! —exclamó Beate Lund sorprendida y feliz—. No tenía ni idea de que ése fuera tu deseo.

Se oyó la risa de Víbeke Bendixen.

— Pero, ¿qué tonterías dices, Pernille? ¡Se te ocurre cada cosa! ¿Cómo crees que una enamorada de la naturaleza, como tú, aguantaría la vida de un pensionado?

— Naturalmente que la aguantaría —dijo Puck tranquila—. Hubiera ido al colegio hace ya mucho tiempo si no fuera porque Víbeke y papá están en contra.

— No digas bobadas, Pernille — dijo Víbeke con voz nerviosa—. ¿Por qué tendríamos que estar en contra?

Ame Bendixen no dijo nada. Como siempre que se aproximaba una tormenta, se encogía al igual que un caracol en su cáscara.

—Es muy simple — dijo Puck con desparpajo—. Si yo fuera a un pensionado, ¿de qué ibais a vivir? Si el dinero que la abuela

manda cada mes fuera destinado a pagar mi colegio, entonces ¿cómo ibais a pagar vuestros propios gastos? Tú, Víbeke, estás tan ocupada con tu libro, y..., y..., papá no ha ganado ni un céntimo desde hace mucho tiempo. Sin embargo, vosotros no os preocupáis, porque la abuela me manda puntualmente el dinero. Si yo fuera a vivir en el pensionado de Egeborg, ¿qué pasaría con vosotros? En ese caso, tendríais que trabajar.

— ¡Esto es demasiado! —gritó Víbeke Bendixen—. ¡Ya está bien!

Beate Lund miró de una a otra. Sentía de pronto que era la más fuerte. Ella no había tocado la cuestión; Pernille había empezado. Se había armado de valor y dicho las cosas tal como eran.

La anciana se sentía liberada y contenta. Carraspeó y dijo:

— Yo creo que Pernille tiene razón. Creo que habéis vivido como parásitos del dinero mío y de Pernille, mientras hacíais el vago. Habéis permitido que la niña viva en una tienda de campaña, vestida como una gitana. Pero se acabó. ¿Estás segura, Pernille, de que quieres ir a un pensionado?



—Sí —dijo Puck con voz firme.

Pero la valiente muchacha no miraba a ninguno de los tres sino frente de ella. Detrás de unos arbustos vio algo que se movía. Claramente distinguió una camisa a cuadros. Ya sabía que Pim y sus amigas habían llegado.

Víbeke Bendixen se levantó y soltó una carcajada desdeñosa.

— Déjeme explicarle una cosa, señora Lund —dijo—. Esta chica no es Pernille. Es una mocosa que vino a husmear por aquí ayer, y da la casualidad de que se parece mucho a nuestra Pernille. Y ahora se atreve a hacer esta comedia; pero no va a salirse con la suya.

La señora Lund quedó confusa.

— ¿Qué dices? ¿Que ella no es Pernille? Pero ella dijo..., tú misma dijiste... ¿Dónde está Pernille? ¡Quiero saberlo! ¿Dónde está?

La anciana se había levantado. Las tres mujeres estaban cara a cara. Mientras, Arne Bendixen parecía querer escapar.

— ¿Dices que ella está haciendo comedia? —dijo la señora Lund—. Eres tú quien haces la comedia. Tú misma dijiste que ella era Pernille. ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Y dónde está mi nieta?

Agarró el brazo de Víbeke Bendixen.

— ¿Le ha ocurrido algún accidente? —preguntó con voz ronca. Víbeke Bendixen se liberó de la mano de la anciana.

— No ha ocurrido nada —dijo entre dientes—. Como siempre, Pim se ha fugado y estará vagabundeando por ahí. Pero esta astuta mocosa ha intentado engañarnos a todos. Usted misma puede ver cómo se parecen entre sí... Incluso yo he sido engañada...

La señora Lund se volvió hacia Puck seria.

— ¿Es verdad eso?

Puck negó con la cabeza:

— No, tampoco eso es verdad — dijo tranquila —. Ocurrió algo, más tarde le explicaré, lo que hizo huir a Pim. Se escondió porque tiene miedo de volver a casa. Cuando vimos que usted había llegado, hice el papel de Pim. Sin embargo, lo que acabo de decirle no es ninguna mentira. Le he dicho lo que su nieta querría explicarle, si tuviera suficiente coraje; pero no se atreve. Teme a su madrastra. Yo también tengo miedo, pero quiero terminar con este asunto. Es verdad que el deseo más grande de Pim es ingresar en un colegio y vivir una vida ordenada y tranquila. ¿Quiere usted ayudarla, señora Lund? Se lo ruego.

— ¡Todo eso es mentira! — dijo con rabia Víbeke Bendixen—. Pim jamás pensaría en ir al colegio.

— Está bien — dijo Puck —. Le voy a probar lo contrario.

Colocó sus manos ante la boca, haciendo altavoz, y gritó:

— ¡Pim! ¡Pim y vosotras, venid!

Pim, un poco vacilante y preocupada, seguida de Karen y Navio, salió de su escondite detrás del arbusto. Se acercaron lentamente. La señor? Lund miró de una a otra y murmuró:

— ¡Qué extraño parecido! No lo hubiera creído nunca...

Luego fue al encuentro de Pim. La chiquilla se abrazó a ella sollozando. Víbeke Bendixen contemplaba la escena con una sonrisa de desdén; pero ya no estaba tan segura de sí misma.

— Dime una cosa, Pernille — dijo la señora Lund mirando a su nieta a los ojos—, ¿escuchaste lo que esta muchacha acaba de decir?

Pim asintió con un gesto de cabeza.

— ¿Te gustaría ir al colegio?

Los ojos de Pim expresaron miedo, pero se armó de valor

— Sí — respondió con voz firme.



—Vamos a arreglar el asunto con calma — dijo la señora Lund —. Buscaremos solución para todo. Soy una anciana y no veo razón para guardar mi dinero. De todos modos, Pernille será mi única heredera, y estaré más tranquila sabiendo que está segura en un colegio. Tampoco tengo nada en contra de seguir ayudandoos, Arne; pero creo que es hora de que empieces a trabajar. Has pasado gran parte de tu vida creyéndote un Miguel Ángel a quien se le han extraviado los pinceles.

Arne Bendixen inclinó la cabeza, pero no dijo nada.

— Y a ti, Víbeke, sólo quiero decirte una cosa. Comprendo perfectamente que Pernille tenga un carácter difícil y que no sea cosa fácil ser madrastra. Pero dejémonos de comedias. También constituye una responsabilidad tener una hijastra. Tú, al parecer, no pensaste demasiado en ello. «Sin embargo, vamos a olvidar el pasado. No sirve de nada seguir hablando de esto. Ya hemos tenido oportunidad de aclarar las cosas y estamos de acuerdo en que Pernille, lo más pronto posible, ingresará en el pensionado. Puede pasar sus vacaciones conmigo o aquí en tienda de campaña, si esto le gusta más. Seguro que de hoy en adelante no habrá más malentendidos entre nosotros.

— Claro — dijo Víbeke Bendixen —; pero no crea que no me gusta que Pim vaya al colegio. Yo no he prohibido a Pim...

— No hablemos más de ello — cortó la señora Lund, que se sentía dueña absoluta de la situación—. Ya sé todo lo que quería saber. Antes sólo eran presentimientos; ahora estoy segura. ¿Dónde

están las chicas?

— Salieron a jugar — respondió Arne Bendixen —. No creí necesario que presenciaran toda esta discusión. Me parece que ya oyeron suficiente.

— Pero, aquella muchacha que se parece tanto a Pernille, ¿cómo se llama? —preguntó la señora Lund entusiasmada.

— Bente Winther.

— Una muchacha excelente —opinó, convencida—. Me siento tranquila sabiendo que será amiga de Pernille. De todas formas, creo que debemos estar contentos todos de haber resuelto el problema.

— Naturalmente — dijo Víbeke en un intento de mantener su orgullo —. No he dicho otra cosa.

—No. Es verdad. Además, tampoco te hubiera servido de nada — dijo Beate Lund con soberbia.

* * *

Cuatro alegres y felices muchachas paseaban junto a los huertos. Puck se sentía aturdida después de la gran batalla.

— Fue más difícil de lo que me había imaginado. He tenido un miedo espantoso —confesó.

— No es posible —rió Pim—. No creí que hubiera nada sobre la faz de la tierra capaz de asustarte.

— Pues soy más miedosa que una liebre; pero de vez en cuando es necesario olvidarlo. Hoy se trataba de algo importante.

— Puck es tremenda — rió Karen —. Mete su nariz en todas partes. Sobre todo en lo que no le incumbe. Voy a proponer que, cuando deje el pensionado de Egeborg, coloquemos una placa a su memoria en la pared. Y ¿sabéis lo que voy a poner?

— No. — Y Puck preguntó sonriendo —: ¿Tienes alguna buena propuesta?

— Naturalmente —dijo Karen—. Pondré: *Aquí vivió Bente «Puck» Winther. Y debajo: Creía que su obligación era meter la nariz en los asuntos de los demás.*

— ¡Formidable! —rió Navio—. ¿No podríamos colocarla en seguida?

— No se pueden colocar placas en memoria de alguien que aún está entre nosotros.

— Gracias — dijo Puck —. Espero que me deis permiso para

quedarme durante algún tiempo. No tengo ganas de abandonar el pensionado de Egeborg; a pesar de que mi padre insinuó algo al respecto. Quiere que vaya a Nueva Delhi a un colegio inglés o americano o que se yo. Suena muy emocionante; pero yo prefiero Egeborg.

— ¿Lo dices de veras? —preguntó Pim.

— Naturalmente — contestó Puck —. Una vez que te acostumbras al ambiente especial de Egeborg, no quieres salir de allí ni a rastras.

— ¡Qué alegría! — exclamó Pim —. No logro comprender que sea verdad. Nunca había podido ni hablar de ello y ahora... ¡Ahora el problema está resuelto!

— Y no sólo eso —dijo Puck—. Creo que también ha ocurrido otra cosa. Te has liberado de una..., no se si se puede llamar una amenaza... Sin embargo...

— Si crees... —Pim se había parado—, si crees que ya no temo a Víbeke, estás muy equivocada.

— Naturalmente que la temes — dijo Puck —. No es extraño. Ella es una...

Estaba a punto de decir «bruja», pero lo pensó mejor.

— No hablemos más de ello — le rogó Pim —. Estoy segura de que cuando esté en Egeborg todo irá bien. Víbeke estará contenta de haberme perdido de vista, y cuando yo vuelva de vacaciones lo pasaremos bien juntos. Pero lo que más me gusta y más ilusión me hace es conocerlos a todos vosotros. Me habéis dicho que lo pasáis muy divertido.

— Mucho — dijo Navio —. De vez en cuando, incluso demasiado.

Anduvieron un rato en silencio, luego dijo Puck, bromeando:

— Oye, Pim, si algún día andas floja en una asignatura, podemos cambiarnos.

— ¡Qué idea más fantástica! —gritó Karen—. Ojalá lograra yo encontrar a mi doble. ¡Pobres profesores!

Habían llegado hasta la entrada de los huertos. Puck recordó que allí había empezado la historia, cuando el señor Jensen, el hortelano, había salido tan inesperadamente y la había perseguido.

— Si tenéis ganas, podemos ir a casa de mis tíos a merendar. Tengo que volver allí antes de regresar al colegio.

— ¡Estupenda idea! —exclamó Navio, entusiasmada—. Conozco las meriendas de tu tía; hace unos pasteles fabulosos.

— Pues vámonos entonces — dijo Puck.

Pero desde los huertos les llegó una voz.

— Esperen, jovencitas.

El hortelano apareció en la entrada. Miró fijamente a Puck y le dijo:

— Pero, bueno; ¿fuiste tú quien...?

Puck negó riendo:

— Pues no; no fui yo, quien...

El hombre frunció las cejas:

— No mientas — dijo —. Te veo con mis propios ojos.

— ¿Le molestaría mirar a mi amiga? —rió Puck.

El hortelano se volvió hacia Pim y la miró con ojos que parecían salirse de sus órbitas.

— ¡Vaya por Dios! —exclamó—. ¿Existen más ejemplares?

— Yo fui quien le robó los guisantes, señor Jensen — dijo—. Lo siento muchísimo. No sé cómo se me ocurrió.

—No te preocupes. Los pagaste, ¿no? Esperaos un momento. ¿Queréis llevaros algunos guisantes? Tengo muchos y, si me prometéis arrancarlos con cuidado y no estropear las plantas, entonces...

— Estaríamos encantadas — dijo Puck.

— Siento que te debo algo por haberte sacudido injustamente. Yo no podía saber... —se excusó.

— Olvidado está —sonrió Puck—. Vamos, chicas ¡A por los guisantes!

Las muchachas no se hicieron rogar y, poco después, cargadas de guisantes, se despidieron del campesino y emprendieron el camino hacia la casa del veterinario.

Puck caminaba pensando cómo aquel fin de semana habían cambiado las cosas. Tenía una nueva amiga y había logrado ayudarle a resolver su problema.

Pim le era muy simpática y tenía plena confianza en ella. Estaba segura de que le esperaba un futuro brillante en el colegio, con la vida ordenada y tranquila que la muchacha tanto deseaba.

«Es extraño — continuó Puck en sus pensamientos —. que los niños que van al colegio hablen con frecuencia de lo maravilloso

que sería si pudieran ser libres. Sin embargo, Pim, que ha tenido esa libertad, no fue feliz con ella. Hay que vivir con otras personas como un ser libre, con opiniones propias, y no víctima de la tiranía de un semejante. Hasta no lograr eso, no se vive una vida auténtica.»

Y así era la vida que Pim iba a emprender.

F I N